JESSICA FRANCIS KANE

Fonseca

Traducción de Pilar Adón



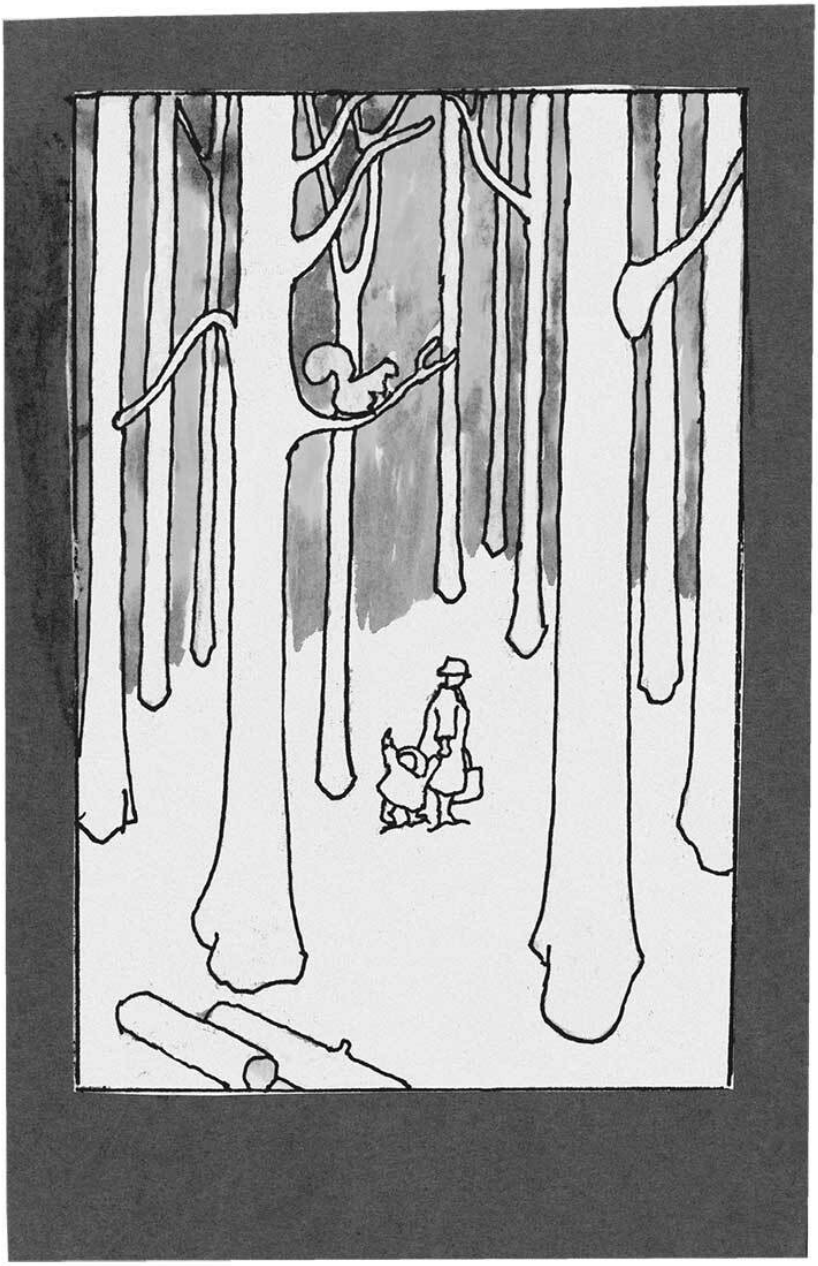
II

JESSICA FRANCIS KANE

FONSECA

Traducción del inglés a cargo de Pilar Adón

IMPEDIMENTA



Para Mitchell, que siempre
ha sabido lo que significa Fonseca

«Desdichadas las aventuras que no se narran.»

PENELOPE FITZGERALD

NOVIEMBRE

DÍA DE MUERTOS

En 1952, el día 2 de noviembre cayó en domingo, y por la tarde una madre y un hijo se encontraban ante la casa de las Delaney, en Fonseca, México, a punto de llamar a la puerta después de haber recorrido un camino muy largo. Estaban bastante aturdidos, sobre todo tras la última etapa de su viaje por el sur de Estados Unidos, en ese instante en que llegaba a su fin la tarde del día siguiente al que se suponía que tenían que haber llegado. La estación de momento era cálida, y en la plaza que había detrás de ellos la gente llevaba disfraces de *calaveras.*[1] El aire olía a humo y a caléndulas. Desde bastante cerca, pero también desde mucho más lejos, les llegaba el sonido de unos fuegos artificiales, con sus estallidos y sus chisporroteos. En la plaza tocaba una banda, y la música estridente y eufórica se veía interrumpida por un encadenamiento constante de gritos. Todo era muy desconcertante, y el niño quería entrar ya, pese a no tener ni idea de quién o qué podía haber detrás de esa puerta. En sus seis años de vida, no había entrado nunca en una casa en la que no se estuviera preparando o se estuviera a punto de preparar una taza de té. En cualquier caso, su madre no parecía muy dispuesta a llamar.

—No estamos de vacaciones —dijo Valpy, dándose la vuelta para sentarse en el escalón frontal.

Una joven que llevaba el nombre de Pedro grabado en la frente pasó ante ellos masticando una enorme calavera de azúcar. Parecía sollozar y reír al mismo tiempo.

Penelope se sentó a su lado.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque para las vacaciones no me compras nunca ropa nueva.

—Eso no es verdad. ¿Y el bañador del verano pasado?

Él no dijo nada al respecto, pero los dos sabían que los bañadores no contaban.

—Esta casa es muy rara.

Las paredes de piedra gris con contraventanas de madera al estilo francés desentonaban ciertamente con las de los edificios que la rodeaban, todos ellos de un estuco teñido en ese momento por los colores del atardecer. La casa se apoyaba directamente sobre el pavimento y se dividía en tres secciones, con tejados a dos aguas que enmarcaban una especie de patio delantero sin mucha gracia. Había cinco escalones que subían desde el muro delantero hasta lo que parecía la puerta del torreón de un castillo, hecha de madera de roble con cerrojos y barrotes de hierro. Arriba, a la izquierda, corría un balcón macizo y curvado que a Penelope le recordó a un púlpito. Había varias chimeneas altas, dos buhardillas y diversas ventanas con parteluces de distintos tamaños, todas ellas con postigos. Los nogales de la calle, viejos y retorcidos, hacían que la fachada pareciera más oscura aún.

—Sí, pero no hay nada que temer —dijo Penelope.

Lo que fue una gran equivocación, porque Valpy no había dicho en ningún momento que tuviera miedo, y en cambio ahora se puso a mirar tanto los árboles como el pequeño y macizo balcón como si estuviera preguntándose si no debería tenerlo.

—Nos han invitado —le recordó ella de inmediato.

—Sí, pero ¿por qué nos han invitado?

—Las Delaney son viejas amigas.

—Pero ¿por qué quieren vernos?

Tiempo después, cuando vaciaron la casa de Southwold, e incluso más tarde, cuando se hundió su barcaza Grace, Penelope recordaría ese momento del escalón de la casa de Fonseca. Todo el mundo dispone de un lugar al que la mente regresa de forma espontánea cuando no se la controla. Aquel iba a ser el suyo.

—Es difícil de explicar —dijo.

Y no mentía. Las Delaney, dos ancianas adineradas, habían escrito a Penelope hacía más de medio año para decirle que estaban solas en el mundo, que todos sus parientes de Irlanda habían muerto y que, debido a una amistad lejana entre sus familias, esperaban poder conocer a Valpy. Es más, si ella había entendido bien sus cartas, venían a decirle que podrían llegar a dejarle a él

todo su dinero. Una posibilidad que resultaba enormemente tentadora por una serie de razones muy apremiantes. Se puso de pie y llamó a la puerta, sintiendo cómo crujían las cáscaras de nuez bajo sus pies.

—¡*Dios mío,* ustedes dos! —exclamó la empleada, que abrió la pesada puerta de un tirón—. ¿Acaban de bajar del autobús?

Tenía unos cincuenta años y mostraba unos brazos desnudos y anchos bajo un delantal rojo. Llevaba el pelo muy oscuro partido por una raya en medio, recogido, trenzado y enrollado sobre la cabeza. Una caléndula amarilla le asomaba por detrás de una oreja y las mejillas, llenas, le brillaban sonrojadas bajo los ojos azules. Penelope, que no era especialmente alta, la superaba en estatura.

Valpy se aclaró la garganta con valentía.

—Sí, pero primero estuvimos en el Queen Mary y luego ya en el autobús. Ha sido un viaje muy largo. Y espantoso. En realidad, primero tomamos un tren, pero eso no lo cuento como parte de la aventura porque todavía estábamos en Inglaterra.

—Me parece correcto. Muy pocas aventuras comienzan y terminan en Inglaterra. ¿Cuál era el puerto de escala del barco?

—Nueva York —respondió Valpy.

—Estupendo. Pues uno de los dos puede volverse ya en el autobús —dijo tomando la mano de Valpy, con lo que sugirió que era Penelope quien tenía que regresar.

Ella contraatacó poniendo una mano en el hombro de Valpy.

—Le dije a doña Elena que veníamos los dos.

—No recuerdo esa carta.

—Sin embargo, está al tanto de que hubo una carta.

—Claro. ¿De qué otra forma podría habérselo dicho?

—Bueno, con un telegrama. O podría haber llamado por teléfono.

La empleada entrecerró los ojos.

—Demasiado caro —se ajustó la caléndula detrás de la oreja—. Les esperábamos ayer.

—Lo siento. Nos retrasamos en San Antonio.

—Eso fue lo más espantoso —dijo Valpy.

La empleada asintió como si lo entendiera, pero ¿cómo iba a saber por lo que habían pasado?

Los tres se quedaron en el umbral de la puerta, atrapados en lo que parecía un callejón sin salida. Finalmente, Penelope dijo:

—¡Esto es ridículo! Solo tiene seis años. A nadie se le ocurriría pensar que iba a hacer este viaje él solo.

—¿Y eso? —dijo la empleada, escrutando a Valpy—. ¿Le pasa algo?

Valpy negó con la cabeza.

—Por supuesto que no —dijo Penelope—. Pero es un viaje muy largo para un niño tan pequeño.

—¿Qué distancia hay?

Valpy se sabía el kilometraje exacto que había desde la puerta principal de Chestnut Lodge, su casa, en Hampstead, Londres, hasta la puerta de Zona Centro en la que se encontraban en ese instante, en Fonseca, México.

—Sí que está lejos —dijo la empleada—. Tenía que viajar con su madre.

Penelope se sintió aliviada.

—Ahora estamos de acuerdo. Su madre soy yo.

La empleada suspiró. Dio un paso atrás tirando a la vez de la puerta.

—Yo soy Chela. Bienvenidos a Mirando.

Penelope no se movió.

—Creía que esta era la casa de las Delaney.

—Sí, sí, pasen.

Fue un comienzo muy caótico y poco propicio, que Penelope no olvidaría jamás.

Para las fiestas habían decorado el vestíbulo, que era grande y estaba revestido de paneles de madera, con macetas de caléndulas situadas a ambos lados de la amplia escalera central. Casi todas parecían de color naranja, un naranja enhebrado con otros naranjas más oscuros y también algunos amarillos. Debían de estar recién regadas, porque impregnaban de un olor a tierra húmeda todo el vestíbulo. Desde el piso de arriba les llegaban sonidos muy alegres y se oía ópera en alguna parte.

—¿Están de fiesta? —Valpy parecía esperanzado por primera vez desde que llamaran a la puerta.

—No —dijo Chela—. Esa gente está aquí igual que tú. Las doñas siguen en el cementerio. Déjale el baúl a Jesús —Chela miró a Valpy y luego deletreó para que lo entendiera bien—. J-E-S-U-S. Él lo subirá.

A Penelope le costó asumir gran parte de toda aquella información y Valpy seguía con los ojos muy abiertos, pero no había tiempo para más preguntas. Chela se movía con una agilidad sorprendente, dado su grosor en la zona de la cintura. En lo alto de la escalera, giró a la izquierda y luego a la derecha hasta situarse a los pies de una escalera más pequeña. Empezó a subir hasta el tercer piso y volvió a girar a la derecha por un pasillo de baldosas. Se detuvo al llegar a una puerta que daba la impresión de haber estado pintada de azul en algún momento.

—Baje cuando esté lista —dijo sin dar la más mínima impresión de haberse quedado sin resuello—, pero no antes de las cinco. El señor Azuela ya habrá terminado su informe para entonces. El lavabo está al final del pasillo. Lo comparten con los Tuttle. Por alguna razón, les gusta decir que su habitación da al mar, aunque quede a seiscientos kilómetros al este. La habitación que les hemos preparado a ustedes da a las montañas, a la hermosa Sierra Madre. Pero no se dejen engañar. Están más lejos de lo que parece.

—¿Los Tuttle? —preguntó Penelope.

—Un organista y su mujer de Irlanda. Sin un centavo. Nadie recuerda cuánto tiempo llevan ya aquí.

—¿También tienen un hijo? —Penelope no esperaba encontrar competidores en la casa.

Chela se echó a reír.

—¡No que yo haya visto! —Miró a Valpy, de repente más seria—. ¿Por qué? ¿Te preocupa estar solo? Hay mucho que hacer en Mirando. Tenemos jardín y pollos, y hay una bandada de tórtolas que está siempre en el tejado. También hay un gato, Pax, que hace lo que quiere cuando quiere y va adonde le da la gana.

—Gracias —dijo Penelope—. Estoy segura de que vamos a estar bien.

—Ya veremos. —Chela abrió con una llave la puerta, que en algún momento había sido azul, y les hizo pasar—. La colada se hace los lunes y la ropa de cama va cada dos semanas.

Cerró la puerta dejándolos allí, acompañados del penetrante aroma de las caléndulas que flotaba a su alrededor.

Valpy parecía a punto de llorar.

—¿El señor y la señora Tuttle también son viejos amigos?

—Seguro que sí —dijo Penelope.

La habitación, situada bajo uno de los aleros de Mirando, tenía el techo inclinado y ventanas con parteluz. Cuando Penelope abrió las contraventanas, comprobaron que ciertamente daban a los tejados y a las montañas teñidas de azul. Había una cama doble con una colcha azul, un pequeño escritorio sin silla y un armario situado en la esquina izquierda del fondo. A la derecha había un diván tapizado en terciopelo rojo oscuro que parecía muy grande para aquella habitación, pero que serviría perfectamente como segunda cama. Vieron una jarra de cristal y un lavabo sobre el que habían puesto un estante. También un espejo en la pared, un banquito de madera y un pequeño ventilador eléctrico. La habitación estaba limpia y ordenada, pero no se movía nada de aire. Penelope encendió el ventilador.

—¿Va a traer Jesús el baúl? ¿De verdad es eso lo que va a suceder?

Penelope le explicó que probablemente era un nombre normal en español.

—Estamos muy lejos de casa —dijo Valpy.

Se había preparado para que sucediera algo así, de modo que le dio el mejor consejo de que disponía, fruto de su propia experiencia. A los ocho años tuvo que salir de su casa para ir al colegio que habían elegido para ella, y las palabras le brotaron con una ferocidad que hizo que se sobresaltaran los dos.

—La nostalgia es una enfermedad real, Valpy. No creas a nadie que te diga lo contrario.

Estimada…

Me ha interesado mucho su carta, en la que describe cómo llegó a la obra de mi madre. Me interesa y también me tranquiliza porque veo que la entiende a ella y que entiende cómo fue su vida tanto como puede llegar a conocerse o a comprenderse una vida ajena. A menudo me pregunto por qué no le hice más preguntas acerca de sí misma y acerca de las decisiones que fue tomando, y entonces recuerdo que siempre eludía las preguntas y nunca daba respuestas directas ni detalladas.

Mi hermano Valpy vive la mayor parte del año en un remoto pueblo de montaña en España, aunque también tiene una casita en Oxford, donde fue profesor. Le gustaría estar en contacto con usted para compartir sus recuerdos del viaje de 1952 a México (a Saltillo, no a «Fonseca»).

Gracias por hablarnos de Hopper. Sus cuadros mexicanos son tan atmosféricos que se puede sentir el calor. Creo que la línea divisoria entre ficción y realidad es bastante difusa en las biografías y en las novelas de mi madre, así que adelante.

Con todo mi afecto,

TINA

¿CODICIA?

La primera carta de doña Elena llegó a Chestnut Lodge en primavera. Se presentaba como una amiga de la familia que, a pesar de la reciente nacionalización, vivía cómodamente gracias a las ganancias de la mina de plata de su familia. Ella y su cuñada, Anita, habían vivido en Fonseca desde niñas. ¿Querrían Penelope y su familia (creían haber oído que tenía un hijo) ir a hacerles una visita?

Penelope no recordaba que ninguno de sus amigos se apellidara Delaney. Tampoco lo recordaba Desmond, cuya familia era irlandesa. Dijo que se trataría de una broma y que no volverían a tener noticias de aquella mujer nunca más.

Pero días después llegó una segunda carta, de doña Anita en esta ocasión, aunque la letra era muy parecida. El plan que les proponían era ahora más detallado. En quien estaban interesadas era, específicamente, en Valpy. ¿Podrían enviárselo? Para decirlo en pocas palabras (y Penelope pensó que eso era justo lo que estaba haciendo doña Anita), necesitaban un heredero.

—Esta doña Anita ¿habrá estado bebiendo? —preguntó Penelope. La escritura era poco firme y la letra se iba haciendo más grande y más imprecisa a medida que la carta avanzaba página abajo—. ¿Qué opinas?

Desmond negó con la cabeza.

Penelope contestó por escrito. Por supuesto que sí.

Cualquiera que haya necesitado dinero alguna vez entenderá esta respuesta. Desmond y ella eran los coeditores de una revista literaria que no atravesaba su mejor momento. Además, habían cometido el error de mudarse a una casa más grande y tenían dos hijos menores de seis años. Cualquier clase de herencia sería como un regalo llovido del cielo, una palabra que ella no usaba a la ligera. Si su situación financiera no mejoraba, tendrían que irse de Londres, y no podía soportar semejante idea.

En la carta de respuesta, preguntó si las doñas podrían por favor recordarle la conexión que había entre sus familias. También mencionó que Valpy, aunque inteligente, firme y de talante serio y formal, solo tenía seis años.

La respuesta tardó varias semanas y, cuando llegó, puso de manifiesto que las doñas habían pensado que Valpy era mayor. Sin embargo, les encantó saber que seguía siendo un chiquillo. Podría ir a la escuela con las monjas de la iglesia de San Esteban, que estaba cerca de su casa.

Desmond se asustó:

—¿Ya lo están matriculando en la escuela?

Pero sacó el atlas y encontró la ciudad en el mapa.

Al parecer, la conexión familiar venía por parte de la madre de Penelope. La madre de Elena, Helen O'Sullivan, había sido muy amiga de la abuela de Penelope, Agnes Smith. No especificaban dónde ni cómo había sucedido aquello, pero las doñas se despedían de nuevo (Penelope seguía estando convencida de ello) con una invitación explícita a que fueran a Fonseca. Debían ir lo antes posible, decía la carta. Las doñas deseaban resolver pronto aquella cuestión de la herencia.

—Esto es una locura —dijo Desmond.

—Lo que sería una locura es no intentarlo —dijo Penelope.

Ella estaba más al tanto que él de las últimas cifras de tirada de la *World Review* y sabía lo caro que había resultado el traslado a Chestnut Lodge, una decisión que habían tomado en parte para disponer de más espacio para la revista. Había gastado más de lo previsto en la decoración y su cuenta bancaria arrojaba unos saldos peligrosamente bajos. Soñaba con el dinero todas las noches. De hecho, las preocupaciones de Penelope se referían tan a menudo al dinero que no era nada raro que en sus pensamientos se imaginara entrevistándose con un director de banco.

—Debería ir —le decía el director de banco.

—Pero ¿cómo? —le preguntaba ella.

Él le decía con frecuencia lo que debía hacer, pero no le decía cómo hacerlo.

—Una herencia resolvería muchos de sus problemas.

—De eso no me cabe la menor duda —concluía ella.

En agosto, Penelope y Desmond celebraron los dos años de la revista, pero el momento no auguraba tanta emoción como la que sintieron al adquirir para su primer número «Para Esmé, con amor y sordidez», de Salinger. Ese mismo mes fue su décimo aniversario de boda. Para ese número publicaron la segunda y última parte de un reportaje sobre escultura policromada española y un cuento de Muriel Spark. Y para celebrar el aniversario, dieron un paseo con Valpy y con Tina por Hampstead Heath y luego regresaron a Chestnut Lodge para hacer un pícnic en el jardín. Hacía un tiempo estupendo, nada que ver con las nubes que los acompañaron el día de su boda. Se suponía que la lluvia en una boda era un presagio de buena suerte, y a ella no le habría importado que lloviera. Pero lo cierto es que no llovió nada. Solo hubo amenaza de lluvia, y su suerte, ahora como entonces, seguía siendo escasa.

Habían ido a Oxford a la vez: Desmond estudió Historia en Magdalen, y Penelope Lengua y Literatura en Somerville. Incluso habían tenido conocidos comunes. Penelope había oído hablar de dos hermanos irlandeses a los que les gustaba trepar por los tejados y beber cerveza, pero ella era una estudiante ambiciosa, una intelectual, y sus grupos no coincidían. Se conocieron más tarde, en una fiesta en Londres, en 1940 o 1941. Ella le decía a todo el mundo que no se acordaba del año concreto, pero sí se acordaba. Era una historia tan tonta… En una sala llena de gente, en la que hacía mucho calor, ella se tropezó con él y le dijo: «Lo siento». Ante lo que él se volvió, la miró y dijo: «Yo no». Penelope ya se había enamorado antes de otros hombres, había tenido al menos cinco pretendientes, había rechazado dos propuestas de matrimonio y tenía previsto pasar la guerra sin casarse. En cambio, ella fue el primer amor de Desmond, que era encantador, divertido, muy leído y había viajado mucho. Ella trabajaba en la BBC, escribía reseñas de libros y películas para *Punch,* y todas las personas a las que se lo presentaba coincidían en que era muy apuesto. Lo era. Alto, de piernas largas y abrumadoramente guapo. Se comprometieron en mayo de 1942 y se casaron en agosto.

Luego llegó febrero de 1943. Murió el primero de sus tres

extraordinarios tíos, Dillwyn Knox, recién galardonado con el CMG[2] por su trabajo de criptoanálisis en Bletchley. Al día siguiente, Desmond zarpaba hacia el norte de África con el Primer Batallón de la Guardia Irlandesa. La Guardia encabezó el desembarco de Anzio y avanzó hacia el asedio de Montecassino, por lo que sufrieron algunos de los peores combates de la guerra. Desmond fue condecorado con la Cruz Militar por «el más alto grado de valor personal», pero regresó en 1945 totalmente cambiado. Pasó meses despertándose a gritos por la noche y nunca más pudo soportar el sonido de los fuegos artificiales.

Terminó sus estudios de Derecho y se colegió, pero se sentía muy desdichado. ¿El administrador de su bufete solo le asignaba causas penales menores porque bebía demasiado, o bebía demasiado porque el administrador solo le asignaba causas penales menores? De esto se hablaba mucho todas las noches en la nueva casa de Penelope y Desmond, y ninguno de los dos estaba deseando volver a casa al final de su jornada. Valpy nació en 1947, Tina en 1950, y una semana después murió su tío favorito, Wilfred Knox, un devoto anglocatólico que había hecho voto de pobreza y que había oficiado el funeral de su madre. Les dejó a los franciscanos todo lo que tenía, que tampoco era mucho. Cuando se presentó la oportunidad de dirigir la *World Review,* no lo dudaron. Penelope no estaba muy segura de lo que pensaba Desmond al respecto, pero albergaba la esperanza de que aquello lo volviera a poner todo en su sitio, que el trabajo intelectual reavivara el vínculo que había existido entre ellos.

—Salud —dijo Penelope, levantando la copa de un champán que no podían permitirse y que no deberían haber comprado.

Desmond le dedicó una sonrisa galante y alzó la copa hacia ella.

Tina, que tenía dos años y medio, no se daba cuenta de nada, pero Valpy sabía que en teoría estaban de celebración y les pidió que chocaran las copas como era debido.

—Tenéis que hacer chinchín —insistió.

Y fue lo que hicieron.

Momento en que ella sintió una náusea seguida de otra. Tuvo

que llevarse una mano a la boca y se volvió hacia Desmond, que ya estaba sirviendo una segunda copa y no notó nada. Al día siguiente fue a ver al médico para confirmar lo que se temía.

—Ahora sí que tiene que ir —le dijo el director de banco—. ¿Tres hijos menores de seis años? ¿Cómo se las va a arreglar?

No tenía ni idea. Ya era bastante difícil la vida con dos niños, la preocupación constante por las fiebres y los resfriados, y la necesidad de buscar a alguien que los cuidara para poder avanzar algo en su trabajo.

Puso en marcha los planes de México.

Cuando llevó a Tina a la casa de su suegra, en Chelsea, estaba embarazada de tres meses. Tina, que normalmente era bastante estoica, se echó a llorar.

—Se adaptará —dijo Penelope—. Es muy valiente.

—Está muy colorada. ¿No tendrá fiebre?

—Por supuesto que no —dijo Penelope.

Pero sí la tenía, de modo que Penelope llamó a Desmond y le dijo que esa noche se iba a quedar allí para ayudar con Tina.

—Lo que significa que tendrás que ocuparte de Valpy.

—¿Dónde está? —preguntó Desmond.

—Estará jugando con George Wilson, el vecino de al lado.

—Muy bien. ¿Vuelve él solo?

—No suele. Mathilda les da el té y luego llama antes de mandarlo a casa. ¿De acuerdo?

Esperó.

—Sí.

—Mathilda Wilson no va a dejar que se vaya a casa si no estás tú allí.

—De acuerdo, sí —dijo Desmond—. Allí estaré.

Si estaba en casa, no estaría en el Duke of Hamilton ni en la Wells Tavern, cerca de Well Walk. Tampoco en el Old Bull and Bush, que quedaba más lejos y de donde una vez volvió con un autógrafo de Laurence Olivier. No ocuparía, al menos aquella noche, su taburete habitual de alguno de los tres Red Lion, los dos White Hart o el Elephant and Castle. Claro, que lo mismo decidía invitar a sus amigos a Chestnut Lodge, aunque a ella le costaba imaginar cómo

podría hacerlo sin su ayuda.

Calcularon que el correo aéreo tardaría un mínimo de cinco días. Si él le escribía todos los días y le mandaba las cartas en el correo de las mañanas, le llegarían a diario y ella podría responder de la misma manera. Así mantendrían en marcha todo lo relacionado con la *World Review.*

—Requerirá paciencia y una planificación cuidadosa —dijo Desmond.

Ella no dijo lo que pensaba, pero al parecer la delató la expresión de su cara.

—Lo que tú haces siempre —aceptó Desmond—. Bueno. Quizá esta vez te lleves una sorpresa.

El número de noviembre, que incluía un nuevo relato de uno de sus escritores favoritos, Alberto Moravia, estaba a punto de salir de imprenta. Desmond dijo que, si no llegaba antes de que ella se fuera, le enviaría un ejemplar.

—Déjalo —dijo ella—. Va a salir demasiado caro.

Él se mostró abatido, pero no se lo discutió.

Esa noche, en casa de su suegra, Penelope tuvo un sueño diferente. Se veía alisando docenas de billetes con las palmas de las manos y luego entregándoselos al director de banco, que tenía cara de pocos amigos, mientras sus tíos Dillwyn y Wilfred, y también Ronnie, que seguía vivo, la miraban y analizaban todo lo que hacía. La familia Knox nunca había tenido mucho dinero, pero sí el suficiente, y tanto su padre (que era poeta y editor de *Punch*) como sus tres hermanos (el matemático de Bletchley, el santo y un teólogo de Oxford) fueron portentosos en sus respectivos campos. Ella siempre pensó que podría sacar adelante a su familia de la misma manera.

Tina amaneció sin fiebre y, dos días después, al llegar a la estación de Euston con un pequeño baúl de viaje y con Valpy, a Penelope se le ocurrió una idea que de pronto le pareció tan lógica como desastrosa: no iba a llevarse a Valpy. ¡Por supuesto que no! Todo aquello sería demasiado para un niño tan pequeño: tener que demostrar que era digno de una herencia. Se lo dejaría al jefe de estación y Desmond podría pasar a recogerlo después del trabajo.

Tina podía quedarse donde estaba y Penelope se iría sola a ver a las Delaney. Allí defendería su causa y volvería antes de que terminara el mes.

Aunque ¿cómo no iba a llevárselo? Era un niño tan encantador, tan amable y concienzudo, tan tranquilo… A las hermanas Delaney les encantaría ver lo pronto que había aprendido a leer y lo bien que dibujaba.

Sin ir más lejos, en ese mismo instante estaba dibujando con un trozo de lápiz muy gastado, sentado en el banco a su lado. No le había comprado lápices, solo ropa nueva para hacer el viaje, porque quería que tuviera el mejor aspecto posible. ¿No era eso lo que había que hacer?

Sin embargo, empezaba a preocuparle que aquellos pensamientos fueran el origen de la codicia, si es que la codicia tenía un origen y no era simplemente, como siempre había sospechado, una condición con la que se nace.

Desmond había intentado una vez, en mitad de la noche, disuadirla de que siguiera adelante con el plan. Todo lo que ella tuvo que hacer fue preguntarle cuánto se había gastado en el pub aquel día, y él se calló.

—Podría ir contigo —le dijo.

Ella no contestó. Ambos sabían que eso no funcionaría.

En la estación, Penelope se quedó dormida y soñó con más billetes. Cuando abrió los ojos, Valpy había terminado su dibujo de Squires Mount, la casa más pequeña que acababan de dejar para irse a vivir a Chestnut Lodge.

—Hemos perdido el tren, mamá —dijo—. Pero no te preocupes. Hay otro dentro de veinticinco minutos.

DÍA DE MUERTOS

Valpy abrió la puerta que en algún momento fue azul y se quedó mirando el baúl que había aparecido de repente en el pasillo.

—No es ningún milagro —dijo Penelope.

—Pero si no lo hemos visto ni lo hemos oído.

—Porque nos hemos quedado dormidos. Estoy segura de que Jesús será un sirviente.

Penelope arrastró el baúl hasta el interior de la habitación y lo abrió. Valpy empezó a meter su ropa en el cajón más bajo del armario.

—Gracias, Valpy. Cada vez me cuesta más agacharme.

—Lo sé. E irá empeorando.

Ella no le llevó la contraria. Solo se pasó una mano protectora por el vientre, que todavía no se notaba mucho.

Sacaron sus cosas en silencio. Fueron bastante rápidos. Toda la ropa cabía fácilmente en el armario. Colgaron los abrigos detrás de la puerta y colocaron los pocos artículos de aseo que habían llevado en el estante que había justo encima del lavabo. Valpy colocó su pijama bien doblado sobre la almohada, y Penelope puso en el alféizar de la ventana el frasco de perfume que le había regalado Desmond. Le gustaba el nombre, L'Heure Bleue, que hacía referencia al momento del crepúsculo previo al instante en que salen las estrellas.

—Pensé que te gustaría llevar algo elegante para la misión —le había dicho, pero al ver la cara que ponía ella, volvió a intentarlo—: Pensé que podría ayudarte, pero, si no es lo más adecuado, lo siento.

Claro que no era lo más adecuado. Otro vestido habría sido mucho más útil. Solo tenía tres: uno azul oscuro, otro verde también oscuro y otro con un estampado de Liberty para las ocasiones especiales, si es que alguna vez había alguna ocasión especial. Su

amiga Beryl había intentado regalarle uno de lunares, pero aquello era absurdo y así se lo dijo.

Desmond lo sentía de verdad y ella le perdonó. ¿Cómo no iba a hacerlo? Ya le parecía todo un milagro que la sofisticada botella de cristal, con su tapón de corazón invertido, no se hubiera roto durante el transporte.

Observó la habitación. Era un placer poder ordenar sus pocas cosas en aquel espacio tan reducido, nada que ver con Chestnut Lodge, donde aún había cajas sin desembalar en todas las habitaciones. No era muy buena ama de casa, pero le resultaba fácil organizarse cuando viajaba. Colocó en el escritorio que estaba junto a la ventana, para el que no había silla, su cuaderno de notas, que en esta ocasión era rojo, lo que no dejaba de ser una pequeña broma privada relacionada con el estado de su cuenta bancaria.

—Mamá, mira. Hay pintores en el tejado.

Dos personas se habían instalado con sus caballetes en la azotea del edificio de al lado. El hombre parecía inquieto, pero la mujer se estaba riendo. Se había sentado en una silla plegable y llevaba una falda estampada y una blusa blanca, además de un collar de grandes cuentas rojas en el cuello. Mientras Penelope y Valpy los observaban, los dos se intercambiaron los materiales de trabajo. El hombre empujó hacia ella con el pie la caja de acuarelas, y ella, por su parte, le entregó la paleta. A continuación, movió su silla para alejarse un poco. Mientras se acomodaban, el hombre vio a Penelope y a Valpy asomados a la ventana y se quedó mirándolos un momento para adoptar enseguida la misma postura de Valpy, como si le imitara. Avergonzada, Penelope se dispuso a apartar a Valpy, pero justo entonces vio cómo la mujer se volvía para saludar. Valpy le devolvió el saludo.

—¿Puedo pintar en el tejado? —le preguntó.

—No. Y deberíamos bajar. Ya es la hora.

—¿Es obligatorio?

—Sí.

No protestó. Rara vez lo hacía.

—*¡Bienvenidos a la sala!* —les dijo Chela de manera grandilocuente, con una caléndula nueva detrás de la oreja.

De alguna manera había adivinado que iban a bajar, y apareció justo cuando pisaban el último escalón.

Del vestíbulo decorado con caléndulas pasaron a una pequeña antesala en la que había un hombre bajo y delgado que parecía un poco mayor que Penelope. Llevaba un traje azul, no especialmente bien cortado, y estaba de pie con una postura muy erguida. Chela fue a saludarlo:

—Señor Azuela —dijo, y acto seguido dejó escapar un sonido de la garganta del que resultaba imposible determinar si expresaba simpatía o todo lo contrario—. ¿Cómo va la mina? —preguntó.

—De maravilla —respondió él, mirando al frente. Parecía tranquilo, pero cansado—. ¿Y cómo va la casa?

—De maravilla. Como siempre —dijo Chela.

El salón era grande, pero a Penelope le pareció más pequeño de lo que cabía esperar dadas las dimensiones de la residencia. Las contraventanas estaban cerradas y la habitación se hallaba iluminada solo gracias a los estrechos rayos de sol que se filtraban a través de las lamas ligeramente entornadas. Había un aroma a cera de muebles, a polvo y a más caléndulas. Los sillones, los sofás y los divanes se esparcían por todos lados, muy bonitos pero bastante pasados de moda, dispuestos de cualquier manera, como al azar, sobre el suelo de baldosas, de modo que no podía decirse que hubiera una zona especialmente definida para sentarse. ¿Estaba todo así porque había habido una fiesta o alguna reunión que hubiera concluido de forma abrupta? Difícil saberlo. Los óleos y los espejos dorados de las paredes estaban torcidos, y había un piano Bechstein situado en un rincón que se curvaba ligeramente hacia la derecha, por lo que a Penelope no le pareció del todo descabellada la idea de que incluso hubiera habido un terremoto. Vio varias jaulas de pájaros colgando del techo, aunque parecían vacías, y, ubicadas junto a las ventanas, unas cuantas plantas altas de hoja ancha que parecían necesitar agua. Una docena de macetas de caléndulas decoraban una mesa en la que se habían ido colocando distintos platos con comida y dulces, entre los que podía verse una calavera

de azúcar con el nombre de William grabado en la frente. En un rincón había un Victrola en el que sonaba un disco de ópera.

Lo más preocupante: no había libros. Penelope siempre había vivido en casas en las que los libros se repartían por todas las habitaciones, por el pasillo, incluso por la despensa, aunque la despensa de Squires Mount había sido bastante húmeda, lamentablemente, y se perdieron varios volúmenes. Para Penelope, un salón sin libros era como un jardín sin flores.

En el otro extremo del salón, en un par de sillones de orejas de color rojo situados a ambos lados de la chimenea, había dos mujeres sentadas en silencio con sus vestidos negros y sus sombreros cubiertos con un velo corto. La repisa de la chimenea, a su espalda, estaba repleta de plata: candelabros, cuencos, fuentes, marcos de fotos… Todo muy pulido. La plata parecía aportar más luz a la habitación.

Chela se abrió paso hacia las mujeres.

—¿Doña Elena? —Se dirigió a la mujer de la derecha, que llevaba un velo muy recto—. ¿Doña Anita? —Ahora a la de la izquierda, que se había levantado el suyo para dejar al descubierto la punta de la nariz—. Ya están aquí los dos a los que esperábamos ayer.

—¿Ahora? Pero si acabamos de llegar del cementerio —dijo doña Elena.

—Jesús ha dejado las flores preciosas —dijo doña Anita.

Valpy alzó la vista, pero Penelope negó con la cabeza.

Chela se volvió para asegurarse de que Penelope y Valpy habían conseguido esquivar el mobiliario interpuesto y estaban detrás de ella.

—Los he instalado en la habitación azul.

Doña Elena alcanzó unos papeles de la mesita que tenía al lado. Penelope estaba casi segura de haber reconocido entre ellos el papel de cartas que usaba siempre.

—Les dejo —dijo Chela, y se fue hacia la salida.

Penelope no sabía si debía sentarse o quedarse de pie. Se dirigió a un pequeño sofá tapizado en blanco y negro y lo giró ligeramente hacia las mujeres que ocupaban los sillones de orejas. Allí se sentó con Valpy.

—¿Soltera o viuda? —empezó doña Elena.

Tenía una voz fuerte, imponente. Doña Anita, por su parte, se mostraba distraída con una pequeña pluma que se le había enganchado en el encaje del velo.

Penelope miró a una y a otra.

—¿Cómo? Estoy casada. Creí que lo sabían.

Doña Elena volvió a consultar las cartas y alzó una de ellas para dirigirla a los rayos de la luz polvorienta que lo dominaba todo, y así poder ver mejor.

—Ah, sí, señora Fitzgerald. ¿Cuál es su nombre completo?

—Penelope Mary Fitzgerald, de soltera Knox.

—¿Tiene otros hijos a su cargo?

—Sí, una hija.

—¿Cómo se llama?

—Christina Rose. La llamamos Tina.

—¿Y dónde está?

—Tiene dos años. Está con su abuela en Chelsea.

Doña Elena puso una cara extraña, no del todo agradable.

—Qué bien que tenga una familia en la que poder confiar. ¿Su madre se encuentra bien?

—En realidad se trata de mi suegra. Pero sí, creo que está bien.

—Ah. Yo también creo que mi cuñada está bien. Y sin embargo…

Doña Anita sonrió.

—Sí, tengo dolor de cabeza. Y dolor de estómago. También me duele la espalda, aunque a veces noto más el dolor en el hombro. Y hoy he descubierto que no puedo girar el tobillo derecho en sentido contrario a las agujas del reloj —extendió la pierna para demostrarlo.

Valpy levantó una de las suyas para probar, pero Penelope lo detuvo poniéndole una mano en la rodilla.

Doña Elena siguió mirando a Anita, sonriendo, aunque no con mucha amabilidad.

—Mi hermano tenía una constitución tan fuerte… —Sacudió la cabeza—. ¿Necesitan más almohadas? —preguntó doña Elena, volviendo a sus papeles.

—Con una siempre nos ha bastado —dijo Penelope.

—¿Se levantan temprano? ¿Se acuestan tarde?

Todas las preguntas relativas a la hora de acostarse habían sido siempre de gran interés para Valpy, así que fue él quien respondió:

—A mí no me preocupan los horarios del sueño, Mrs. Delaney. Nunca me han preocupado. Si me despierto temprano, me pongo a leer.

—Puedes llamarme *doña* Elena o *señora* Delaney o simplemente doña. ¿Cuántos años tienes?

—Casi siete —hizo una pausa para considerar las opciones que se le habían ofrecido—, doña.

—Gracias por invitarnos —dijo Penelope, pensando que debía decir unas palabras y empezar a aclarar ya las cosas—. Su carta llegó justo cuando…

En ese instante comenzó a balancearse la jaula para pájaros que colgaba sobre la cabeza de doña Elena. Un pequeño loro verde había alzado el vuelo desde el suelo, luego aleteó hasta la percha y desde allí empezó a decir con un tono desesperado:

—Jaas-per. Jaaaaas-per.

—Vamos a ver —dijo doña Elena, ignorando la desgarradora llamada que resonaba por encima de su cabeza—. Ah, sí. En el cuarto azul tendrán una preciosa vista de las montañas. A todos les gusta mucho ese paisaje. Pero no se dejen engañar. Están más lejos de lo que parece.

El pájaro se calló. Se le cerraron los pequeños párpados sobre sus brillantes ojos negros.

—Necesitarán un coche si es que tienen previsto hacer alguna excursión. Espero que se hayan traído ropa de abrigo. Fonseca puede ser muy frío por las noches en esta época del año. Si necesitaran algo, cualquier cosa, les ayudará Chela.

—¿Cómo se llama el pájaro, doña? —preguntó Valpy.

—Se llama Jasper.

—¿Entonces se estaba llamando a sí mismo? —preguntó Penelope.

—No. Le entrenaron para llamar a un gato que se llamaba igual y que se perdió hace muchos años —dijo doña Elena.

—¿Y lo encontraron? —preguntó Valpy.

Doña Anita movió la cabeza con tristeza, y doña Elena continuó:

—Eviten la esquina noreste de la casa todo lo posible. Mi hermano murió ahí, y es la parte más fría de Mirando.

Doña Anita se incorporó.

—Él habría querido que se tomaran algo después de un viaje tan largo. —Señaló entonces la mesa cubierta de caléndulas—. Sírvanse ustedes mismos. Mi marido ya ha comido.

Se oyó un ruido procedente de la cocina, seguido de unas palabras muy rápidas en español. Valpy señaló la máscara de azúcar, pero doña Elena frunció el ceño.

—Esa solo la pueden comer sus seres queridos. Puedes elegir cualquier otra cosa. ¿Hay algo que quisieran añadir a la *ofrenda*? No es lo típico, pero, si después de sesenta y seis años no se nos permite alterar alguna que otra costumbre para adaptarla a lo que nosotras queremos de verdad, entonces no sé qué estamos haciendo aquí.

—Gracias —dijo Penelope—, pero acabamos de llegar. Llevamos muchos días de viaje.

—Ya. Pero ¿no meten en la maleta algún recuerdo de sus seres queridos cuando viajan? —preguntó doña Elena.

—Lo cierto es que no.

—¿Ni siquiera una vela? —pregunta doña Anita—. ¿Ha tenido muchos seres queridos en su vida?

—Tres tíos —dijo Penelope un poco a la defensiva—. Aunque solo queda uno.

—¡Ah! ¡El carrito! —gritó doña Anita.

A través de un pasadizo que comunicaba la cocina con el salón, Chela hizo entrar lo que parecía un pequeño bar móvil. Junto a un cuenco con hielo y otro con caléndulas decapitadas, había una jarra de líquido color ámbar.

—Caléndulas al whisky para el Día de Muertos. ¡Mi propia receta! Whisky, jerez, amargo de naranja y una flor de caléndula. Hay que dejar que la flor flote en la superficie —Miró a Valpy—. Para ti hay una botella de agua fresca. —Luego se volvió hacia las doñas—. ¿Les hago pasar? Ya son las cinco y media.

Doña Elena levantó una mano. Lo que sonaba en el Victrola era

el coro de los esclavos de *Nabucco,* y no quería que nadie lo interrumpiera. La sala entera iba a tener que esperar hasta que la pieza terminara y la aguja llegara al final del disco, momento en que ella se llevaría la mano al pecho y Chela saldría del salón para cruzarse con el señor Azuela, que estaría entrando.

Penelope oyó cómo se abría la puerta principal y empezaban a brotar más y más voces en el vestíbulo. La gente fue ocupando la sala, y todos se quedaron mirando a Penelope y a Valpy, aunque siguieron dirigiéndose directamente hacia las doñas para saludarlas, unos con apretones de manos, otros con abrazos. Un hombre que llevaba una chaqueta de pana Bedford se sentó ante el Bechstein, que seguía algo ladeado, y comenzó a tocar un impetuoso *étude* del Romanticismo. El volumen hacía imposible la conversación y el piano estaba desafinado, pero doña Elena sonrió:

—Gracias, señor Tuttle —dijo.

Pronto se llenó la sala, generando un ambiente que parecía más propio de una recepción en una pequeña galería que en una casa. Los grupos charlaban aquí y allá, y todos se servían del carrito de Chela. Nadie habló con Penelope ni con Valpy.

—No hay más niños —dijo Valpy.

—Ni comida —dijo Penelope.

No sabía qué hacer, pero Chela acudió al rescate. Les dijo que había preparado la cena para Valpy en la cocina. Penelope debía ir a cambiarse para la velada, y ella mandaría a Valpy a su habitación en cuanto hubiera terminado.

Como no tenía nada especial que ponerse, Penelope seguía sentada en el diván de su habitación cuando regresó Valpy, calentito y saciado.

—¿Qué has cenado? —le preguntó Penelope.

—Se llamaba *queso fundido,* la cena de los revolucionarios.

Penelope quería hacerle más preguntas, pero Valpy continuó hablando:

—Chela me ha dicho que ha estado muy bien que no tuviéramos nada para la *ofrenda* porque todo el mes de noviembre está dedicado a las almas santas del purgatorio. No hay forma de saber con seguridad si tus seres queridos están en el cielo, en el infierno o

en el purgatorio, pero podemos rezar por ellos de todos modos.

—Valpy, las particularidades del catolicismo me resultan excesivas en este momento.

Él se quedó mirándola, algo preocupado.

—Me ha dicho que también podemos bailar en honor de nuestros seres queridos.

Penelope trató de imaginarse bailando por su madre. Christina había desaparecido hacía media vida, y no contaba con ninguna *ofrenda* que la ayudara a recordarla. Su padre no podía hablar de ella. Ni siquiera había vuelto a pronunciar su nombre desde el día en que murió, cuando Penelope tenía dieciocho años, el verano anterior a su ingreso en Somerville, donde había estudiado también su madre. Penelope sabía que estaba enferma, pero pensaba que se recuperaría. Y cuando murió de repente, el 30 de mayo, a causa de una peritonitis, una nube gris cayó sobre su vida y nunca se disipó. Reunió todos los libros de su madre y se los llevó consigo a Somerville. Si sus vidas adultas no podían ir de la mano, al menos sus notas al margen quedarían para siempre superpuestas y entrelazadas.

—¿Y si no nos gusta bailar? —dijo.

—¡Yo le pregunté lo mismo! «Imposible», dijo Chela. «A todo el mundo le gusta bailar.» —Valpy se metió en la cama—. ¿Dónde está la esquina noreste de la casa?

—No lo sé, pero no te preocupes. Si necesitas un jersey extra, nos haremos con uno.

Abajo, el salón seguía lleno. Chela no hizo ninguna referencia al hecho de que Penelope no se hubiera cambiado, pero por su expresión era obvio que no lo aprobaba. Penelope le dio las gracias por haber dado de cenar a Valpy.

—Ha comido muy bien —dijo Chela, pronunciando las palabras como con tono de reproche.

Penelope no estaba segura de cómo defenderse. Comer durante el viaje en autobús había sido complicado. Pidió un vaso de agua y Chela le tendió un *agua fresca.*

—¿Se lo explico todo ahora? —preguntó.

—Por favor —dijo Penelope.

En Mirando la bebida nocturna solía ser el jerez, pero había cócteles especiales los miércoles y los sábados. Esa ocasión era una excepción debido a la fiesta, le explicó Chela, aunque Penelope pronto descubriría que las excepciones eran muchas por las numerosas celebraciones católicas. Los viernes las doñas prescindían de la bebida, y los domingos celebraban el día del Señor con champán. Las copas eran a las cinco, la cena a las siete, solo para los invitados de Mirando: el señor y la señora Tuttle, el señor Flatley, el señor Azuela de vez en cuando, las doñas y ahora, por supuesto, Penelope y Valpy.

—¿Flatley? —preguntó Penelope.

—Un tutor irlandés. Puede que se le ocurra la idea de darle unas clases a su hijo, pero usted debe rechazar su oferta. Los jueves las doñas toman un plato frío y los demás cenan fuera. Esa es mi noche libre.

Le sirvió un whisky de caléndula a Penelope, pero ella pensó que sería mejor aclarar un par de cosas antes de dar el primer sorbo.

—De esta gente, entonces, ¿hay quien se aloja en Mirando y hay otros que en cambio vienen solo por la noche?

—*Sí.* —Chela echó un vistazo por la habitación—. La señora Slater viene a menudo —señaló en dirección a una mujer elegantemente vestida que tenía el pelo castaño bien cortado—. Es americana y su marido es ingeniero. Quiere abrir un centro de arte en alguna parte. Ahí está el señor Molina, que tiene muchas ideas, y algunas de ellas me parecen buenas. La señora Clancy viene cuando no está en alguno de los pueblos de la montaña. —No parecía que a Chela le agradara mucho la señora Clancy—. No veo esta noche al señor Garza, que quiere fundar el primer museo nacional de aves. Otros van y vienen, lo que les lleva mucho tiempo y les cuesta mucho dinero. Pero todo el que quiere hablar con las doñas acude a esta hora.

—¿Todos los días? —preguntó Penelope.

—Todos los días.

—Pero ¿para hablar de qué?

Chela chasqueó la lengua.

—Señora Fitzgerald. Creo que ya lo sabe.

Dejó caer una caléndula en la bebida de Penelope y regresó a la cocina.

Con el *agua fresca* en una mano y el whisky a la caléndula en la otra, Penelope se dirigió hacia un sofá rojo que podría haber hecho juego con el diván de su habitación. Era lo bastante grande para dos personas, pero se colocó justo en el medio con la esperanza de evitar cualquier tipo de compañía. No tenía por qué preocuparse: nadie se le acercó. Aunque sí notó que la miraban la señora Slater y la señora Clancy, primero por separado y luego manteniendo una íntima conversación entre las dos. Ambas vestían pulcras blusas con rebecas a juego. La señora Slater parecía de la edad de Penelope y la señora Clancy era mayor.

Todos ellos, ya fueran visitantes, conocidos, advenedizos (Penelope no sabía cómo llamarlos), se mezclaban y charlaban en pequeños grupos, interrumpiendo la conversación de vez en cuando para servirse otra copa del carrito, admirar la *ofrenda* o mantener conversaciones privadas con las doñas. Penelope alcanzó a oír cómo hablaban en susurros de sus proyectos para abrir nuevas alas de hospital o fundar clubes de jardinería y gremios de plateros. Al cabo de un rato, Chela encendió el fuego y varias personas propusieron un brindis en inglés por la generosidad y la hospitalidad de las doñas. El señor Molina se dirigió a los presentes para explicarles su idea de fundar una flota de bibliobuses que despacharan libros por todo el estado de Coahuila. Pero, cuando terminó, doña Elena dijo que ya existía la gran Biblioteca Pública del Estado, ubicada en la Alameda Zaragoza. Molina argumentó que no todo el mundo disponía de transporte para llegar a la gran biblioteca, y que su plan se inspiraba en el trabajo que habían llevado a cabo los bibliotecarios ambulantes de la Cruz Roja durante la guerra. Dijo que su labor había sido en verdad inestimable al prever qué quería leer la gente en unos momentos en los que necesitaban formas de evasión altamente imaginativas.

—¿Y qué es lo que querían leer? —preguntó doña Elena.

Penelope aguzó el oído. Quería saberlo, pero Molina balbuceó y

la atención de las doñas se desvió enseguida hacia otros temas.

La luz se iba desvaneciendo en la plaza. Las brillantes líneas que se habían filtrado antes por los listones de las persianas se iban haciendo más y más tenues. Cuando Penelope reparó en que ese día no tenía que organizar la cena ni abrir las cajas de Chestnut Lodge, se sintió ciertamente aliviada. Pero, al darse cuenta de que aquello de la herencia parecía un secreto a voces y que todos los habitantes de Fonseca parecían contar ya con un plan para hacerse con ella, terminó por darle sorbo a su whisky de caléndula.

Antes de acostarse, se puso a hacer una lista. Pensó que más le valía tener controlada a la competencia:

Señor Azuela: antiguo gerente de la mina de plata que pertenecía a las Delaney, ahora nacionalizada. ¿Sigue trayéndoles información a las doñas?

Señor y señora Tuttle: organista arruinado y su esposa. ¿Sin hijos?

Señor Flatley: tutor irlandés. Inteligente, pero por el que no resulta fácil sentir aprecio. ¿Alumnos?

Señor Molina: biblioteca ambulante.

Señor Garza: museo de aves.

Padre Bedoya: sacerdote católico, con las necesidades habituales de una parroquia.

Señora Slater: centro de arte.

Enumeró a los demás según las propuestas que había ido cazando al vuelo en el salón:

Ala de Hospital.
Club de Jardinería y Sociedad de la Azalea.
Cofradía de plateros.

Aquella noche soñó con su madre y se despertó sollozando a las dos y media, algo muy inusual en ella, tanto lo de despertarse como lo del sollozo. Le echó la culpa al whisky de caléndula.

Penelope se encontró con Violet Slater al día siguiente. Cuando se cruzó con ella, Violet miraba la pulida escalera de Mirando.

—Roble irlandés —susurró Violet, con sus grandes ojos color avellana muy abiertos—. ¿Se imagina?

Penelope estudió el pasamanos, sin terminar de comprender qué era lo que tenía que imaginarse.

A los pocos días supo que en lo que estaba interesada Violet Slater era en la propia casa, ya que Mirando se encontraba justo en el límite del principal distrito comercial de la Zona Centro y constituía por tanto un emplazamiento perfecto para el espacio artístico que tenía pensado abrir. Había estudiado Lengua y Literatura en Smith y soñaba con llevar a escena un montaje de *Romeo y Julieta* empleando para ello el pequeño balcón redondeado de la segunda planta de Mirando para el acto 2, escena 2. Su hijo Milo, un poco mayor que Valpy, era, según ella, un actor nato.

La amiga de Violet, Rose Clancy, era una irlandesa expatriada como las doñas, no tenía hijos y estaba casada con un ejecutivo de seguros. Los Clancy poseían la única llave del único camión de bomberos de Fonseca, tenían un cocinero que era primo del jefe de policía y organizaban un encuentro anual en el que servían pollo frito a toda la comunidad de expatriados europeos y estadounidenses de Fonseca. Lo que ella quería era un centro de acción comunitaria desde el que organizar recorridos y excursiones de una jornada a pequeños pueblos mexicanos para llevar a cabo labores de ayuda y formación.

—Clancy significa ‘guerrero rojo’ —le contó a Penelope cuando se conocieron.

Lo dijo con una enorme sonrisa, pero quedaba muy claro lo que le quería decir.

Dos flores: Violeta y Rosa. Juntas tenían previsto convertir Fonseca en un sitio que se acomodara a sus gustos. Violet Slater, en concreto, era el tipo de mujer al que ella más temía. Refinada, tranquila, impecable, capaz de decir algo impropio sin ninguna consecuencia. De la señora Clancy lo único que le gustaba era su pelo gris.

La lista de Penelope ahora también incluía al señor Whishaw,

responsable de la cuenta de las doñas en el Banco de Londres y México. Y no porque compitiera por la herencia, sino porque parecía ser el único que poseía algún tipo de información precisa al respecto. Su primo, otro señor Whishaw, abogado del mismo bufete, también había ido a Mirando.

Penelope se fijó igualmente en el personal de la casa: la formidable Chela, que no vivía allí, pero que dormía en la habitación que quedaba encima de la cocina si tenía mucho que cocinar o si había que preparar una comida especial para algún día festivo. Su prima, Esperanza, que era una joven muy guapa, de rasgos delicados y largas pestañas, y que iba los martes a ayudar con la colada y la limpieza, aunque nunca pareciera estar haciendo gran cosa. Otra prima lejana, que iba en las fiestas de los santos a hacer lo mismo. Y por último Jesús, solemne y arisco al mismo tiempo, que llevaba siempre una camisa blanca, pantalones negros y unas gafas continuamente empañadas. Era chófer, jardinero y manitas, todo en uno.

¿Qué se esperaba? ¿Una sucesión de meriendas en compañía de Valpy y de dos doñas ancianas y dulces, en una casa cómoda y acogedora? Lo cierto era que sí. Algo parecido. Desde luego, no se había imaginado que la casa pudiera ser tan extraña, llena de invitados, ni que en el pueblo todo el mundo quisiera hacerse con la herencia, igual que ella.

Había metido en la maleta media docena de números de la *World Review* con la idea de compartirlos con las doñas, incluido el más reciente, en el que aparecía un relato corto de Dylan Thomas, y llevaba también el plan de negocio que había preparado con un índice de ensueño (esperaba contar con algo de Beckett) y un registro contable con los costes de producción, impresión y distribución. Incluso se había llevado muestras de papel. Lo apiló todo con cuidado debajo del diván.

Al final de la lista, Penelope se anotó a sí misma:

> P. Fitzgerald, coeditora de una revista literaria inglesa, escritora. ¿Amiga de la familia?

En una carta a Desmond los etiquetó a todos, incluyéndose a sí

misma: eran pretendientes. «La situación es más complicada de lo que imaginaba», le escribió.

Cuando él le respondió, le recordó que el término «pretendiente» no era despectivo en sí mismo. El significado original de la palabra, relacionada con el francés *prétendre,* significaba básicamente postularse, presentarse o reclamar.

«No te rindas. Yo apostaría a tu favor y en contra de cualquier señora Slater sin el menor género de dudas», escribió. «¿Y qué podría tener el sacerdote en tu contra? Yo solo me preocuparía por ese ornitólogo. Lo del museo de aves me parece una buena idea.»

DETERMINACIÓN

—Valpy, las doñas no son lo que esperaba. Mirando no es lo que esperaba. En realidad, nada es lo que esperaba.

Su primera semana allí llegaba a su fin, y Valpy estaba dibujando. Como no disponían de ninguna silla, había optado por sentarse en el escritorio que había junto a la ventana, con las piernas cruzadas y los codos apoyados en las rodillas, inclinado sobre el papel.

—Pero no importa —siguió Penelope—. Nos vamos a quedar. De un modo u otro, esto va a ser toda una experiencia.

—¿De primer nivel?

—¿Qué?

Valpy le recordó que habían oído a una mujer en el autobús de Knoxville utilizar esa expresión, y ninguno de los dos había entendido del todo qué quería decir.

—Creo que sí.

Con el tiempo, Penelope se maravillaría de su propia determinación. Los días iniciales en Fonseca los recordaría llenos de luz, con un calor que parecía repleto de tentaciones. Aunque también le resultaron muy desconcertantes. Tenía constantemente un nudo en el estómago por toda aquella lucha por la herencia, pero no podía marcharse. Chestnut Lodge, la *World Review,* el tipo de educación que deseaba para sus hijos… Todo dependía de su éxito. Si iba a celebrarse un torneo, ella ya se había presentado e iba a competir.

—¿Cuánto tiempo nos vamos a quedar? —preguntó Valpy.

—Todavía no lo sé.

—¿Hasta el veintidós de febrero?

—No creo que estemos aquí tanto tiempo. ¿Por qué?

—Es un aniversario triste. Las calles se llenan de lágrimas.

—¿Te lo ha dicho Chela?

Valpy asintió. Había desayunado tres veces con Chela en la cocina y ya hablaba como ella.

«Ven a las ocho, ni un minuto antes», le había dicho. «A esa hora abren todos los hornos y puedes oler el pan recién hecho.»

Valpy se mostró escéptico. «No se pueden abrir todos los hornos al mismo tiempo.»

«Entonces, ¿de dónde viene el olor? Doña López lo huele desde el Santo Cristo del Ojo de Agua, al que va con su hijo y con su nuera.»

«No sé dónde está ese sitio», le había dicho Valpy.

«Las carretas llegan justo antes de la hora. Ya verás cómo tiembla el pueblo entero con el movimiento de las ruedas. ¿No me crees? Vas a notar cómo traquetean las ventanas de tu dormitorio.»

«Eso no me da miedo.»

«Muy bien. Pues puedes venir a la cocina justo después. ¿Qué te gusta desayunar?»

«Huevos y tostadas.»

«Te pondré chilaquiles y machaca.»

Valpy no tenía idea de qué quería decir.

«Gracias», respondió.

Penelope creía en las bondades de la rutina, pero no siempre lograba que Valpy se ciñera a sus pautas. En Fonseca, sin embargo, lo consiguió. De lunes a viernes, tenía clase por la mañana con las hermanas de San Esteban (habían declinado la oferta del señor Flatley). Luego, por las tardes, ayudaba a Jesús en el jardín, a Chela en la cocina o iba con Penelope a dar una vuelta o a hacer algún recado. Cenaba temprano en la cocina con Chela y a las seis ya estaba arriba para pasar allí la tarde. Los sábados los destinaban a hacer visitas o excursiones, y los domingos iban a misa con las doñas. Penelope no se había llevado ningún sombrero, pero Chela le prestó un pañuelo para que pudiera cubrirse la cabeza.

—Ya sé por qué se llama Mirando la casa —le dijo Valpy una mañana a Penelope.

Estaban explorando el jardín. Desde la calle, nadie diría que la

casa pudiera albergar una extensión tan grande de naturaleza. En realidad, eran dos los jardines unidos por un enrejado y unos escalones: en primer lugar, había una rosaleda con setos de boj y una terracita de ladrillo; luego, pasado el arco, se llegaba a una pequeña extensión de césped con arriates llenos de jazmines, camelias, dalias, gardenias y otras plantas perennes, todas ellas etiquetadas con sus marcadores de cobre. Caminaban despacio, leyendo.

—¿Por qué?

—Significa «vigilar».

—¿Vigilar el qué? —preguntó Penelope.

—Todo, dice Chela. Dos culturas que se vigilan mutuamente para tratar de averiguar cuál lleva ventaja.

—¿Quién le puso ese nombre?

—No lo sé.

—Valpy, Chela te cuenta muchas historias.

—Yo también se las cuento a ella. Le he hablado de los baños para mexicanos que vimos en Estados Unidos.

—Vaya, ¿y qué te ha dicho?

—Dice que es mejor que no regresemos por ahí. —Valpy sacó su bloc de dibujo—. Me ha hablado de Jasper.

—¿El loro o el gato?

—Los dos. Al loro no lo entrenaron para que se aprendiera el nombre, pero empezó a decirlo igual que el chico al que contrató doña Elena para que fuera buscando al gato a gritos. Recorría las calles de la Zona Centro sin cesar, desde Mirando hasta la Plaza de Armas, y todo el mundo acabó con un dolor de cabeza terrible hasta que por fin lo encontraron.

—Pero creía que no lo habían encontrado —dijo Penelope.

—Eso es lo que piensan las doñas. Chela lo encontró medio devorado por un coyote, tirado en la puerta de la cocina. ¿Podemos comprar unas pinturas?

—Muy buena idea. Y quizá podamos irnos unos días de Mirando. Podríamos ir a las montañas.

—¿Cómo? Están más lejos de lo que parece.

De nuevo en su habitación, Valpy quiso jugar a las listas. Partió

en dos un trozo de papel y le dio la mitad a Penelope. Ella lo alisó con la palma de la mano. ¿Qué era lo que quería? Se le ocurrían muchas cosas. Tiempo, atención, un viaje a San Petersburgo, un abrigo bien confeccionado, un jersey suave de un color que ni siquiera sabía si le sentaba bien, un ramo de flores frescas, un libro del que nunca hubiera oído hablar, un poema, un dibujo, un buen sentido de la orientación, a su madre. Esta costumbre de hacer listas de lo que uno quiere pero en realidad no necesita le venía de su abuelo Edmund Knox, que había crecido en una familia de vicarios sin muchos recursos y que llegó a ser obispo de Manchester, prueba viviente del enorme poder que podía llegar a tener la práctica de aquel ejercicio. Escribió:

Un loro
Un día lluvioso
Un sarape

Hacían listas cuando se sentían inquietos o descontentos, y Penelope solía procurar que en la suya siempre hubiera algo asequible para Valpy, lo que quizá fuera un error, ya que podía llevarle a creer de por vida que su misión consistía en hacer felices a los demás. Él leyó la lista que había redactado Penelope.

—Pensé que pondrías un sombrero.

—Me hace falta un sombrero, es verdad, pero es que en realidad no lo quiero. Lo que quiero es un loro, aunque no lo necesite.

Valpy empezó a dibujar un pájaro.

—Los loros pueden vivir cien años —dijo—. Mamá, ¿don Guillermo murió porque aquella es la parte más fría de la casa o es la parte más fría de la casa porque él murió allí?

—¿Quién es don Guillermo?

—¡El marido de doña Anita! Mamá, ¿prestas atención alguna vez a lo que se te dice?

Le mostró su lista, ahora con un pajarito dibujado para ella en una esquina.

Un gato

Un paseo en avión
Un jersey calentito

—Qué buen pájaro —dijo Penelope, y empezó a dibujar un jersey. Le gustaba dibujar los objetos cotidianos de su vida diaria, y lo hacía con una técnica bastante clásica tanto para el espacio como para el trazo. Se trataba casi de una tradición familiar: su padre y Desmond hacían lo mismo—. No te preocupes por el jersey. El que tienes abriga bastante.

—¿Las quemamos ya?

Esa era la última parte del ritual.

—No tengo cerillas.

—Deberías ponerlas en tu lista.

El sábado siguiente sirvieron whisky sours y, para sorpresa de todos, empezó a llover e incluso hubo fuertes ráfagas de viento, de modo que muchos de los visitantes habituales no se atrevieron a acercarse a la casa. En las copas de esa noche solo participaron los huéspedes de Mirando y el señor Azuela, que llegó con su habitual traje azul empapado.

—¿Ha venido andando? —le preguntó doña Elena con un tono algo avasallador—. Si no está su chófer, debería venir en autobús. Yo misma tomé el autobús…

—¿Dónde? —gritó doña Anita.

—¡Ya hace mucho! Pero recuerdo haber tomado el autobús en una ocasión. Uno de los pasajeros llevaba un billete de los grandes y el conductor no tenía cambio. Aun así, le hizo señas para que se subiera y le dijo que lo cambiara cuando pudiera. Llegado el momento, los pasajeros fueron pasándose el billete de mano en mano desde la parte trasera del autobús hacia la delantera, y le dieron el cambio exacto de la misma manera, de mano en mano, desde la parte delantera hasta la trasera. ¿No es extraordinario?

Doña Anita frunció el ceño.

—¿Qué es lo que te parece tan extraordinario?

—Era gente muy pobre, Anita.

—¿Y lo que te dejó impresionada es que no lo robaran?

Doña Elena endureció el gesto.

—Un hombre sediento alza la lengua por una sola gota de lluvia.

—Tal vez en las películas —dijo el señor Tuttle.

—Se refiere a *Las uvas de la ira* —dijo el señor Flatley.

El señor Azuela, que había estado esperando para poder meter baza, levantó la mano:

—Quisiera mencionar que no he tenido chófer en mi vida.

—Además, ¿cómo iban a llevarse el dinero? —A Penelope no le agradaba ser la única que hablara como una delincuente, pero no podía evitarlo—. ¿No estaba en marcha el autobús?

—No va por ahí la cosa —dijo doña Elena.

—Espera —dijo doña Anita—. La cosa sí va por ahí —Se llevó una mano a la frente—. Espera, ¿por dónde iba la cosa?

Doña Elena sonrió con muy poco afecto.

—¿Ya te funciona el tobillo? ¿Te duele menos el hombro? ¿Otro whisky?

—¡Soy la viuda de tu hermano! —le soltó Anita—. Deberías ser más amable conmigo.

Doña Elena se volvió hacia el señor Azuela.

—Háblenos de la mina. ¿Cómo va todo? ¿Y el Gobierno? ¿Se porta como es debido?

—Sí, gracias, doña. Todo va bien. El pozo de Arteaga sigue siendo productivo, y pronto iniciaremos las obras de dos explotaciones a cielo abierto.

—La señora Slater me ha dicho que su marido tiene un plan para ampliar las explotaciones subterráneas —dijo doña Elena.

El gesto del señor Azuela se transformó de repente.

—El proyecto de Slater para abaratar la ventilación y las comunicaciones es muy temerario y tremendamente irresponsable —dijo.

—Ella dice que la tierra y la roca que se sacan de las explotaciones a cielo abierto son muy dañinas para la flora y la fauna.

El señor Azuela vaciló un instante.

—Es una lástima que no esté aquí esta noche para terminar de

convencerle —dijo Elena.

—Si le preocupa la fauna local, doña —siguió el señor Azuela—, podríamos hablar de los burros. Desde que dejamos de usar las arrastras…

—Sí, las arrastras… Lo que hacían era levantar aún más polvo en este sitio, con este clima tan árido —dijo Elena con desdén—. Estoy muy a favor de los nuevos métodos de extracción.

—¿Y qué vamos a hacer con los burros? ¿Qué será de esos pobres animales ahora que ya no son necesarios para las arrastras? ¿Has visto usted alguna vez a un burro retirado?

—¿Cómo iba a reconocerlo?

—Se le ve enseguida. Muestra un aletargamiento generalizado, peso cambiante, orejas inmóviles…

—Eso describe a todos los burros con los que me he cruzado en mi vida.

—¡Entonces no se ha cruzado jamás con un burro sano! —casi gritó el señor Azuela.

—La palabra «plata» es la más hermosa de nuestra lengua —dijo doña Anita, ahora ensimismada y con aire sombrío—. No es el metal más valioso, pero sí el más reflectante y el más maleable. Siempre he sentido debilidad por él.

Doña Elena la ignoró y Chela apareció para anunciar la cena. Llevaba la trenza suelta por la espalda, cuando lo habitual era que la llevara bien hecha y recogida, y le caían por el rostro, enmarcándoselo, unos mechones encrespados. Se veía que iba a la carrera y que no estaba de muy buen humor.

—¿Alguien ha pedido que lloviera? —preguntó.

Estimada…

Disculpe el retraso en responder, pero he estado de viaje. Aquí le anoto unos cuantos recuerdos que conservo del viaje que hicimos a México para visitar a la familia Purcell (no «Delaney») en Saltillo (no «Fonseca») y que confío en que le interesen. He intentado responder a sus preguntas lo mejor que he podido… Un ejercicio bastante proustiano para mí, como podrá imaginar.

Tomamos el RMS Queen Mary en Liverpool con destino a Nueva York, lo que constituía un lujo absoluto. Recuerdo sobre todo las olas de la piscina, los salones inmensos y las tumbonas en la cubierta, donde nos tapábamos con mantas y tomábamos caldo en grandes tazas. Por lo visto, Bing Crosby iba a bordo y me firmó un autógrafo.

El viaje debió de ser caro y no tengo muy claro cómo se pagó, porque PM & D se encontraban en una situación económica bastante precaria. Lo más probable es que lo financiaran los padres de Desmond, al menos en parte.

Guardo vívidos recuerdos de mis juegos en los jardines de la casa con el jardinero Jesús. Me asombraba que alguien pudiera llamarse Jesús. Le ayudaba a quitar las malas hierbas del huerto, aunque se enfadaba bastante cuando arrancaba las zanahorias para ver cómo eran.

Los domingos íbamos a la misa que se celebraba en la catedral, donde las hermanas entraban con el velo puesto. PM era una anglicana practicante, pero se tomó muy en serio su compromiso matrimonial de educarme en la fe católica.

El motivo por el que PM se refería a Saltillo como «Fonseca» en su artículo sobre la construcción del argumento sigue siendo para mí un misterio.[3] En México no existe ningún lugar con ese nombre, aunque hace poco encontramos un viejo atlas familiar en el que había una cruz marcada justo sobre Saltillo, con la letra de Desmond, al parecer.

Un saludo cordial,

EL MERCADO

En Fonseca había dos mercados, y el burrito al que llevaban atado de uno a otro era de un color gris suave, con el hocico blanquecino en la punta y una mancha clara debajo de cada ojo. Iba con un grupo de mariachis, y cuando se estaba quieto, dejaba las patas bien separadas en un ángulo exagerado, el cuello bajo y las orejas caídas. Todo en él parecía sorprendentemente inmóvil para ser un animal vivo. Llevaba un sarape rojo y unos cascabeles plateados en el arnés que solo sonaban cuando le echaban a un niño al lomo, momento en que le temblaban las patas huesudas y el lomo se le hundía aún más. El animal se esforzaba y se tambaleaba con los labios grises muy abiertos sobre sus enormes dientes amarillos mientras los mariachis iban tocando. En conjunto, daba la impresión de ser una criatura agotada que hubiera superado ya todos sus límites, visiblemente necesitada de compasión y de que lo sacaran de allí.

—Contemplad —dijo el señor Azuela—. Un burro al que han retirado.

Azuela estaba pálido y sudoroso, como si llevara varios días sin ducharse o hubiera sufrido de sudores nocturnos.

La excursión había sido idea de doña Elena. La noche anterior le había pedido al señor Azuela que les diera una vuelta por la ciudad. Él tenía, evidentemente, asuntos pendientes en la mina, y Penelope y Valpy habían estado haciendo ya algo de turismo por su cuenta, pero ella no se dejó convencer: «Tienen que ir a ver los sitios que solo puede enseñarles alguien de aquí», insistió después de varios French 75, con los ojos muy brillantes. «Llévelos al mercado, señor Azuela», dijo. «Llévelos y que vean lo que es el mercado entero de verdad.»

—Seguro que ese animal ha tirado de la arrastra con gran orgullo —decía ahora el señor Azuela—, moliendo mineral de plata junto a

otros como él. Pero, por desgracia para los *burros,* el dolor deslustra.

Penelope, convencida de que aquella afirmación también era aplicable a las personas, trató de apartar a Valpy, pero era demasiado tarde. Mientras observaban la escena, un padre (un turista, a juzgar por la ropa que llevaba) pagó para que su hijo diera un paseo. Los mariachis comenzaron a tocar y el hombre alzó a su hijo hasta colocarlo sobre el lomo del animal. El golpe hizo que el burro rebuznara y diera unos pasos tambaleantes antes de desplomarse. El padre sacó entonces al niño, que estaba llorando, de debajo del animal. ¿Había resultado herido? No. Lloraba porque no había podido terminar su paseo. El padre, humillado ante la multitud que empezaba a reunirse a su alrededor, exigió que le devolvieran el dinero, pero uno de los mariachis insistió en que iban a intentarlo de nuevo, de modo que levantó al burro tirando del ronzal. Esta vez, tras un trago de agua rápido, el animal aguantó. La música volvió a sonar y el padre, satisfecho, pudo sacar por fin la foto que quería llevarse de aquel día.

—¿Sabía usted —le preguntó el señor Azuela— que un burro puede reconocer un lugar o a un compañero hasta veinticinco años después?

El padre bajó al niño del animal exhausto y se dirigió al mercado nuevo. Los mariachis se quedaron esperando al siguiente cliente.

—Pobre animal —dijo Penelope—. ¿Cómo pueden tratarlo así?

Una mosca se paseaba por el hocico del burro y luego pasó a uno de sus ojos.

—Los hombres también son pobres, señora Fitzgerald.

Valpy empezó a llorar.

—¿Podemos ir a ver algo distinto, por favor? —le preguntó Penelope.

El señor Azuela se volvió y los llevó hacia la parte del mercado que quedaba al otro lado de la calle.

—Por supuesto. Vamos al *mercado* viejo. Es más auténtico. Fue fundado, junto con la plaza de toros, por un benefactor. Un hijo del pueblo, un *banderillero* que tras hacerse famoso quiso devolverle algo al lugar en el que había nacido. —El señor Azuela había dejado atrás sus reparos a la excursión y ahora parecía estar disfrutando.

Tenía unas cejas oscuras y muy expresivas. Con un gesto amplio señaló en dirección al mercado que tenían enfrente—. El *supermercado* lo construyó la compañía de seguros Providence Clancy después de que se quemara el mercado viejo.

Penelope se quedó mirando la parte circular más externa del *mercado* viejo, donde aún quedaban algunos puestos de dulces que exhibían figuras de mazapán endurecidas por el tiempo y un chocolate que se había vuelto de color gris. Lo demás era un bosque de tablones podridos y travesaños hundidos en la tierra para sostener a duras penas unas planchas torcidas de chapa ondulada.

—¿Se quemó? —preguntó Valpy.

—Sí, pero volvieron a ponerlo en pie, más o menos. No todo el mundo puede permitirse los precios del *supermercado,* claro.

En el siguiente sector circular había puestos de ropa y enseres domésticos, todos usados y la mayoría rotos. Allí se podía comprar un solo zapato o medio cigarrillo. Luego había otra zona en la que se amontonaban y se vendían a puñados trozos de fruta y caña de azúcar, amuletos, afrodisíacos y pastillas medicinales de todo tipo. A continuación, el señor Azuela los llevó directamente al tramo más interior, donde los pescaderos y los carniceros tiraban los ojos y las vísceras en la zona de tierra que quedaba justo detrás de sus puestos. Penelope se llevó una mano a la garganta temiendo las náuseas.

—¿Le gustaría llevarse un souvenir? —le preguntó el señor Azuela.

Volvieron a seguirle y se detuvieron ante un puesto de juguetes que pertenecía a una zona en la que había muchas figuras de una cerámica tosca. Allí vieron a una turista que las miraba maravillada.

—Esta es la obra de un verdadero artista, se ve a la legua —dijo la turista sosteniendo entre las manos una jarra de barro con forma de caballo.

—Sí, por aquí los niños tienen mucho talento, *señora* —dijo el señor Azuela—. Tienen los dedos pequeños y aprenden pronto.

A la mujer le desapareció la sonrisa del rostro. Dejó suavemente la jarra de caballo en su sitio, fingió mirar otras cosas con algo de interés y luego fue alejándose poco a poco.

El tendero eligió un candelabro.

—*¡Señora, mira!* ¡Aquí! Esto no lo ha hecho ningún niño. Es una *sirena.* Es preciosa.

La cabeza y la cintura de la escultura ascendían por uno de los lados del hueco para la vela. Los brazos rodeaban un laúd, y su cola de sirena (que era como si hubieran puesto dos cactus enfrentados) se erguía justo al otro lado. La turista sonrió, pero negó con la cabeza y se marchó.

El tendero se volvió hacia el señor Azuela y le habló muy rápido en español.

—Permítanme que les compre un regalo —les dijo entonces a Penelope y a Valpy—. ¿Quizá un *cochinito,* una hucha?

Recorrió la mesa llena de objetos y eligió uno de ellos, un cerdo rosado decorado con rosas moradas, pero Valpy negó con la cabeza y eligió en cambio un cordero blanco cuyo pelaje estaba hecho con pequeñas esferitas similares al braille para parecer esponjoso. Lo habían colocado sobre una base verde, y el vientre rozaba una elevación de arcilla que pretendía simular un pequeño montículo de flores amarillas. De todas las figuras que había en la mesa, a Penelope le pareció que era la más tierna. Las patas lograban expresar el frágil equilibrio de un animal recién nacido, y solo el hocico parecía desentonar un poco porque era bastante largo, casi lobuno. Por algún motivo, le habían puesto un círculo rosado en cada cadera.

La hendidura abierta a lo largo del lomo era para las monedas, pero, cuando Penelope le dio la vuelta, vio que en el vientre no había ningún corcho ni ningún tapón de plástico.

—Solo tiene una abertura —dijo, dándole la vuelta de nuevo—. ¿Cómo se saca el dinero?

—Ah, ahí está la *gracia* del *cochinito, señora* —dijo el tendero—. Cuando se ahorra lo suficiente, hay que romperlo todo y empezar de nuevo.

—Pero ¿y si te lo quieres quedar de recuerdo?

—No me importa, mamá —dijo Valpy, cogiendo de nuevo el cordero—. Se lo daré a Tina. Da lo mismo porque no tiene dinero.

El tendero, que ya estaba envolviendo el cordero en papel de

periódico, se detuvo:

—Da mala suerte no llenarle la barriga al *cochinito* —les dijo.

—Entonces ayudaré a mi hermana a llenársela.

Valpy hablaba con una seguridad sorprendente.

El tendero siguió envolviendo.

—De acuerdo. Pero cuando llegue el momento, tendrás que ayudarla también a romperlo.

Valpy asintió, aunque Penelope se dio cuenta de que se le había pasado el arrebato de valentía. Sabía perfectamente que jamás rompería aquella hucha de cordero.

En el siguiente puesto vendían unas calaveras de azúcar, y resultaría difícil precisar cuánto tiempo llevaban hechas. Algunas parecían relativamente recientes, pero otras podían llevar allí años. Las fiestas, por supuesto, habían pasado, pero las calaveras seguían siendo un reclamo para los turistas y por eso nunca faltaban. Algunas tenían un espacio en la frente, destinado a poner el nombre que eligiera el comprador, y otras ya lo llevaban grabado con azúcar. Penelope vio casi al instante una en la que aparecía el nombre de Christina, y sintió que le flaqueaban las piernas. Un segundo antes habría afirmado que semejante expresión era tan solo una frase hecha, pero, cuando notó que se desvanecía y que tenía que apoyarse con una mano en el borde de la mesa si no quería terminar en el suelo, comprendió que describía con una exactitud pasmosa lo que se sentía tras recibir una sorpresa tan poco grata.

El señor Azuela se despidió de ellos. Tenía que estar en la mina desde hacía un buen rato. Esa tarde iba a reunirse con el señor Slater en Arteaga, a unos quince kilómetros de Fonseca. Miró a Valpy.

—Tal vez te gustaría ver la mina algún día —le dijo—. Las explotaciones a cielo abierto son impresionantes. Las paredes escalonadas parecen un Teotihuacán invertido. Estoy seguro de que te gustaría.

Valpy miró a Penelope, que desvió la propuesta preguntándole al señor Azuela cuánto tiempo llevaba en la mina.

—Es el único trabajo que he tenido en mi vida, y mi padre estuvo antes que yo, y su padre antes que él. Los Azuela han gestionado las

minas Delaney desde principios del siglo XIX. Hemos sido mineros, ingenieros, contables… El Gobierno no tiene ni idea de cómo se dirige una mina. Solo esperan sacarle el máximo provecho. ¿Saben regresar solos?

Penelope dijo que sí. Pero, en cuanto se hubo marchado, se llevó a Valpy, que parecía muy cansado, como superado por los acontecimientos del día, hacia un lugar en el que le diera la sombra. Propuso que entraran en el Hotel Arizpe de camino a casa para tomarse un helado o una limonada. Tenía una regla: un capricho al día. Y aunque aquel día ya contaban con la hucha del cordero, lo cierto era que la había pagado el señor Azuela. Además, las circunstancias merecían una excepción.

—A casa no —dijo Valpy—. Te refieres a Mirando.

—Cierto —asintió ella.

Y en ese momento fueron dos los superados por los acontecimientos del día.

El restaurante de la planta baja era todo verde y los recibió con un ambiente muy fresco. Había plantas por todas partes y grandes jaulas colgando del techo, unas de alambre, otras de bambú, todas con pájaros en su interior. Penelope iba a tomarse una tarrina de helado, pero cuando Valpy pidió sólo un *agua fresca,* se decidió por una también. Él se quedó serio e inmóvil, hasta que Penelope se fijó en la pareja que estaba sentada en la mesa de al lado.

—Valpy, mira —le dijo—. ¿No son los pintores?

Eran fácilmente reconocibles. Él era calvo, tenía el rostro alargado y siempre llevaba una chaqueta marrón. Ella, por su parte, solía llevar blusas blancas o estampadas y al cuello casi siempre un collar de cuentas rojas que a Penelope le encantaba. Ambos rondaban los sesenta y muchos.

Cuando la mujer alzó la vista, se fijó en Penelope y en Valpy. Le dijo algo al hombre, sacudió la cabeza y se levantó para acercarse sola a su mesa.

—Hola —dijo, con acento americano—. Tú eres el chico de la ventana.

Sonrió a Penelope.

—Y usted es la pintora de la azotea —dijo Valpy.

—Bueno, una de ellos. —Se giró en dirección a su mesa—. El otro está allí, pero es un cascarrabias.

Hablaba bastante alto adrede, como para que él la oyera, y pudieron ver cómo se alzaban los hombros de la chaqueta marrón.

—¿Qué haces todo el tiempo asomado a esa ventana? —le preguntó ella.

Tenía una melena corta, densa, de un gris blanquecino, por la que se pasaba las manos constantemente.

—Dibujo —respondió Valpy.

—¿De verdad?

—¿Cómo se suben al tejado?

—Oh, es fácil. Nos alojamos en la Casa Guajardo, y está justo encima de nuestra habitación. Ya nos hemos alojado ahí otras veces. Soy Jo Hopper. —Señaló con la cabeza—. Él es Edward. —Volvió a sonreír al darse cuenta de que el nombre le decía algo a Penelope—. ¿Estáis de vacaciones?

Penelope miró a Valpy.

—Sí —dijo—. Estamos visitando a unas amigas.

—Qué bien. Nosotros hemos venido varias veces, pero nunca hemos hecho amigos. Edward prefiere estar solo en el tejado. —Se rio—. Aunque venimos a este sitio casi todas las tardes para comer algo. Puede que volvamos a vernos. —Miró a Valpy—. La próxima vez, tráete tu cuaderno y me enseñas tus dibujos.

Valpy asintió, emocionado, y Penelope tuvo que reconocer que Jo les había alegrado el día.

Más tarde, vio cómo Valpy escondía la hucha del cordero cuando creía que ella no lo miraba. La metió debajo de su cama hasta donde le alcanzaba el brazo.

SEÑALES

Todo lo que tenía que hacer era encontrar la manera de distinguirse de los demás en aquel salón al que había llegado después de recorrer medio mundo. Parecía sencillo, pero no lo era. Y no le pasaba desapercibida la curiosa ironía de haber hecho aquel larguísimo viaje para intentar asegurarse una herencia con la que seguir junto a un marido que bebía en exceso, justo para descubrir que el dinero estaba en manos de dos mujeres que parecían querer beber y beber hasta matarse.

La afición de las doñas por la bebida era francamente asombrosa. Empezaban cada tarde con una copa de jerez, y si por la noche no tocaba cóctel o fiesta, entonces se tomaban al menos tres o cuatro más. Pero si era noche de cóctel, después del jerez se tomaban dos o tres de aquellas mezclas. Penelope llevaba dos semanas en Mirando, y hasta el momento, además del whisky de caléndulas, había visto circular por allí palomas y pink gins, gimlets, martinis y manhattans. El vino de la cena era excelente, casi siempre importado de Francia, y las doñas se acababan una botella cada una. Después tomaban oporto o brandy, a veces las dos cosas, y los domingos se servían el champán en unas copas altas de cristal tallado de Mirando, tal vez con un toque de la Guinness que compraban en El Dublín, el pub irlandés que quedaba al otro lado de la plaza. Ese cóctel se llamaba Black Velvet y había sido uno de los favoritos de don Guillermo.

Con ese nivel de gasto, cabía preguntarse cuánto quedaría aún de la herencia. A Penelope también le llamó la atención lo mucho que aquellas escenas le recordaban a uno de los relatos que acababan de publicar en el número de octubre, «Los seguidores», de Dylan Thomas. Se acordaba de fragmentos sueltos del párrafo en el que se describía la taberna, donde los parroquianos se perdían «por los rincones, desdibujados por la penumbra» y «las viejas,

vestidas de un negro gastado, se reían a carcajadas y apuraban cada trago». Hasta había un «piano cojo».

Cuando regresara, pensaba escribir a Thomas para contárselo.

Doña Anita empezaba las veladas muy cansada, pero tras la primera copa sus ojos azul claro cobraban vida y, brevemente, hasta parecía llena de alegría. Unas copas más tarde, sin embargo, comenzaba a empañarse. Doña Elena se mantenía más lúcida, y era ella quien dirigía las entrevistas con los pretendientes. Tenía una memoria asombrosamente precisa para los infortunios por los que habían pasado los demás, y de cuando en cuando le brillaban los ojos y dejaba que se le ampliara la sonrisa medio torcida. Pero había una línea muy fina entre recordar una herida y hurgar en ella, y Penelope podía seguir los avances que iba haciendo Elena gracias a las expresiones de sus invitados. Primero llegaban con una sonrisa para darle las gracias, luego el gesto se les tornaba más serio, después se ponían solemnes de repente, y al final se hundían en un silencio autoprotector. Casi todos se servían otra copa inmediatamente después de haber hablado con ella y algunos se marchaban, aunque no muchos, lo que constituía una prueba devastadora de lo que la gente estaba dispuesta a soportar a cambio de la esperanza de conseguir cierta estabilidad económica.

Empezaron a llegarle más cartas de casa. Su vecina Mathilda Wilson le escribió para decirle que George echaba de menos a Valpy y que se había roto la verja de entrada de Chestnut Lodge. Su suegra le contó que Tina se encontraba bien, pero Penelope quería recibir muchas más noticias de Tina, así que le escribió para pedirle que por favor se las hiciera llegar. En la siguiente carta, su suegra le decía que Desmond había ido a visitarlas y que los tres estaban pasando más tiempo juntos. No incluía ninguna noticia de Tina, pero alguien le había dado la hoja a la niña para que le dibujara un pequeño garabato en una de las esquinas. Debió de ser Desmond, porque su suegra era demasiado pulcra para hacer algo así.

El padre de Penelope escribió para decirle que la joven reina estaba preparando la que iba a ser su primera emisión radiofónica en directo para la Navidad. ¿Iba a poder escucharla Penelope allí donde se encontraba? ¿Y cuándo iba a regresar? No lo recordaba.

Además, le pedía que no se olvidara del cumpleaños de su madrastra, que era el día de Navidad. Mary Shepard solo tenía siete años más que Penelope, y las dos compartían muchas aficiones. Además, contaban con la inmensa fortuna de tenerse mucho cariño. Penelope admiraba sus ilustraciones para la serie de Mary Poppins de P. L. Travers, y unos años más tarde se alegraría enormemente de que la compañía Disney tuviera que pagarle una compensación, ya que había sido suya la idea de que la prodigiosa institutriz aterrizara siempre con los pies en primera posición. El padre de Penelope cerraba la carta con el dibujo de un reloj de arena situado en una esquina de la página, lo que le pareció un gesto bastante inquietante. Se preguntó si se encontraría bien. Tenía ya setenta y un años.

Su amiga Jean le escribió: «¿Qué es lo que haces en México? Se trata de algo muy propio de ti, por supuesto. ¿Es que te propones desaparecer, como la expedición de Franklin?». Penelope tuvo la tentación de responder que, si al final no lo lograba, siempre podría convertirse en la mujer que se comiera sus propias botas, aunque esos mocasines suyos de supermercado seguramente alimentarían menos que el calzado que llevaba el explorador. No lo hizo porque le pareció demasiado lúgubre y porque, además, era bastante supersticiosa.

La siguiente carta de Desmond también mencionaba la verja que se había roto en Chestnut Lodge. «Esa es la mala noticia. La buena es que he conseguido que Stevie acepte que "Novedades literarias" abarcará un máximo de tres a cinco títulos por entrega. La siguiente mala noticia es que tengo en mis manos una reseña terrible de *El hombre invisible,* de Ralph Ellison. Tanto en Estados Unidos como aquí está teniendo una acogida espectacular. Bellow lo ha calificado de "libro soberbio". Burgess de "obra maestra". Pero te mando una de las frases de la reseña de Stevie: "El estilo de este libro es caótico, lo que es una pena, ya que parece tener algo que decir cuando por fin logramos entender una sola palabra entre tanto embrollo". Ojalá contáramos con otra persona para que se encargara de esto. ¿Qué hacemos?»

Ella le respondió que no había nada que hacer. Stevie Smith se

encargaba de «Novedades literarias» porque se lo habían pedido ellos, y ya sabían que era una excéntrica cuando la invitaron a colaborar. Ella sí que les sugirió, en cualquier caso, que colocaran sus reseñas en último lugar, después de todas las firmadas por los otros críticos.

—¡Los pintores han vuelto a salir! —dijo Valpy desde su posición elevada sobre el escritorio de la habitación. Le gustaba seguir el progreso de los pintores y ver cómo las palomas de Mirando caían en picado sobre los tejados para, a continuación, alzar el vuelo casi de inmediato—. Están discutiendo.

—Otra vez no.

—¿Sabes si habrá alguna manera de llegar desde nuestro tejado hasta el suyo? —le preguntó.

—No, no lo sé —dijo Penelope—. Y no vas a ir a comprobarlo.

—Podríamos ir juntos.

—No vamos a molestar a los pintores.

—Entonces, ¿podemos buscar la esquina noreste de la casa? Dijiste que íbamos a hacerlo y no lo hemos hecho —dijo Valpy.

Penelope accedió, pero la tarea no resultó sencilla. Sobre todo porque la casa seguía con las contraventanas cerradas, de modo que apenas entraba luz para orientarse. Calculó que Mirando daba al este por la forma en que incidía la luz sobre la plaza cada atardecer. Después, quedaba por resolver la duda de a qué planta se referiría la doña. En el piso superior había varias habitaciones pequeñas, iguales a aquella en la que dormían Penelope y Valpy. En el primer piso dormían las doñas, en amplias suites, y en la planta baja estaban el salón, el comedor y la cocina.

—Y puede que haya un sótano —susurró Valpy.

Valpy se puso el jersey y empezaron por arriba, desde el pasillo, justo frente a su puerta, que antaño sería de color azul. Penelope miró a un lado y a otro.

—Valpy, es el baño. Ahí es donde está la esquina noreste.

Caminaron por el pasillo y se quedaron fuera. Valpy estaba visiblemente decepcionado.

En la primera planta, tras recorrer un pasillo de lo más anodino, llegaron a una ventana que tenía también las contraventanas

cerradas. Allí había una silla y una mesa de madera en la que habían dispuesto unas fotografías descoloridas en marcos de plata. En varias de ellas aparecían unas personas situadas en la cubierta de un barco. Penelope pensó en llevarse la silla a su habitación.

—Nadie se muere en un pasillo —dijo Valpy.

Penelope estuvo a punto de preguntar que por qué no, pero como aquella expedición tenía por objetivo tranquilizarle, se contuvo.

En esa planta había una sala de estar en la que parecía la ubicación correcta. Valpy fue probando todos los asientos.

—No tengo frío —dijo—. ¿Y tú?

—En absoluto.

Se dirigían a la planta baja cuando Valpy decidió probar a abrir una puerta situada en lo alto de la escalera. Ambos se alegraron al descubrir que daba a una biblioteca en la que las estanterías llegaban hasta el techo, y en la que había varios sofás y una chimenea que parecía no haberse encendido desde hacía años. Penelope se sintió muy aliviada. Por lo que había podido deducir, las doñas no leían mucho, pero tal vez sí hubieran leído en el pasado, y aquello podría jugar a su favor con respecto a la herencia. Sin embargo, en cuanto cruzó el umbral, notó que un escalofrío se apoderaba de ella. Intentó disimularlo ante Valpy, pero él la estaba mirando con los ojos muy abiertos.

—Valpy —dijo—, Mirando es una casa antigua. Tiene unos muros muy gruesos, mala calefacción y apenas entra la luz directa del sol. Es natural que haga frío. —Él no parecía muy convencido—. El calor sube, lo que explicaría por qué hacía más calor en el piso superior y en cambio tenemos más frío aquí.

Él reflexionó un instante y empezó a relajarse. Además de las estanterías empotradas, la biblioteca contaba con varias librerías exentas que formaban un cuadrado abierto en el centro de la habitación. En medio había una mesa con seis sillas, de modo que parecía más la sala de una pequeña biblioteca local que un estudio privado. Una de las sillas estaba retirada de las demás, como si alguien acabara de levantarse. Justo entonces oyeron un crujido y Penelope dudó un momento, aunque identificó enseguida la procedencia del sonido.

—Son esos viejos nogales. Hoy hace viento y las ramas chocan entre sí. Ya lo he oído otras veces.

—Entonces, ¿dónde crees que ocurrió? —preguntó él.

—No tengo ni idea. Lo mismo ni siquiera ocurrió. Lo mismo es solo una leyenda.

—Chela dice que, cuando las doñas salen de Mirando para ir a misa los domingos, los pájaros dejan de cantar desde el momento en que ponen un pie en la calle y hasta que se cierran las puertas de San Esteban.

—Ya está bien.

Le hizo salir de la biblioteca y no mencionó que, al cruzar de nuevo el umbral, sintió un escalofrío y volvió a estremecerse.

EL DELANEY

La noche siguiente, en Mirando, sirvieron pink gins y pusieron ramas de mimosas en flor en altos jarrones de barro repartidos por todo el salón. Aquella belleza trasladada al interior de la casa resultaba deslumbrante, aunque Penelope, acostumbrada como estaba a los ramilletes y solo de forma ocasional, se sintió bastante abrumada. Los pétalos esparcidos por el suelo contribuían a crear un ambiente decadente y un poco salvaje. Pax los fue empujando con la pata hasta hacer que desaparecieran bajo los muebles.

Cuando Penelope entró en el salón, vio a un hombre al que no conocía sentado en el sofá que ella ya consideraba suyo. Aún era temprano, pero aquel hombre de ojos oscuros y cabello negrísimo, vestido con una elegante ropa de lino blanco, tenía un pequeño grupo congregado a su alrededor. En el otro extremo de la sala, las doñas escuchaban a un animado señor Azuela, que terminaba de darles su informe. Penelope no sabía adónde dirigirse, y se mostró dubitativa durante demasiado tiempo.

—Señora Fitzgerald —dijo la señora Clancy, agarrándose a su brazo—, quizá esto le interese. —Con la otra mano atrapó a otra mujer, que era integrante del Club de Jardinería y la Sociedad de la Azalea—. Le estaba explicando que en el Centro de Acción Comunitaria dejamos muy claro desde el principio que cualquier tipo de acercamiento es responsabilidad nuestra, ya que somos huéspedes en este país. Antes de desplazarnos a las aldeas de la sierra, tenemos seis meses de formación teórica y trabajo práctico en diversos talleres. Y, aun así, el éxito no está nunca garantizado.

La del Club de Jardinería asintió.

—Disculpe —intervino Penelope—. Creía que el centro aún no existía.

—He podido poner en marcha un grupo pequeño —respondió la señora Clancy—. Pero procuramos no ir demasiado deprisa. No como

aquella vez en que una de nuestras voluntarias intentó que las mujeres dieran con cada mano dos palmadas a las *tortillas* en lugar de tres.

—¿Y qué pasó? —preguntó el desconocido de blanco, que se había acercado.

La señora Clancy se mostró encantada de haber despertado su interés.

—Bueno, pues que descubrimos que ese ritmo de tres palmadas produce un efecto calmante en ellas.

Dejó su copa y empezó a hacer una demostración con una tortilla imaginaria. La del Club de Jardinería la observaba con atención. El del Ala de Hospital, también cerca, asintió.

—Hay que estudiar su mentalidad, ¿sabe? Así sabemos cuándo merece la pena insistir o no —continuó la señora Clancy—. Claro que también hay que tener cuidado y no irse al otro extremo y pensar que no se puede hacer nada para romper ese patrón de vida campesina que las acompaña desde la cuna hasta la tumba. Si pensáramos eso, no podríamos ayudarlas en absoluto.

La del Club de Jardinería y el del Ala de Hospital asintieron de nuevo, pero Penelope y el desconocido intercambiaron una mirada.

Desde su butaca, doña Elena dio de pronto una palmada.

—¡Atención todos, por favor! El señor Molina propone una idea nueva. Tienen que escucharla.

—¡Salud, salud, salud! —gritó Jasper desde su jaula, situada por encima de la cabeza de todos ellos.

La sala quedó en silencio y Molina pareció encogerse un par de centímetros.

—Ay, doñas, por favor —dijo—. Me ponen en un aprieto. Solo intentaba decir que a veces… Bueno, sin tener en cuenta al grupo aquí presente, por supuesto… Quería decir que a veces resulta difícil tratar con la gente mayor. Y los bebés, que sonríen a todo el mundo, requieren de tantos cuidados… Así que, en el Centro para Bebés y Ancianos, los más mayores podrían disfrutar de sus últimos días cuidando de los más pequeños.

Doña Elena dio un sorbo a su bebida. Penelope observó cómo la señora Slater cruzaba la sala para situarse junto a la señora Clancy:

ambas irradiaban una visible tensión competitiva mientras escuchaban la nueva propuesta.

—Pero ¿de dónde saldrán los bebés? —preguntó doña Anita.

—Del orfanato. Y lo mismo nos llegan más si nos los dejan sus madres, siempre tan ocupadas.

—¿Y habrá algún tipo de formación? —insistió ella—. ¿Alguna prueba de aptitud? ¿O de fuerza?

—Lo que queremos saber —intervino doña Elena— es si la idea le parece segura.

—Y yo le respondería que el riesgo está en todas partes. Solo que nos parece más grande cuando nos enfrentamos a algo nuevo.

—Esos ciudadanos de mayor edad, ¿serían mujeres y hombres?

El señor Molina pareció confuso.

—Las mujeres son las cuidadoras naturales de los bebés, doña.

Doña Elena sonrió.

—Pero los hombres también envejecen y también se van quedando cada vez más solos. ¿Es que por ellos no se preocupa?

—Pero los hombres no tienen ninguna experiencia previa, doña.

—Ni yo tampoco, señor Molina. ¿Qué es lo que se imagina? ¿Que usted y los demás ancianos de Fonseca van a pasarse el día paseando o leyendo el periódico en la Alameda Zaragoza mientras las ancianas se dedican a cambiar pañales?

No obtuvo respuesta.

Doña Elena dio otra palmada.

—Está claro que hay uno o dos puntos que conviene desarrollar. Mientras tanto, ¡otro pink gin! ¡Por los bebés!

—Afuera hay otro visitante —anunció Chela—. Quiere audiencia.

—¿Por qué no le dejas entrar?

—Es un mariachi.

Doña Elena negó con la cabeza.

—No entiendo a los mariachis.

—Por eso sigue fuera. El gusto se va ganando con el tiempo, doña.

—Llevo aquí sesenta y seis años.

—No estás muy dotada para la música —dijo doña Anita.

Doña Elena le lanzó su mirada más oscura.

—Sabes que eso no es cierto. Me encantan Los Panchos —dijo, y se llevó una mano al corazón al evocarlos—. *«Una aventura más».* Eso sí que es cantar.

El señor Tuttle asintió.

—Ah, México. Tierra de tenores.

—No pienso disculparme cada vez que me asuste por el *grito.*

—No todo el mundo sabe apreciar la expresión espontánea del deseo o del desamor —dijo Chela.

Aquello iba con segundas, y doña Elena se estaba planteando replicar, pero el desconocido dio un paso al frente con gran aplomo, y se olvidaron del mariachi.

—Si me atienden por favor unos segundos… Me gustaría agradecer a las doñas su amable hospitalidad y presentarme. Me llamo… —Hizo una pausa, calculada, que surtió efecto. Su sentido del ritmo era impecable—. Me llamo Ernest Delaney.

Desde todos los rincones del salón surgieron exclamaciones contenidas, seguidas de un rumor general de sillas que se arrastraban y muebles que se movían. Violet Slater y Rose Clancy se quedaron pálidas. Cuando volvió a reinar cierta calma en la sala, el desconocido explicó que era un pariente lejano, descendiente de una rama de la familia que había emigrado de Irlanda a Nueva York, mientras que los otros Delaney se dirigieron a las minas de plata del norte de México.

Las doñas se mostraron intrigadas, aunque bastante escépticas.

—Bueno… Pues bienvenido a Mirando, señor Delaney. Comprenderá que tengamos unas cuantas preguntas que hacerle.

—Por supuesto.

Empezó doña Elena. Nombró una serie de pueblos irlandeses diminutos, y resultó que él los conocía todos. Doña Anita le interrogó acerca del árbol genealógico, y él superó la prueba. Y entonces, cuando mencionó haber comido años atrás con William en Monterrey, fue Chela quien dio un paso al frente. Quería saber qué había comido William.

—Cuando don Guillermo iba a Monterrey, solo comía una cosa.

El Delaney la miró a los ojos e hizo una reverencia.

—Comió *huevos rancheros* y dijo que no estaban tan buenos

como los que hace usted.

Penelope jamás había visto ruborizarse a Chela. Incluso habría afirmado que era imposible que sucediera algo así.

El desconocido se volvió hacia el resto de la sala.

—William Delaney era un hombre íntegro y de principios —dijo—. Promovió el comercio en toda la región. Fonseca no sería lo que es hoy de no haber sido por su manera de ser y por su brillante olfato para los negocios.

Penelope ya lo sabía por la biblioteca.

—Ernest… —dijo doña Elena, pensativa.

A Penelope le pareció que el nombre era demasiado obvio.[4]

—Me lo puso mi madre —respondió él, haciendo una leve reverencia—. Se trataría sin duda de una especie de plegaria por su parte. Lo cierto es que siempre he hecho todo lo posible para que se sintiera orgullosa. Que Dios la tenga en su gloria. —Sacó entonces del bolsillo una fotografía doblada, no más grande que un billete—. ¿Me permite? —preguntó, señalando la *ofrenda.*

—¡Por supuesto! ¡Adelante!

Aunque antes querían verla. El pliegue de la fotografía caía sobre la cara a la mujer (lo cual era muy conveniente, pensó Penelope), pero las doñas coincidieron en que el parecido con su tía abuela Noreen, de Moneymore, en el condado de Londonderry, era asombroso. La colocó en la *ofrenda,* encendió una vela e inclinó la cabeza.

Las doñas estaban fascinadas. Penelope, divertida. El señor Azuela, el señor Molina, la señora Clancy, la señora Slater, todos ellos, mantenían un silencio de lo más curioso.

—¿Cuántos cubiertos pongo para la cena? —preguntó Chela en voz alta, visiblemente impaciente porque la llegada de aquel apuesto desconocido lo había retrasado todo.

—¿Nos acompañará esta noche, señor Delaney? —preguntó doña Anita.

Él hizo otra reverencia. Realmente se le daban muy bien.

—Muy amable de su parte.

«Y así es como el apuesto forastero se incorpora al cuento de

hadas», pensó Penelope. Después de cenar, al señor Delaney le asignaron la habitación contigua a la de los Tuttle.

FANTASMAS

En Fonseca, Penelope se despertaba todas las noches a las dos y media. Al principio pensó que sería por lo incómodo de tener que dormir en el diván. Pero también era verdad que percibía crujidos y golpecitos demasiado regulares como para poder achacárselos a la vieja estructura de la casa. Quizá se tratara de Pax haciendo su ronda nocturna… Era lo bastante grande como para producir aquellos sonidos, y además estaba muy bien alimentado con las cabezas de pescado y los higadillos de pollo que le daba Chela en la cocina. Pax era uno de los felinos más hermosos que había visto en su vida, con su brillante pelaje negro y sus ojos verdes. Tal vez solo estuviera buscando un lugar calentito a los pies de alguna cama. La noche siguiente, cuando volvió a despertarse con los ruidos, se levantó del diván y abrió la puerta. No era tan ingenua como para pensar que le iba a bastar con llamarlo, ya que, como todos los de su especie, Pax era un animal escéptico y poco dado a hacer lo que se esperaba de él. Lo que Penelope no imaginaba era que iba a sentir el mismo frío de la biblioteca, sin ver a Pax por ninguna parte.

—¿Hola? —dijo saliendo de la habitación y cerrando la puerta tras de sí para no despertar a Valpy. Los golpecitos cesaron… Y luego volvieron a oírse. Esta vez desde el otro extremo del pasillo.

No era su primera experiencia con lo sobrenatural y no sintió miedo. En Squires Mount había habido un poltergeist con el que llegó a establecer un entendimiento razonable después de varios incidentes con los lavabos. Pero le llegó entonces una ráfaga de golpeteos furiosos procedente a la vez de los dos extremos del pasillo que sí logró sobresaltarla lo suficiente como para que retrocediera hasta su habitación y cerrara la puerta de golpe.

Al día siguiente le planteó el asunto a doña Elena, que estaba en la sala de las mañanas. Allí escribía sus cartas, revisaba las cuentas y sobrellevaba sus peores resacas. El día era inusualmente caluroso

para el mes de noviembre, y unas cuantas moscas zumbaban contra los cristales de la ventana. Al ver que Penelope las observaba, doña Elena comentó:

—Los ratones se mueren dentro de los muros… Pax no sirve para nada.

Penelope pensó que lo mejor era ir al grano:

—¿Hay un fantasma en la casa?

Doña Elena no se sorprendió por la pregunta.

—Bueno, a mí no me dan miedo los fantasmas —dijo—. Siempre han sido muy amables conmigo.

—Yo no he dicho que me den miedo.

—Justo anoche vi a una mujer a los pies de mi cama, acurrucada allí, envuelta en un sarape de colores extraños. Tenía frío, muchísimo frío. Se parecía a mi madre, aunque ella siempre tenía calor.

—He tenido experiencias parecidas —dijo Penelope—, pero esta ha sido diferente.

—¿En qué sentido?

—Era todo más ruidoso.

Doña Elena ladeó la cabeza, pensativa.

—¿Acaso no hay fantasmas en todas las casas? Retazos de conversaciones, gestos imborrables, las actitudes de las personas que han pasado por ellas… La única diferencia es el modo en que las acogemos. El otro día vi a una amiga de juventud en los caídos hombros del señor Flatley cuando salía de la biblioteca. Hubo un tiempo en que teníamos un fantasma cada jueves y nunca supimos si se trataba de nuestra antigua profesora de piano o del director del banco anterior a este. Los dos solían venir los jueves y los dos caminaban con pasos contundentes.

—Los golpes que yo oí eran brutales.

Penelope estaba segura de haber notado un destello de reconocimiento en los ojos de la doña, pero una de las moscas (todas ellas tan enormes y negras) abandonó el cristal justo entonces y fue directa hacia ella sin dejar de zumbar. Penelope se agachó y el insecto le rozó la frente.

—No se preocupe —dijo la doña volviendo a sus cartas—. Las moscas son sucias, pero también simbolizan la persistencia y la

tenacidad. Yo diría que esto que acaba de suceder es una buena señal para usted.

Buscando alguna pista, la que fuera, y con la intención de protegerse a sí misma y también a Valpy de las historias que contaba Chela, Penelope pasó el día en la Biblioteca Pública del Estado, un edificio inspirado en el Partenón, pero construido, para su sorpresa, con piedra de color rosa. Allí descubrió que Fonseca había sido tomada por las fuerzas estadounidenses durante la guerra entre México y Estados Unidos. Cuando el ejército mexicano intentó recuperarla, el general Santa Anna fue a lanzar el ataque el día del cumpleaños de George Washington, sin saber que algo así haría que las tropas estadounidenses se esforzaran más. Aquello daría lugar al triste aniversario del 22 de febrero, cuando las calles se llenaron de lágrimas. Tras las terribles pérdidas, los mexicanos se retiraron, pero el general Taylor no los persiguió. Se quedó en Fonseca, y todo el mundo sabía por qué: el paisaje era impresionante. Jazmines, jacarandás y geranios trepadores por todas partes. Se decía que había tantas fuentes naturales como días tiene el año. Las montañas teñidas de azul de la Sierra Madre destacaban sobre el pálido horizonte de adobe de la localidad, y al atardecer las golondrinas y los estorninos surcaban el cielo en vuelos ondulantes, como guirnaldas en el aire. Allí se creía que las bandadas de pájaros tenían el don de predecir el futuro y, así, las muchachas veían anillos entrelazados la noche antes de comprometerse con su verdadero amor.

En la sala de lectura, Penelope negó con la cabeza. Incluso allí, en la biblioteca, resultaba imposible separar las leyendas de los hechos que sucedían en Fonseca.

Sobre los Delaney, Penelope se enteró de que su antepasado Kerr Delaney había sido un San Patricio, es decir, uno de aquellos soldados irlandeses que emigraron para luchar con el ejército de Estados Unidos en la guerra de México, pero que acabaron cambiando de bando, desengañados por el trato que recibían por parte del Ejército estadounidense los reclutas católicos, a los que, entre otras cosas, se obligaba a asistir a los oficios protestantes. Los San Patricios desempeñaron un papel decisivo en varias batallas, y el

general Santa Anna llegó a decir que con unos cientos más como ellos podría haber ganado la guerra. Los que no fueron ahorcados ya no abandonaron México jamás.

El hijo de Kerr, William, se estableció en Fonseca y rápidamente se convirtió en un héroe local. Hombre de negocios de gran éxito, dotó a la ciudad de ferrocarril, una mina de plata, un banco y una casa consistorial. Penelope encontró el anuncio de la boda de William y Helen O'Sullivan, fechado en 1874, así como una serie de reseñas sobre su asistencia a bailes benéficos, galas celebradas en la biblioteca, actos del museo y otras celebraciones de los últimos años del siglo. En 1899, William comenzó la construcción de la que iba a ser su obra maestra: la residencia que bautizó con el nombre de Mirando. Murió antes de verla terminada, pero su hijo, también llamado William, la concluyó antes de morir en 1920. A este segundo William Delaney le sobrevivieron su esposa, Anita, y dos hermanas, Elena y Lucy.

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

El domingo 30 de noviembre se abría el periodo de la espera y la preparación. Chela pasó el día colocando flores de Pascua por toda la casa. Empezaron a llegar por la mañana, una docena tras otra, todas rojas. Algunas se las enviaban los amigos o los «pretendientes», y las demás formaban parte del pedido anual que hacían las doñas para Mirando. Era su flor predilecta, ya que de niñas se habían aprendido la leyenda de «Pepita y las flores de la Noche Santa». Pepita era una niña pobre que vivía en un pueblecito y que en Nochebuena preparó un pequeño ramo de hierbajos para depositarlo junto al belén, el *nacimiento,* de su iglesia. Los ángeles se apiadaron de ella y de la modestia de su presente, y decidieron transformarlo por la noche en una de aquellas flores rojas tan hermosas.

Doña Elena contó la historia una noche durante la cena, sembrando entre los asistentes cierta confusión.

—¿Se refiere a la primera Nochebuena, en Belén? —preguntó el señor Tuttle.

—No. Se refiere al tamborilero —respondió el señor Flatley.

Penelope y el Delaney intercambiaron una mirada. Aquel era un gesto que, pasada ya una semana, ella empezaba a anticipar, incluso a disfrutar. Él siempre miraba en su dirección para averiguar qué pensaba.

—Sí —concedió doña Elena—. La historia de nuestra Pepita es menos pretenciosa.

—Pero la flor es originaria de todo México —añadió el señor Flatley—. ¿No deberían entonces los ángeles…?

Doña Anita dejó caer el tenedor, lo que provocó un sobresalto general y puso fin a la discusión.

Al caer la tarde, las flores de Pascua llenaban todos los rincones de Mirando. Las brillantes macetas envueltas en papel de aluminio

se alineaban a ambos lados de la escalera central, como antes lo hicieran las caléndulas, y formaban un pasillito que conducía desde el vestíbulo hasta el salón. Habían situado también cinco encima del piano y unas cuantas entre los objetos de plata de la repisa de la chimenea. Iban a devolver algunas de las que habían llegado descoloridas, pero Valpy preguntó si podía quedárselas. Le llevó una a Jesús, otra a las monjas y la última se la subió a su cuarto. No eran de color rosa ni rojo, sino de una especie de salmón enfermizo.

—Habrá que regarla —le advirtió Penelope.

—Yo me encargo —dijo él.

La llegada de las plantas resultó ser un acontecimiento innegablemente festivo que elevó los ánimos de la casa. Chela también colocó velas por todos los rincones, y corrió la voz de que quizá encargaran un árbol de Navidad. Solían llegar importados de Europa y eran muy caros. En Mirando no había habido ninguno desde hacía años, pero a las doñas les pareció que sería bonito ahora que había un niño en la casa. Como las doñas apenas habían visto ni hablado con Valpy desde su llegada, a Penelope le pareció alentador que quisieran hacer algo así de extravagante por él. Solo Pax, que mordisqueaba las hojas de una de las flores de Pascua, se sentía desdichado. Sabía por experiencia propia que, hasta la Epifanía, sufriría de un exceso de mimos y carantoñas.

El lunes, después de dejar a Valpy con las monjas, Penelope se dirigió a la capilla de la Virgen situada en la iglesia de San Esteban. Si hubiera tenido cerca alguna iglesia anglicana, se habría encaminado hacia allí, como hacía en Hampstead, pero, que ella supiera, no había ninguna en la Zona Centro. El padre Bedoya le había dicho que la diócesis de Fonseca era católica en un 98,9 %. Y había oído hablar de una capellanía inglesa, pero, como las montañas, quedaba lejos. El reverendo Fred Watson entraba en Fonseca de vez en cuando. «Ya se lo encontrará usted», le habían dicho. Pero no fue así. Había cuarenta y ocho sacerdotes católicos en la diócesis, lo que significaba que a cada cura le correspondían 8958 fieles. Aquella era la proporción más baja desde la fundación de Fonseca, al parecer, lo que constituía un dato que hacía que el padre Bedoya se sintiera muy orgulloso.

La capilla de la Virgen estaba decorada para el Adviento de azul, un color con el que solía representarse a María para simbolizar que estaba llena de serenidad, sabiduría y gracia. Penelope se sintió particularmente atraída por ese azul tras la conversación con los Hopper. O, al menos, eso era lo que se repetía a sí misma para justificar el rato que llevaba parada en el umbral. También era cierto que, de vez en cuando, pensaba que le gustaría incorporar a su fe una mayor devoción por María, aunque todos los demás santos y por supuesto el papado le causaban un profundo conflicto interno.

El Adviento era una estación poderosa, y sintió que de pronto… ¡Ay! ¡Cómo había empezado a odiar los «de pronto» que ocurrían en Fonseca! Hacían que unos acontecimientos que podían resultar perfectamente plausibles pasaran a formar parte de una bruma casi mágica. Aunque lo cierto era que «de pronto» se sintió invadida por un poderoso deseo de encender una vela por su madre, una práctica sentimental en la que no creía especialmente. Sin embargo, cuando prendió la llama, notó que se le hacía un nudo en la garganta y, para desviar la atención de sí misma, encendió otra por Tina. Después, con un repentino remordimiento, decidió que, ya que había empezado, más le valía seguir, de modo que añadió una por Valpy y otra por su suegra. Y como no podía incluir a su suegra y dejar fuera a su marido, encendió también una vela por Desmond.

Su carta más reciente había llegado cargada de novedades. Muriel Spark había respondido al ensayo de Allen Tate, *El hombre de letras en el mundo moderno,* de su número de octubre. En su escrito («larguísimo», decía Desmond), ella venía a cuestionar que el tema rector de toda la buena escritura de su tiempo fuera la virtud. Desmond le contaba que se trataba de un escrito dilatado en exceso y repetitivo, y que le había costado seguirlo, pero que, aun así, probablemente era lo bastante bueno como para publicarlo. Sí que le había gustado una de sus frases: «He oído decir que los escritores de hoy en día viven virtuosamente porque no pueden permitirse hacer otra cosa».

La carta de Desmond era una delicia hasta llegar al párrafo en el que le detallaba su nuevo plan para beber menos.

«Mi idea —le decía— consiste en tomar la primera copa diez

minutos más tarde de lo habitual. Al día siguiente, diez minutos más tarde, y así sucesivamente hasta que llegue un momento en que sea ya demasiado tarde para beber. Puede que al principio me cueste, pero estoy seguro de que cada día me parecerá un poco más fácil.»

Le sonaba ridículo y desesperanzador. Le dieron ganas de apagar la vela, pero en vez de eso encendió otra por sí misma, para darse fuerzas.

Intentó rezar. «Padre nuestro que estás en el cielo qué hago yo en Fonseca santificado sea tu Nombre venga a nosotros tu Reino hágase tu voluntad pobre Desmond en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día si la suerte acompañara un poco todo sería más fácil y perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden espero que Valpy esté bien no nos dejes caer en la tentación qué difícil con la señora Clancy y líbranos del mal la señora Slater porque tuyo es el reino y el poder y la gloria por los siglos de los siglos amén.»

Empezó de nuevo para ver si lo conseguía sin tanta intromisión mental, pero no le fue mejor en el segundo intento. Añadió entonces una sencilla oración de gratitud por el relato que había comenzado a escribir en el cuaderno rojo. Después, al contemplar su hilera de velas, se preguntó si sería doctrinalmente correcto encender una vela por quienes aún estaban vivos, y echó un vistazo a su alrededor en busca de una respuesta, pero no vio que hubiera instrucciones al respecto ni nadie en la capilla a quien preguntar. Miró entonces hacia la nave y solo vio a unas pocas personas sentadas en los bancos con las cabezas agachadas. Se volvió entonces hacia sus lucecitas, se inclinó ligeramente sobre ellas y las apagó todas de un soplido, apagando sin querer varias velas que estaban próximas a las suyas. Se quedó mirando, horrorizada, lo que había hecho, imaginando todas las oraciones que acababa de apagar a la vez. Estaba tan espantada que lo único que pudo hacer fue salir corriendo.

Aquella tarde, al bajar al salón, se encontró con el Delaney en el primer piso. Él estaba de pie junto a una ventana, muy quieto, mirando al cielo. Penelope se situó a su lado y vio que observaba a los pájaros que volaban sobre Mirando en pequeños grupos

sucesivos, todos en la misma dirección.

—¿Qué son? —preguntó ella.

—Golondrinas. Van hacia los acantilados de la Sierra Madre para pasar la noche.

—Más lejos de lo que parece —dijeron a la vez Penelope y el Delaney.

DICIEMBRE

LOS HOPPER

Valpy quería volver al Hotel Arizpe e insistía una y otra vez. Cuando Penelope por fin cedió, pudieron comprobar que los Hopper estaban efectivamente allí, y Jo hizo honor a su palabra. Los recibió con auténtico cariño, los invitó a sentarse a su mesa y hojeó el cuaderno de Valpy con interés. Elogió a Penelope por animarle a dibujar, y Penelope comentó que era algo que le venía de familia. A ella también le gustaba dibujar, y lo había aprendido de su padre, que durante años ilustró una revista familiar que hacía con sus hermanos.

—¡Una revista familiar! ¿Te imaginas, Eddie?

Edward era más callado y parecía menos interesado en los dibujos de Valpy, aunque no por ello era menos amable. Ante uno de ellos dijo simplemente:

—Este es bastante bueno.

Jo pareció encantada con aquel comentario y dio unas palmaditas en el brazo de Valpy. El dibujo representaba el escritorio de su habitación de Mirando, con la ventana justo encima.

—¿Y esto dónde está? —preguntó Jo al ver otro.

—Esa era nuestra casa de Londres, pero ya no vivimos allí. —Pasó varias hojas para enseñarle Chestnut Lodge.

—Me gusta más el otro —dijo Jo.

—A mí también —dijo Valpy.

Más tarde, Penelope le explicó a Valpy que Edward era un pintor muy famoso. El Museo Whitney de Arte Estadounidense le había dedicado una retrospectiva dos años atrás, y le parecía muy poco probable que, por muy simpática que fuese Jo, le invitaran a pintar con ellos en la azotea. Así que, cuando al día siguiente Valpy regresó anunciando que le habían invitado precisamente a eso, Penelope se mostró algo escéptica:

—¿Cómo ha sido? ¿Ha tenido Chela algo que ver?

En absoluto. Se los había encontrado con las monjas en la calle Victoria, frente al cine, por pura casualidad.

—¿Las monjas os han llevado a ver una película?

—Oh, no. Volvíamos de una excursión al Ojo de Agua, el manantial más antiguo de Fonseca.

—Sí, lo sé —dijo Penelope.

—Tienen una parroquia pequeña pero muy devota. Chela dice que sus estaciones del vía crucis son agotadoras.

—Valpy, cuéntame lo de los Hopper.

—Al señor Hopper le gusta ir al cine cuando no puede trabajar, y la señora Hopper me invitó a ir a pintar con ellos. Dijo que les vendría bien a los dos.

De modo que era una sorpresa de lo más agradable poder encontrarse ahora en las habitaciones de los Hopper, en la Casa Guajardo, mirando unas montañas que no eran las de la Sierra Madre real, sino las de una acuarela inacabada de Edward. Lo que resultó menos agradable fue descubrir que Violet Slater también estaba allí.

—Señora Fitzgerald —dijo—. Pero bueno, ¿cómo está usted?

No se trataba de una pregunta de verdad. Penelope había conocido a otros estadounidenses durante la guerra, cuando trabajaba en la BBC, y sabía que no había necesidad de responder.

Violet Slater había conocido a los Hopper una semana antes. Les presentó una amiga «que se sorprendió de que no nos conociéramos ya», dijo, dedicándole una sonrisa a Edward.

Jo empujó suavemente a Edward hacia la ventana antes de que pudiera contestar. Una hilera de nubes oscuras avanzaba a toda velocidad por el cielo.

—¿Por qué no te fijas en esas nubes y nos dices si te parece que va a llover? —Volvió a la acuarela de Edward, que representaba la cúpula de San Esteban vista desde la azotea en la que pintaban los dos—. Está intentando atrapar la esencia de San Esteban desde la última vez que estuvimos aquí, en el cuarenta y seis —les explicó Jo —. Ahora cree que el tiempo conspira contra él. Todos los días, justo cuando empieza a gustarle la luz, llegan las nubes.

Valpy también se acercó a la ventana. Con el cuaderno apretado

contra el pecho, se quedó al lado de Edward, mirando el cielo con preocupación.

—No doy con el azul adecuado para las montañas —dijo Edward.

A Penelope le parecía que la textura no terminaba de funcionar, pero ahora se detuvo a estudiar el color. Las montañas superponían capas y capas de grises, violetas, púrpuras y marrones, más densas para las sombras. Por el contrario, los edificios calcinados por el sol vibraban en tonos crema, amarillo y melocotón, provocando un contraste enorme. Era un cuadro hecho solo de luz y de espacios: sin clima, sin gente, sin sonido. Penelope se maravilló de hasta qué punto había eliminado Edward toda presencia humana.

—Goethe escribió que nos encanta contemplar el azul no porque el color avance hacia nosotros, sino porque nos arrastra tras él. Ese es el azul que necesito.

—Hemos buscado por todas partes —dijo Jo.

Penelope señaló una puertecita aislada, encajada en la parte inferior derecha de un muro blanqueado por la acción del calor.

—Ah, sí —dijo Jo—. La puerta. La añadió cuando le pregunté dónde se había metido la gente. Al parecer, están todos detrás de esta puertecita, bien encerrados.

En realidad, esa puerta no existía en la fachada sur de San Esteban. Desde el tejado hasta el suelo, el muro estaba revestido de un estuco color rosa intenso, pero Edward lo había pintado casi todo de blanco, quizá para que resaltaran los rojos, los azules y los amarillos de la cúpula.

—Están arruinando la ciudad —dijo Edward desde la ventana.

Se refería a una de las obras del otro lado de la calle, frente a San Esteban. Todavía se podían ver las montañas desde allí, pero, cuando el edificio estuviera terminado, la vista iba a quedar muy reducida. Aquella era solo una de las muchas obras que se estaban realizando en la ciudad.

—Creo que es uno de los proyectos de mi marido —dijo Violet, entornando los ojos hacia los andamios.

—Ah, ¿sí? —preguntó Jo con aire muy animado—. ¿Y qué es lo que están construyendo?

—La nueva sede de Seguros Clancy.

Por muy cortés que fuera, Jo se quedó un segundo en blanco.

—Creo que no hemos tenido la ocasión de conocer a su marido —dijo.

Penelope parecía totalmente concentrada en el cuadro, y Valpy, por su parte, seguía aferrado a su cuaderno, con la esperanza de que al final consiguieran salir a la azotea, posibilidad que se iba haciendo cada vez más improbable.

—Steve es de Nueva York —explicó Violet—. Su familia tiene negocios en el sector inmobiliario, entre otras cosas, y él estudió ingeniería.

—Steve Slater —dijo Edward—. Suena como una pieza de maquinaria.

—¿Y qué les trajo a Fonseca? —intervino Jo enseguida.

—La empresa Slater está en plena expansión. De hecho, quería hablarles precisamente de eso. Creo que ya les comenté que querría abrir un centro de arte en la ciudad, y me encantaría que participaran. —Se volvió hacia Edward—: ¿Ha hecho alguna vez un mural?

—No. Nunca he *hecho* un mural —le espetó Edward.

Ni siquiera Jo sabía cómo suavizar aquello. Además, justo en ese momento llegó la lluvia, precedida del sonido de un trueno.

—¡Ja! —gritó Edward—. ¡Ahora también cae contra todos vosotros!

—Oh, basta ya —dijo Jo—. La lluvia no cae en contra de nadie. —Se acercó a la ventana y puso un brazo por encima de los pequeños hombros de Valpy—. Ya volveréis en otra ocasión.

Los acompañó hasta la puerta, pero, antes de que cruzaran el umbral, oyeron cómo Violet volvía a hablar, sin que Penelope pudiera decidir si su actitud nacía de la valentía o de una absoluta inconsciencia:

—Si un mural es demasiado, quizá podría donar un cuadro.

—Oh, lo dudo mucho —dijo Jo con una sonrisa.

Penelope siguió despertándose a las dos y media, aunque sin más incidentes. Hasta que una noche volvió a sentir el frío de la

biblioteca y oyó los golpecitos, que esta vez parecían sonar justo al otro lado de su puerta. Giró la cabeza para mirar a Valpy y vio que dormía plácidamente.

Como los golpecitos no cesaban, se incorporó en el diván. Vaciló apenas unos segundos, y entonces se levantó con rapidez, fue hacia la puerta e intentó abrirla. Algo parecía estar tirando de ella desde el otro lado.

—No tengo miedo —dijo.

Los golpecitos se intensificaron.

—¿Lucy? —susurró.

CHELA

Al día siguiente, Penelope vio que Valpy daba patadas al aire delante de Mirando.

—Todos mis ayeres han alumbrado a locos[5] —decía. Y volvía a dar otra patada—. Todos mis ayeres han alumbrado a locos.

Seguía dando saltos y volvía a pisotear el suelo. Ella habría querido preguntarle qué estaba haciendo, pero sabía que los juegos de los niños no siempre estaban pensados para que los entendieran los adultos.

Además, le preocupaba que Valpy pudiera estar cargando con demasiadas preocupaciones. Las monjas le habían anunciado que iban a rezar un rosario especial cada mañana hasta que regresara a Inglaterra. La madre superiora lo había escrito de su puño y letra: «Corazón de Jesús, haz que se abran los ojos de la madre de Valpy, que no es católica. Haz que su tibia alma se vuelva fervorosa y que pueda volver con sus hijos a su legítimo hogar. Amén».

Penelope le dijo que iba a hablar con la madre superiora.

—No creo que sea buena idea —respondió él.

—¿Por qué no?

—Habrá más oraciones si se entera de que viene un bebé en camino.

Y con dos saltitos y una patada más puso fin a su extraño juego de recitado. A continuación alzó la vista.

—Chela me contó un chiste ayer. ¿Puedo contártelo?

—¿Es largo? ¿Tiene sentido?

—Yo creo que sí. ¿Por qué la sospecha es tan agobiante?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Porque todo está bajo ella.

—Valpy, deberíamos buscar a otros niños para que juegues con ellos.

—Me gusta la cocina. ¿Sabes lo que significa *borracha*?

Penelope tenía una vaga idea. Se lo había oído decir a Chela en voz baja mientras reponía el carro de las bebidas.

—¿Y tú? ¿Lo sabes? —le preguntó.

—Significa ebria. Pero también se puede decir *bebida* o *beoda.*

—Ya veo. ¿Y esa frase que repetías antes? ¿También te la ha dicho Chela?

—No. Esa me la ha enseñado el señor Flatley. Tengo que recitarla doscientas veces por haberle roto las gafas. Cuando termine, me dirá cómo sigue.

Penelope fue primero a ver a Chela. La cocina era un espacio de gran actividad, perfectamente organizado, y Penelope la admiraba por eso. Era consciente de que ella no sería capaz de dirigir nada así de bien. Olía a especias mexicanas e irlandesas: a orégano, comino y cayena, pero también a romero y salvia. Chela había llegado a Mirando hacía treinta años, cuando aún vivía William, y había aprendido a preparar algunos de sus platos favoritos. Era lógico, decía la gente, porque también ella era descendiente de un San Patricio, lo que explicaba el azul oscuro de sus ojos. Preparaba el *boxty* irlandés con *masa harina* y el estofado con un mole rojo oscuro. A la carne con repollo le echaba cebolla, ajo, tomates y chiles, al estilo de Chiapas. Los Delaney nunca le habían pedido semejante fusión culinaria y, de hecho, a veces incluso se la rechazaban. A las doñas nunca les gustaron sus *scones* de chile verde, pero Chela no se acobardaba. Tenía las estanterías repletas de tarros y ollas. También había numerosos armarios, desde el suelo hasta el techo, y sus hierbas crecían en una jardinera situada en la soleada ventana, muy cerca del fregadero.

Chela levantó una cuchara y Penelope tuvo que detenerse en la puerta.

—Este mole requiere de mi atención.

Había cuatro ollas grandes hirviendo a fuego lento sobre el amplio fogón negro. El reloj colgado en la pared era de color naranja, como las caléndulas, y tenía la esfera blanca, números grandes y un tictac sorprendentemente fuerte. Más fuerte que el del reloj de pared del vestíbulo.

Chela dejó la cuchara y se volvió hacia ella.

—Está esperando un bebé.

A Penelope no le sorprendió que Chela lo supiera. Lo que le sorprendía era que no lo hubiese dicho antes. Llevaba más de un mes en Mirando. Se había ensanchado la falda y se había comprado un vestido bien holgado en el mercado. En este embarazo, a diferencia de los anteriores, se sentía más dispersa, como fuera de sí, incluso un poco irresponsable. Había estado a punto de echarse a llorar en varias ocasiones, lo cual no era propio de ella. Y se reía con más facilidad.

—Por eso hace como que se bebe el jerez —dijo Chela—. ¿Para abril?

—Probablemente. Sí.

—Venga. —Chela bajó el volumen de la radio y sacó una silla de un rincón—. Si no se encuentra bien, es que el bebé es una niña. Es por el pelo más largo, que hace cosquillas en la garganta de la madre. Aunque una cucharada de aceite de oliva puede ayudar a aliviarlo. —Chela le señaló la botella que había en un estante, pero Penelope le dijo que no—. Si la barriga se muestra ancha por todas partes, es que es una niña. —Volvió a mirarla y ladeó la cabeza rápidamente a izquierda y derecha, algo dubitativa. A Penelope apenas se le notaba el embarazo—. Creo que es una niña. Si por las mañanas le parece que huele a limón, es un niño. Si le parece que huele a limón por la noche, entonces es una niña.

—Solo huelo las caléndulas. Mañana, tarde y noche.

—Eso no puede ser.

—Le digo la verdad. Ojalá no fuera así.

Chela olfateó el aire y frunció los labios.

—Si no hubiera venido el Día de los Muertos… Su madre está muerta. ¿También sueña con ella?

Penelope no tuvo fuerzas para rebatir aquellas deducciones.

—¿Cómo se llamaba? —le preguntó Chela.

—Christina —respondió Penelope aclarándose la voz—. Pero lo que quería decirle es que creo que Valpy necesita estar con otros niños. Las monjas son muy estrictas y…

—¿Y piensa que yo le puedo ayudar? ¿Con todo lo que tengo que hacer en la cocina?

—He pensado que lo mismo se le ocurría alguna idea.

—Hable con el señor Reynoso.

—No sé quién es.

—Es un hombre atento y bondadoso, un veterano de la revolución mexicana. Sus niños exploradores son naturalistas y navegantes de primer orden. Fueron ellos quienes avisaron a doña López el pasado Pentecostés de que el manantial que hay detrás de su casa se estaba desbordando.

—¿No podía verlo ella misma?

—Doña López lleva tres décadas ciega.

—¡Por eso huele el pan por las mañanas! —exclamó Penelope, encantada de haber resuelto uno de los misterios de Chela.

Chela se encogió de hombros.

—Son buenos muchachos. Tienen el cuartel general en uno de los bancos de la Alameda Zaragoza.

Penelope sabía que no le sacaría más información por más preguntas que hiciera, así que guardó silencio un rato, mirando cómo cocinaba.

—Le pondré un poco de vermú frío en el carrito. Lo voy a dejar junto a un vasito verde para que pueda usarlo cada noche.

Aquello suponía más trabajo para ella, y que Chela se lo ofreciera hacía que fuera, en sí mismo, un auténtico regalo.

—Gracias. Un vaso de cualquier cosa hace que mejoren las cosas al menos durante cinco minutos.

Chela siguió removiendo el mole y no contestó.

—Le agradezco que le enseñe un poco de español a Valpy —continuó Penelope—, pero he venido a decirle también que no me gusta que emplee cierto vocabulario.

Chela siguió removiendo la comida en silencio. Penelope trató de recordar otra ocasión en la que hubiese tenido tan poco que decir.

—Es muy pequeño, y en este viaje ha vivido ya algunas experiencias muy complicadas.

—¿Se refiere al viaje en autobús?

—Bueno… El viaje en autobús fue difícil, sí. Pero también… ciertas cosas de Mirando.

—¿Qué es lo que no quiere que entienda?

—Quizá no se trate tanto de entender como de comparar.

—¿Qué es lo que no quiere que compare?

De pronto, Penelope percibió el olor de L'Heure Bleue. ¿Cómo era posible? No se lo había echado todavía. Se llevó la muñeca a la nariz para comprobarlo.

Chela apartó una de las ollas del fuego. Penelope se puso de pie desconcertada y jugueteó con un par de cuchillos que estaban cruzados sobre la encimera, cerca de ella. Chela le sujetó la mano.

—Están así para protegernos de la lluvia.

Penelope se quedó mirando los cuchillos.

—No entiendo nada de lo que pasa en Fonseca —dijo.

—Lleva poco tiempo aquí. Espere un poco. Aunque esperar resulte tan difícil. Quizá sea lo más difícil de todo.

Más tarde, Penelope revisaría la caja de L'Heure Bleue. Según la descripción, las notas de salida eran de anís y bergamota fresca, y luego llegaban suavemente las de la rosa, el clavel, el nardo y la violeta sobre un fondo de vainilla. ¡Por supuesto! Por eso creyó haberlo olido. Chela utilizaba a menudo anís y vainilla en sus postres. Lo que Penelope no alcanzaba a decidir era si Chela poseía de verdad algún don especial o si era ella, Penelope, quien simplemente se dejaba impresionar por tanta eficacia.

CARTAS

A principios de diciembre recibió un lote de cartas que le llegaban desde casa. La vecina de Penelope, Mathilda Wilson, le escribía para contarle que había caído una niebla mortal sobre Londres. Penelope tuvo que leer la frase dos veces, y dio por hecho que Mathilda exageraba. Al fin y al cabo, se trataba de una mujer que dejaba todos los zapatos de la familia en fila junto a la puerta principal. A saber lo que ella consideraba «mortal». No obstante, una carta de Jean le confirmó la tragedia: eran miles los muertos en Londres. Jean también le contaba que habían tenido que llevar a Desmond a casa desde el Duke of Hamilton dos noches seguidas. No por la niebla, como ya sabía Penelope, sino por un estrepitoso fracaso de su plan de retrasar la primera copa. «Sabes que hay más trabajo para Desmond en el bufete si lo necesita. Solo tiene que aparecer más a menudo.»

La siguiente carta de Desmond contenía un nuevo plan para reducir la bebida. Consistía en tomar solo una copa cada noche. «Creo que para mí no puede existir una segunda copa», escribía. «Y hay un momento, después de la primera, en el que creo que podría parar.»

«Tampoco debería existir la primera», pensó ella. Si la definición de un amor sano consistía en la capacidad de compartir con el otro los miedos más profundos, entonces, bajo ese criterio, ella y Desmond mantenían un amor muy robusto. El problema surgía cuando querían buscar soluciones. Compartían el temor de que Desmond bebiera demasiado, pero diferían en qué hacer al respecto. Y, en efecto, la letra grande y ladeada de su siguiente carta sugería que aquel plan también había fracasado. En ella comentaba la noticia que Penelope le había dado sobre el Delaney. «Me hace pensar en aquella vieja idea de que solo hay dos tipos de relatos: aquellos en los que alguien emprende un viaje y aquellos en los que

un desconocido llega a una ciudad. Parece que tú estás viviendo ambos. ¿No te parece asombroso?»

La siguiente carta, evidentemente escrita durante las contritas horas de la mañana, llegaba llena de propósitos y esperanzas. Con una letra menuda y ordenada le decía que ahora había decidido que solo bebería Guinness. Era más saciante y así podría dejar de beber antes. Además, había conseguido que su hermano accediera a escribir una reseña para el número de primavera. «Dice que quizá se la dedique a ese nuevo título de la colección Batsford, *La pequeña casa inglesa.* No sé si se trata de una indirecta que nos lanza a nosotros o no, pero creo que podemos contar con él para una página como mínimo.»

Le contaba también que L'Heure Bleue era el perfume favorito de la nueva reina y que le parecía una bonita coincidencia. ¿Le recordaba al aroma de su casa de la infancia? Penelope no podía confesarle que no se lo estaba echando, pero en demasiadas ocasiones se había visto a sí misma dando rodeos absurdos y desviándose de su camino por las calles de Londres siguiendo al vuelo el olor de algo parecido al perfume que usaba su madre, y no pensaba hacerle eso a sus hijos. Bastantes recuerdos dolorosos e imborrables arrastraban ya todos los niños como para añadirles encima el del perfume materno.

También fue a principios de diciembre cuando el señor Azuela sustituyó su viejo traje azul por uno nuevo, azul igualmente, aunque de un tono más intenso. Con este traje azul renovado intentaba ampliar su autoridad, y empezó a beber al ritmo de las doñas.

Llevaba años ofreciéndoles fielmente su informe a las cinco en punto, convencido de que tarde o temprano las doñas acabarían por estar de acuerdo con él y le darían la razón. Ya no eran las propietarias de la mina, pero les gustaba seguir al tanto de cómo iba todo, como habían hecho durante años. Y a él le gustaba seguir informándoles, como había hecho también durante años y como había hecho su padre antes que él. Además, así les recordaba dos cosas: primera, que él seguía trabajando allí; y, segunda, que tanto él como todos los Azuela que lo habían precedido lograron hacer de la mina lo que era en la actualidad. Si había un legado que repartir

era gracias a su familia, y eso merecía, si no el legado en sí, al menos una compensación considerable.

Al principio, Azuela se había tomado aquella hora de visita como un entretenimiento más al lado de las dos ancianas, que disfrutaban de lo que aún podían ofrecerles sus últimos años de vida. Pero últimamente, sobre todo tras la llegada de la madre inglesa y su hijo (¡y ese hombre que decía apellidarse Delaney!), había empezado a preocuparse.

Las doñas no repararon en el nuevo traje de Azuela, pero sí advirtieron que bebía más, y cuanto más bebía, más jovial y locuaz se volvía. Le gustaban tanto Los Panchos como a ellas y, a veces, tras el tercer o cuarto cóctel, los tres cantaban juntos.

«Una aventura más» era de sus favoritas.

—*Yo sé queso* —entonaban las doñas al unísono. Sus voces sonaban sorprendentemente bien juntas—. *Una aventura más para ti*.

El señor Azuela también había estado cantando con ellas, pero se detuvo de repente:

—¿Qué dicen? *¿Yo sé queso?* ¿Es eso lo que han dicho?

—Claro —dijo doña Elena. —Aunque no termino de entender la frase. La canción es muy bonita, pero ¿por qué habla de queso?

Azuela se puso muy serio.

—No habla de ningún queso. La frase es *«Yo sé que soy».*

—Pues yo jamás lo he entendido así —respondió doña Anita—. Y mi español ha sido siempre mejor que el suyo.

Elena alzó su copa:

—A mí me sigue sonando a «queso». Y queso es queso.

DESVÍO

A los pocos días de su conversación en la cocina con Chela, Penelope y Valpy bajaron las escaleras para encontrarse en el vestíbulo con montones de chicos de entre once y doce años. Les dijeron que eran los exploradores de Reynoso.

—¿De verdad existís? —preguntó Penelope.

Los había más bajos y más altos, rubios y morenos, hijos de la comunidad irlandesa expatriada y muchachos de Fonseca. Eso sí, todos tenían un aire solemne y todos llevaban camisetas naranjas.

Un chico mexicano, muy alto y con un sombrero marinero que le caía sobre las cejas, tomó la palabra:

—El capitán Reynoso nos ha dicho que viniéramos a ver si Valpy necesita algo.

—¿Algo…? ¿En serio? —preguntó Valpy, asombrado.

—Disponemos sobre todo de cordones y linternas. ¿Necesitas una linterna?

La linterna era una de las pocas cosas que Valpy había metido en la maleta para poder leer por la noche. Ambas partes se quedaron un instante sin saber qué decir, hasta que el jefe de los exploradores, Genaro, se echó el ala del sombrero hacia atrás y se volvió hacia Penelope.

—¿Su hijo sabe lanzar, señora? Ayer encontramos una pelota de béisbol y doña López nos ha dado un bate. ¿Se puede venir al parque?

Que ella supiera, Valpy no había lanzado una pelota de béisbol en su vida, pero fue suficiente con mirarle a la cara para comprender que no debía delatarlo.

—Por supuesto —dijo ella—. Es muy amable de vuestra parte.

Dos horas más tarde, Genaro y los exploradores le devolvieron a Valpy, que llegó feliz, cansado y con muy buen color en las mejillas. Penelope sintió un afecto desbordante por aquellos chicos, y quiso

darles algo, pero lo único que pudo hacer fue despedirlos con la mano desde la puerta. De repente, Chela se adelantó:

—Volved mañana y tendréis churros —les anunció.

Los chicos sonrieron de oreja a oreja, se despidieron y se dispersaron en todas direcciones.

—Chela… Chela, ¡gracias! ¿Quiere que le ayude en algo? —preguntó Penelope.

—¡Ay, no! Mis churros de manzana son célebres en este sitio, y los hago sola.

Así empezó Valpy a pasar las tardes con los exploradores de Reynoso, un contrapeso magnífico para las mañanas que pasaba en compañía de las monjas. Si seguían rezando por ella, al menos ya no se enteraba. El único inconveniente radicaba en que, tras recorrer las calles de Fonseca, Valpy acababa cubierto de polvo, y ella tenía más ropa que lavar. Pero no le importaba porque siempre le había gustado el ambiente cálido de una buena lavandería, y la de la calle Juan Aldama lo era. Empezó a llevarse su cuaderno.

Una tarde se encontró allí con el Delaney. Ella pensaba que en Mirando todo el mundo le encargaba la colada a Chela, que a su vez se la encargaba a Esperanza, su delicada y joven prima, que a menudo se la encargaba a su vez a otra prima. Pero allí estaba el Delaney, haciendo la colada igual que ella. Al verlo tranquilamente sentado frente a la máquina, con un libro abierto, se detuvo en seco en el quicio de la puerta con la bolsa en las manos.

Justo en ese momento, terminó el ciclo de la lavadora del Delaney, y al levantarse para ir a cambiar la ropa de máquina, la vio y dejó caer el detergente al suelo. Se miraron fijamente a través de la puerta, hasta que ella sintió que le ardían las mejillas.

¿Qué iba a hacer? ¿Buscarse otra lavandería?

—¿De verdad se llama Ernest? —le preguntó al fin, ya en el interior, mientras la ropa daba vueltas en ambas lavadoras, una al lado de la otra. Los dos habían llevado un libro, aunque ninguno se había puesto a leer.

—Claro que sí.

—¿Y si le dijera que no me lo creo?

—No me sorprendería en absoluto.

—¿Es que la gente suele dudar de su nombre de pila?

—No. No es lo habitual. Pero no me sorprendería que usted dudara. Creo que es más perspicaz que los demás.

Ella bajó la mirada para ocultar su expresión.

—Aunque lo que importa es la parte del Delaney, ¿no?

—¿Por qué está usted en Mirando, si no es indiscreción?

—Nos pidieron que viniéramos.

El Delaney enarcó las cejas.

—Las doñas me escribieron asegurando que había lazos de amistad entre nuestras familias. Querían conocer a Valpy.

—Así que estoy compitiendo con un niño de ocho años.

—Tiene seis —precisó Penelope.

—¿De verdad? Parece mayor.

—Eso es cierto.

El Delaney negó con la cabeza.

—Y además es encantador. Me parece una competencia desleal.

—Pero si en realidad no tiene por qué competir con nadie. Usted forma parte de la familia.

Él asintió.

—Dijo que es de Nueva York… ¿A qué se dedica?

—Ah, no. Lo que dije es que la rama de la familia de la que yo provengo se fue a Nueva York. Yo nací en Nueva Jersey y allí me crie.

—¿Y a qué se dedica?

—Mi familia dirige una empresa de gestión comercial.

—Comprendo… ¿Y cómo puede pasar tanto tiempo fuera?

Una anciana abrió en ese momento la puerta de la lavandería y entró cargada con varias bolsas grandísimas de ropa sucia. El Delaney se levantó de un salto para ir a ayudarla. Se había quitado la chaqueta y, al estirar un brazo por encima de la cabeza de la mujer para sujetarle la puerta y usar el otro para recoger las bolsas, Penelope pudo ver los músculos de su espalda a través de su fina camisa de lino. Ejecutado por cualquier otra persona, aquel movimiento habría resultado enormemente aparatoso e incómodo.

—Digamos que, en este momento, pueden arreglárselas sin mí —dijo cuando volvió a sentarse junto a ella. En la lavandería hacía

bastante calor y él se subió las mangas de la camisa.

—¿De verdad existe esa herencia? —le preguntó Penelope.

—Sí. Y es considerable. Las minas de plata de los Delaney fueron muy rentables antes de la nacionalización.

—Comprendo… —murmuró ella mientras movía la cabeza—. ¿Sabe? Siempre estoy diciendo lo mismo desde que llegué a Fonseca, pero la verdad es que no comprendo nada de nada.

—Comprendo… —repitió él, y ambos sonrieron—. Valpy tiene una desventaja —dijo el Delaney tras una pausa.

—¿Cuál?

—Que se acuesta muy temprano.

Ella volvió a sonreír, y él se giró un poco en su silla hacia ella. Penelope pensó que hasta ese momento no había sabido lo que era una mandíbula firme. Ni, ya puestos, el singular atractivo que podían tener unos brazos fuertes.

—¿Y es usted de verdad una Penelope?

Ella asintió.

—La tejedora de historias. —Le tendió una mano—. Bueno, pues ahora ya nos hemos presentado formalmente.

Cuánto más sencilla sería la vida si viniera acompañada de las debidas advertencias o si al menos fuéramos capaces de leer las que se nos hacen. En la entrada de la lavandería sonaba «Mar y cielo» en la radio, con ese romanticismo inconfundible de Los Panchos y el delicado susurro de sus requintos. Pero las señales no siempre se muestran nítidas, así que una se levanta, dobla la ropa y sale de la lavandería. Lo que tenía que hacer, pensaba Penelope mientras el Delaney le sujetaba la puerta, era esforzarse al máximo por leer en clave de comedia todo lo que le estaba pasando.

Estimada…

He estado dándole muchas vueltas a las preguntas que me ha hecho y le voy a contestar a todo lo que esté en mi mano. Lo cierto es que no recuerdo que mi madre usara ningún perfume. Hemos de tener en cuenta que no ahorraron ni un penique durante los años de mi primera adolescencia, y no había dinero ni para lo básico, así que imagínese para lujos de ese tipo.

Era una gran confeccionadora de listas. Las escribía casi siempre en el reverso de los sobres que ya no íbamos a usar o en los folletos que llegaban a casa. También se dejaba notas a sí misma, que todavía me encuentro de vez en cuando. Lo cierto es que nunca la vi quemar ninguna, lo que sería más fácil en la época eduardiana, claro, cuando el fuego estaba siempre encendido.

Estoy segura de que escribió cartas larguísimas y muy detalladas desde México, y estoy segura de que mi padre le respondía con la misma extensión. Ambos escribían cartas extraordinarias, y sería maravilloso poder leerlas ahora. No puedo describir lo impresionante que fue para nosotros descubrir las cartas que le había escrito a su madre desde Francia cuando tenía dieciocho años. Todas tan divertidas y llenas de observaciones. Ilustradas además con pequeños dibujos a pluma y tinta.

Siempre bebía vermut extraseco, tal cual, sin hielo ni limón ni agua tónica. Un par de vasos antes de la cena, si podía ser, en su pequeña copa de cristal tallado de color verde, su favorita, que aún conservo. Me temo que no sé cuándo empezó esta costumbre. Lo que sí puedo asegurarle es que siempre me pedía que me detuviera a comprar una botella grande cada vez que iba a recogerla a la estación cuando venía de visita.

En cuanto a su embarazo, mi madre era profundamente reacia a hablar de cualquier tipo de asunto personal, fuera el que fuese, lo que incluía sus embarazos y sus partos. Recordemos que procedía de una familia en la que todo lo que causara sufrimiento o malestar quedaba silenciado de

inmediato. Cuando murió su madre, por ejemplo, mi abuelo no volvió a mencionarla jamás, y cuando mi tío Rawle regresó del campo de prisioneros de guerra, nadie habló nunca de lo que había vivido allí. Sabemos, eso sí, que tuvo al menos dos abortos espontáneos y quizá un bebé que nació muerto. Imagino que había tomado la decisión de marcharse a México antes de darse cuenta de que estaba embarazada, y una vez lo supo siguió adelante de todos modos.

Cuesta imaginar qué razones tuvo para quedarse allí. Por supuesto, ahora desearía habérselo preguntado, pero era una maestra en esquivar las respuestas directas, así que probablemente seguiríamos sin saberlo.

Mi hermano me contó una historia estupenda sobre la vez en que subieron a una pirámide en México y se olvidaron del pícnic. Estoy segura de que él mismo se la contará. Si no, ya me encargaré yo de darle un empujoncito para que se anime.

Con todo mi afecto,

TINA

CHELA

Chela subió a Valpy a un pequeño taburete, justo al lado de la encimera de la cocina. Le dio un mortero y le enseñó a llenarlo solo hasta un tercio. A veces también la ayudaba a barrer el suelo, a cortar hierbas frescas o a recoger los huevos.

—No eres el primer niño que me echa una mano en la cocina —le dijo.

—¿Quién fue el primero?

—Eso no te lo voy a contar, pero sí te digo que vas a tener que esmerarte mucho para estar a su altura. —Fue añadiéndole a su montoncito de cilantro un poco de sésamo y unas semillas de achiote—. Machaca y remueve, machaca y remueve. Usa también los lados. ¿Y el viaje en autobús? ¿Fue interesante? ¿Viste algo de Estados Unidos?

—Sí. Una mujer de Tennessee nos dijo que nos lo estábamos pasando en grande.

—¿Y a qué se refería?

—No lo sé.

—¿Iba muy lleno el autobús?

—A ratos.

—¿Y qué viste?

Él interrumpió un segundo su tarea.

—Por la noche solo veía el reflejo de la gente en las ventanillas del autobús.

—¿Y qué clase de gente era? —le preguntó Chela mientras le preparaba un chocolate caliente, su *champurrado*—. ¿Gente de por ahí? ¿Estadounidenses yendo de un lado para otro?

—Los de delante dormían mucho, pero los de atrás estaban despiertos casi todo el tiempo.

—¿Y eso?

—Mamá me dijo que es difícil dormir cuando se está preocupado.

Chela negó con la cabeza.

—Es mejor que no volváis por ese camino.

Retiró el cazo del fuego y le sirvió la bebida en una taza sin esmaltar. A Valpy le pareció que aquella mezcla de chocolate, azúcar moreno, melaza y un poco de anís, todo ello espesado con *masa,* era lo mejor que había probado en su vida.

—A ver, ahora en español —empezó Chela— ¿Cómo se dice «kitchen»?

—La cocina.

—¿Y «riches»?

—La riqueza.

—¿Y «luck»?

—La suerte.

—¡Bueno!

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

En el segundo domingo de Adviento, los huéspedes de Mirando fueron juntos a San Esteban a oír misa.

—A misa en masa —dijo el señor Flatley, encantado consigo mismo y con su juego de palabras, que no pareció hacerle gracia a nadie más.

Las doñas encabezaban la comitiva, una siempre un poco más recta que la otra, con sus velos negros balanceándose a uno y otro lado. Tras ellas caminaba el propio señor Flatley, que observaba en silencio a los pájaros y los árboles después de que nadie celebrara su ocurrencia. A continuación iban los Tuttle, agarrados del brazo, y luego Penelope y Valpy. El Delaney le tendió un brazo a Chela, que solía acudir a San Ignacio, en la calle Juan Aldama, pero que la noche anterior se había quedado a dormir en Mirando por la proximidad de las *posadas.*

Después de haber coincidido en la lavandería, el Delaney le regaló a Valpy un estuche de lápices de dibujo. Desde entonces, esperaba a que Penelope entrara en el salón para iniciar con ella un juego que consistía en alzar las copas cada vez que el señor Flatley empezaba una de sus frases con «Se refiere a…».

—¿Qué es lo que se propone exactamente? —le había preguntado ella al Delaney—. ¿Formo parte yo también de su estrategia en Mirando?

—Se refiere a… que soy un estafador —empezó él. Entonces sonrió y alzó su copa—. Me ofende.

Ella también alzó la suya, pero no llegó a decirle que se equivocaba y que no era ese el concepto que tenía de él.

Penelope ya sabía cómo era la misa en latín porque había asistido con Desmond a varios de los oficios que se celebraban en Hampstead. Le encantó ver que el salmo responsorial era el Salmo 90, uno de los favoritos de su madre. Pero cada vez que la

congregación recitaba el primer verso, «Señor, tú has sido nuestra morada de generación en generación», Penelope solo oía la palabra *morada.* Había que pagar el alquiler de Chestnut Lodge, que estaba a punto de vencer.

El obispo estaba de visita pastoral, lo que tal vez explicara el derroche de incienso, y su homilía, en español, versaba sobre la espera. Chela, que se había sentado a su lado, se inclinaba de vez en cuando sobre ella para ir informándole en susurros de lo que allí se decía:

—Ahora está comparando la serena espera que representa el tiempo de Adviento con la de los jornaleros que aguardan en las esquinas a que los contraten para trabajar en las grandes haciendas.

Penelope los había visto. Se reunían al amanecer, charlaban tranquilamente, se bebían a sorbitos lo que llevaran en los termos y guardaban el almuerzo ya preparado para cuando llegara la hora de comer. Luego iban apareciendo los camiones, que recogían a dos o tres cada vez, hasta que las esquinas se quedaban vacías.

Chela volvió a acercársele.

—Dice que este año el Gobierno de Estados Unidos ha devuelto a México en avión a miles de inmigrantes, pero que el programa se ha quedado sin fondos. El Gobierno mexicano ofrecía billetes de tren para que regresaran, pero ahora ese programa también se ha quedado sin fondos. Las economías de los dos países van muy bien, así que parece mentira que nadie sea capaz de dar con una solución. —Miró a Penelope—. Esta última parte es mía, no suya.

En ese momento, un rayo de sol atravesó una de las vidrieras que, muy por encima de la cabeza del obispo, representaba una pradera. Fue a caer justo encima de él tiñéndolo de un verde enfermizo. El haz de luz se convirtió en un cilindro polvoriento que engulló la cabeza del obispo Barragán. La luz también tenía unos tonos azules, y Penelope pensó en el cuadro de Edward.

La oración de la colecta de ese día estaba dedicada a los trabajadores:

—Dios todopoderoso, que has enlazado nuestras vidas de tal manera que todo lo que hacemos, para bien o para mal, repercute en las vidas de los demás: guíanos en nuestra labor para que no

trabajemos solo para nosotros mismos, sino por el bien común; para que, al buscar la justa retribución por nuestro propio esfuerzo, no nos olvidemos de las legítimas aspiraciones de los otros trabajadores, y despierta en nosotros la preocupación por todos aquellos que están sin empleo.

Chela se inclinó hacia Penelope.

—Doña López tiene un huésped que acaba de llegar de Estados Unidos. —Negó con la cabeza y se persignó—. Es un maestro carpintero, pero lo que gana aquí no le alcanza. En los meses en que no hay trabajo, tiene que adaptarse a las campañas de recogida de las cosechas: vendimias, naranjas… Algunos se han muerto de deshidratación en una ciudad como esta, en la que hay tantas fuentes como días tiene el año.

Volvió a persignarse.

Las monjas entraron con los niños después del credo. Todos llevaban en las manos sus manualidades del segundo domingo de Adviento, y los pasillos se vieron inundados por el murmullo de varias docenas de palomas blancas hechas de cartulina. Los pequeños se encontraron con sus familias y las palomas se quedaron pegadas a los bancos de la iglesia. Comenzó entonces la liturgia de la Eucaristía. Los teólogos clásicos habían llegado a la conclusión de que una misa podía celebrarse muy dignamente en treinta minutos, pero en San Esteban no bajaba nunca de noventa.

Al salir, doña Anita anunció que se retiraba a su habitación y que no volvería a bajar hasta pasado un tiempo.

—La última vez que dijiste esto —dijo doña Elena—, no te vimos en una semana.

—Pueden hacerte compañía todas las visitas que recibimos a diario.

Anita se giró y comenzó a subir las escaleras lentamente.

Más tarde, Penelope se ofreció a llevarle el té. Quería ayudar, por supuesto, pero también pensó que sería una muy buena oportunidad para que Valpy pasara un rato a solas con una de las doñas.

Valpy y ella recogieron la bandeja en la cocina de manos de Chela, pero, cuando estaban en el pasillo frente a la puerta de la doña, Anita les gritó:

—¡No entren!

Lo dijo con tal autoridad que ambos se quedaron clavados en el sitio. Nunca había hablado con tanta energía en el salón.

—Soy Penelope, doña. Y también está aquí Valpy. Le traemos el té.

—¿Por qué no lo ha traído Chela?

Penelope miró a Valpy.

—Está ocupada con los preparativos de las *posadas,* doña —dijo él.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién ha dicho que vayamos a participar este año?

Él no supo qué responder. Oyeron un revolverse de sábanas, el forcejeo con unas mantas, el crujido de los muelles de la cama.

—Está bien —dijo doña Anita—. Ya pueden pasar.

Les recibió sentada en una cama doble muy alta, apoyada en un montón de almohadones, y con mejor aspecto que de costumbre. Tenía las mejillas más sonrosadas de lo que solían estarlo cuando bajaba al salón. La habitación era grande, aunque escasamente amueblada. Había un armario pintado de blanco y un tocador cubierto con una tela de muselina. Una pila de libros se había venido abajo y ahora estaban desparramados por el suelo, junto a la cama. Allí tenía también su propio Victrola (el otro lo manejaba Elena en el salón), con un estante lleno de discos justo al lado. En un rincón había una máquina de coser y en el otro una camelia alta sorprendentemente lustrosa. Cuando se dio cuenta de que la miraban, les dijo:

—Una planta de interior así de vigorosa es siempre un gran consuelo.

Los pensamientos de doña Anita se le leían en la cara sin tener que hacer el menor esfuerzo. Era una de las cosas que más le gustaban a Penelope de ella. El rostro de doña Elena, en cambio, se mostraba siempre controlado y rara vez dejaba traslucir nada.

—¿Cómo está Pax? —preguntó Anita—. ¿Lo han visto? ¿Se asegurarán de que doña Elena sea amable con él? Lo desprecia porque el gato me quiere más a mí.

Pax lanzaba un aullido interminable cada madrugada hasta que Anita lo llamaba. Entonces, aquel sonido fantasmagórico cesaba al

instante.

—¿Acaso puedo controlar yo a quién quiere? —les preguntó Anita moviendo las piernas sin descanso bajo las sábanas, aunque intentaba sujetarlas apretándoselas con las manos—. ¿Saben que ni siquiera vino a la boda?

—¿A su boda? —preguntó Penelope.

—Sí —respondió ella. Debía de haber pasado una eternidad desde entonces, pero la herida seguía viva en su rostro—. ¡Su propio hermano! ¿Podría alguno de los dos apretarme las piernas? Me alivia de verdad.

Penelope ayudó a Valpy a subirse a la cama, que era francamente alta, y en ese momento, quizá porque el niño ya no se encontraba de pie a su lado y también porque la doña estaba tendida, esta reparó en su vientre y ahogó un grito:

—¡Señora Fitzgerald! ¿Está usted…?

—Lo estoy.

—Pero ¿cuándo? ¿De cuánto está?

Valpy se sentó encima de sus espinillas, y las piernas de Anita parecían ahora más tranquilas.

—De cuatro meses y medio.

—¡Pero si ha viajado por medio mundo! ¡Si no ha parado de hacer excursiones! —exclamó doña Anita.

—Me encuentro muy bien. Mejor que cuando llegué, la verdad.

—La señora López tuvo que guardar cama seis meses con cada uno de sus hijos —dijo la doña.

—¿Se refiere a la misma señora López de la que habla Chela? —preguntó Penelope.

—Tiene dos niños. —Lo que no respondía a la pregunta, pero eso no era nada raro en Mirando.

—Bueno, este es el tercero en mi caso —dijo Penelope—, y todo va bien.

—Esto no es lo que quiere doña Elena —respondió—. En absoluto. —Los ojos se le iluminaron de repente—. Pero si usted no se lo dice, yo tampoco.

—No pretendía mantenerlo en secreto.

—Pero podría hacerlo. Podría… Incluso debería hacerlo. Al

menos, mientras le sea posible. Siempre puede echarle la culpa a la comida de Chela. Usa demasiado queso…

—Pero ¿por qué iba a molestarle a doña Elena?

Doña Anita la miró sorprendida.

—Porque a ella le gusta ser el centro de todo. ¿No se ha dado cuenta?

Penelope se irguió un poco y se aflojó discretamente la tela del vestido.

Doña Anita asintió.

—Sí, así está mejor. Yo puedo ayudarla, ya lo sabe. Estaré de su lado.

La idea de los bandos, aquello de enfrentar a las doñas entre sí, le pareció a Penelope un error gravísimo. Y le avergonzó reconocer que, si llegaba a darse el caso, lamentaba estar alineada del lado de la doña más frágil, la que parecía menos poderosa. Cambió de tema.

—No he tenido ocasión de agradecerle sus cartas, doña Anita.

—¿Qué cartas?

Aquella era la peor respuesta posible. Ahí estaba su mayor pesadilla hecha realidad.

—La amable invitación que nos envió a Valpy y a mí para que viniéramos…

—Ah. Eso fue cosa de Elena. Decía que las veladas se estaban volviendo aburridas. —Los ojos de la doña se abrieron enormemente —. ¡Pero no quiero parecer descortés! Nos encanta que hayan venido. La casa está más alegre desde que llegaron. —Miró entonces a Valpy, que seguía sentado sobre sus piernas.

—¿Le gustaría que le leyera en voz alta? —le preguntó él—. A mí me gusta que me lean cuando estoy enfermo.

—Oh, no, gracias. No estoy enferma. Solo necesito descansar. Soy una carga para Elena, y a veces necesito alejarme un poco de su constante manía de juzgarlo todo. Bajaré enseguida porque, de lo contrario, me pondré a darle vueltas a la cabeza todo el día y a oír cada golpazo, cada grito, cada tic y cada tac. Y Elena me mandará al sanatorio para los nervios.

—¿Ahora está tranquila? ¿Necesita algo? —preguntó Penelope.

—¿Tranquila? No. Pero tengo paciencia. La gente cree que

tranquilidad y paciencia van de la mano, pero no tienen por qué. No siempre, al menos, por mi experiencia. —Miró a Valpy—. Eres un niño encantador, y tienes el peso perfecto, he de decir. Ojalá pudiera darte algo.

Penelope sintió que la embargaba un torrente de esperanza. Cualquier suma, por modesta que fuera, les vendría de maravilla, porque se estaba gastando todo lo que tenía más rápido de lo que había previsto, y la deuda se iba incrementando semana tras semana. Pero la doña se dejó caer hacia su mesilla de noche, rebuscó en el cajón y sacó una vieja medalla dorada, una especie de insignia conmemorativa.

Se la tendió a Valpy.

—¿Qué fecha pone?

—Treinta de enero de 1866 —leyó él.

Penelope y Valpy aguardaron, pero la fecha no parecía significar nada para la doña.

—El treinta de enero es mi cumpleaños —añadió Valpy.

Momento en que los ojos de la doña se abrieron de par en par.

—Ah, ¿sí?

—¿Qué significa? —preguntó Valpy.

—No lo sé —respondió ella.

Penelope le dijo a la doña que volverían a subirle el té al día siguiente. Ya en la puerta, se arregló el vestido por delante, sobre el vientre, y doña Anita la miró y asintió con aire cómplice.

—Valpy, ¿qué son las *posadas*? —le preguntó Penelope cuando estaban ya en el pasillo.

—Son nueve noches en que los vecinos recorren las casas en procesión y van de puerta en puerta. Un niño y una niña del pueblo hacen de José y María, montados en burro. Chela pensó que podría hacerlo yo, pero ya habían elegido a otro niño. En las dos primeras casas les niegan la entrada, pero en la tercera ya les dejan pasar y rezan el rosario todos juntos y se toman algo. Para Chela es muchísimo trabajo.

—¿Le va a ayudar Esperanza? —preguntó Penelope.

—Sí, como siempre… —respondió Valpy.

EL SARAPE

Cuando el Delaney le entregó a Penelope un sarape antes del previsto descenso de las temperaturas, ella, que no había recibido ningún regalo así desde hacía muchísimo tiempo, tan perfecto, tan hermoso y tan útil, no se atrevió a decir nada. Se limitó a sostener la manta entre las manos, admirando su colorido y sus dibujos.

—Dijiste que habías pasado frío —le recordó él.

Y era cierto. Se había quejado del frío, aunque no le mencionara en ningún momento que aquel frío había llegado acompañado de un brusco golpeteo. Pero él se había acordado. Y ahí estaba el problema: que le prestaba toda su atención, y aquella atención era la forma más pura de generosidad. También le parecía una cualidad tremendamente atractiva.

—Quería un sarape —dijo ella—. Pero no lo necesitaba.

Debió de parecer triste, porque él trató de tranquilizarla:

—¡Estaba de oferta! De verdad. No ha sido nada.

Penelope no le creyó. Él tenía buen gusto. Llevaba una ropa bien cortada, y el sarape era más oscuro y más original que los que ella había visto en el *mercado.* Casi todos eran de tonos rojos y anaranjados, con hilos amarillos o ámbar, pero el sarape del Delaney estaba hecho con colores azules y verdes oscuros, que para ella simbolizaban los colores de la resistencia. El tejido era finísimo y el diseño, poco común. Un mosaico vertical servía de fondo, y en el centro había un motivo circular de borde ondulado con tonos de un azul muy oscuro, toques de púrpura intenso y un marrón cálido, casi dorado. Le encantaba todo.

El sarape le llegó un miércoles. El viernes siguiente, con el frío ya bien instalado entre ellos, comenzaba oficialmente la Navidad, la noche en que los hogares de todo Fonseca montaban el *nacimiento.* Chela bajó las cajas de adornos navideños al salón y les avisó de que se habían quedado sin una gota de alcohol en Mirando hasta

que regresara Jesús.

—¿Y cuánto va a tardar? —preguntó doña Elena.

—¿Cómo voy a saberlo yo? Tiene que ir hasta Lomas del Sur.

Pero Jesús regresó aquella misma tarde con dos barriles de whisky, una caja de ginebra y un árbol de Navidad.

Chela les pidió a los exploradores que la ayudaran a montar el *nacimiento* y a adornar el árbol, y llegaron con el señor Reynoso, todos aseados y vestidos para la ocasión. Al principio estaban muy callados, pero el *champurrado* de Chela los hizo entrar en calor y los fue animando. Había tantas cajas de adornos que ni siquiera un árbol que hubiera sido el doble de alto que Jesús habría podido albergarlos todos. Lo colocaron en el vestíbulo, donde el techo alcanzaba la altura de dos plantas. Los chicos utilizarían la escalera para llegar a las ramas más altas después de haber abierto todas las cajas y decidir qué adornos les gustaban más.

—Es maravilloso volver a oír voces tan jóvenes por la casa —dijo Chela. Había traído sillas del salón al vestíbulo para que las doñas pudieran contemplar la fiesta—. ¿No les parece? Este ir y venir. Este correteo alegre de unos pies tan pequeños y veloces.

—Sí —concedió doña Anita. Parecía realmente contenta.

Penelope se dejó llevar por la curiosidad y no pudo contenerse:

—¿Se refiere a los chicos de hoy? ¿O a la familia?

En cuanto oyó su propia voz, se arrepintió de lo que había preguntado. Estaba hablando igual que el señor Flatley.

—A nada —respondió Chela.

—¡Jasper bonito! *¡Salud! ¡Salud!* —gritó Jasper, solo en el salón.

Doña Elena frunció el ceño.

—Díganles a los chicos que tengan cuidado. Las baldosas resbalan.

El *nacimiento* se había dispuesto bajo el árbol, y el reparto excedía con mucho lo que a Penelope y a Valpy les resultaba familiar. Estaban las figuras habituales, por supuesto, pero también había maestros de escuela y campesinos, lecheros y panaderos, jueces y revolucionarios. Los papeles adicionales se extendían incluso a los animales: había elefantes y camellos, liebres, jaguares y loros.

El niño Jesús resultaba desconcertantemente grande. Modelado en una loza bastante tosca, sobresalía de entre las demás miniaturas, y Penelope observó cómo Valpy intentaba averiguar dónde colocarlo. No supo qué decirle. Desde luego, no iba a caber en el pequeño pesebre delante de las figuras mucho más diminutas de María, José y el burrito santo que los había llevado hasta Belén.

Genaro aclaró la desproporción:

—¿Qué importancia tiene que sea más grande? Al fin y al cabo, es el rey de todo el mundo.

Tomó la figura de manos de Valpy y la recostó contra la pared trasera del establo.

Penelope se alegró de poder agradecerle al señor Reynoso que les hubiera enviado a los exploradores. Debía de tener la edad de su padre, pero era más alto y de constitución más fuerte. Lucía un bigote oscuro y llevaba puesta una chaqueta corta sobre un chaleco de traje, al estilo mexicano. Ejercía una influencia misteriosa pero directa sobre los exploradores, que lo llamaban «Capitán» y que lo adoraban sin ningún género de duda. Cuando ella le dijo lo agradecida que estaba por Valpy, él se negó a atribuirse mérito alguno.

—Algunos de los exploradores han ido a clase con las monjas de San Esteban y tenían muchas ganas de poder ayudar a un alma afín.

—Aun así, estoy segura de que usted los animó —dijo ella—. Sé por experiencia propia que los niños mayores no siempre quieren estar con los más pequeños.

Penelope tenía un hermano mayor.

—Todos los scouts tienen hermanos pequeños a los que han de tratar con cariño. Es uno de los requisitos. Además, Valpy parece mayor.

—¿Cuánto tiempo lleva usted al frente del grupo? —le preguntó.

—Hace tres años que estos muchachos están juntos. En realidad son ellos quienes gobiernan su propio barco. Yo sólo les sirvo de guía porque me crie junto al mar, en Tampico. Querían ser exploradores marinos, ¿sabe? Pero en Fonseca, que no tiene ni un centímetro de costa, la idea no da para mucho.

A Penelope le cayó bien de inmediato por considerar al menos la

propuesta y no desbaratarles la ilusión desde el principio diciéndoles que no. El señor Reynoso tenía una voz grave y profunda, y si Fonseca hubiera contado con una gran masa de agua para que los muchachos entrenaran, estaba segura de que aquella voz se habría impuesto sobre el viento y las olas para indicarles qué destrezas eran las indispensables para sobrevivir.

—¿Se puede aprender algo sobre navegación sin un barco? —le preguntó.

—Van avanzando en meteorología, en primeros auxilios, nudos marineros y confección de velas. Por supuesto, también trabajamos otros asuntos, como la importancia del trabajo comunitario y las dotes de liderazgo, el deporte… Y procuro añadir algo de montañismo.

—¡Claro! Tienen la Sierra Madre.

—Esta primavera me gustaría subir con la tripulación a la montaña.

Era la primera persona en Fonseca que no le repetía aquello de que estaban más lejos de lo que parecía.

—¿Les va a enseñar algo de botánica? —preguntó ella.

—Por supuesto. Las flores silvestres de la Sierra Madre son muy especiales.

Con el árbol ya decorado, los exploradores rodearon a Penelope de repente.

—¿Cuánto tiempo van a quedarse?

—¿Cuándo se marchan?

—¿Estarán aquí en Navidad?

—¿Nos pueden mandar desde Estados Unidos un platillo volante?

Buenas preguntas, todas ellas. Nadie había invitado formalmente ni a Penelope ni a Valpy a que pasaran las Navidades en Mirando, aunque también era cierto que ella aún no había hecho planes para su regreso. Se aferró a la última pregunta:

—¿Un platillo volante?

—Se refieren a uno de esos discos de plástico que se pueden lanzar muy lejos —le aclaró el señor Reynoso—. Es algo bastante popular en Estados Unidos. Al parecer, cualquiera puede aprender a lanzarlos bien.

No miró a ninguno de los niños directamente, pero algunos de ellos bajaron la vista, incómodos.

—No van a volver por ese camino —dijo Chela entonces—. Y por supuesto que se quedan aquí para la Navidad. Valpy ha montado el *nacimiento* y sería de mal augurio que se marchara ahora.

Aquella noche sirvieron whisky con *ginger ale,* y Penelope bajó al salón envuelta en el sarape, en parte porque tenía frío —por la tarde había caído algún copo de nieve en Fonseca— y en parte porque le preocupaba que doña Elena descubriera su estado. Doña Anita había salido ya de su habitación, pero no pudieron mantener el secreto mucho tiempo.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó Elena nada más verlo—. ¿Es uno de los nuestros? ¿Puedo verlo? ¿Dónde lo ha encontrado?

Penelope se quedó paralizada. El Delaney no había bajado aún, pero, en cualquier caso, ella no tenía la menor intención de contarles que se trataba de un regalo.

—Es del mercado, doña. Llevo buscando uno así desde que llegamos.

—Acérquese —dijo doña Elena—. Tiene negro en el borde y eso es muy poco habitual. No me creo que sea del mercado. Ese tinte se obtiene de una madera que solo se encuentra en Brasil.

Penelope se acercó un poco más al sillón de la doña y se inclinó para mirar el borde.

—¡Más cerca! —le ordenó Elena tirando del sarape y haciendo que tanto el propio sarape como el vestido de Penelope se torcieran y quedaran de lado—. Debe de ser del Taller de Sarapes de Fonseca, en la calle Victoria.

—¿El que está al lado del Taller Platero de Taxco? —preguntó Penelope, consciente de que ya era todo inútil. Elena había visto que estaba embarazada.

—Yo lo sabía —murmuró Anita con un tono voz entre malicioso y lleno de orgullo.

—Me ha estado ocultando el estado en que se encuentra —dijo Elena.

—No era mi intención, doña. Simplemente no se lo anuncié.

—Pero sí se lo había dicho a doña Anita.

—No. No se lo conté yo. Se dio cuenta ella sola.

—Yo soy más observadora que tú, Elena —replicó Anita.

Doña Elena no le hizo caso.

—Ha venido desde tan lejos acompañada de un niño, embarazada de otro y dejando al tercero en Inglaterra. No sé si admirarla o compadecerla. Además, eso de tener un bebé en Navidad tiene algo de… exhibicionista.

—Cielo santo —dijo el Delaney, que acababa de llegar e intentaba acomodar a Penelope con su sarape en un sillón—. ¡Que no se muera nadie en Pascua!

—No salgo de cuentas hasta la primavera, doña —dijo Penelope.

—Bueno, como la pobre señora Slater. El año pasado por estas fechas también esperaba un hijo. Lo pasó muy mal, pero hay que reconocer que es de una entereza admirable.

Penelope agradeció que el señor Molina interviniera justo entonces para hacerles una nueva propuesta. Se trataba de un programa educativo para el uso de los nuevos televisores que estaban empezando a llegar. A Penelope le pareció que aquella era la mejor idea de las que había propuesto hasta la fecha, pero a las doñas no. Chela repuso el carro de las bebidas y el Delaney le acercó a Penelope su vasito verde.

Estimada…

Recuerdo a las hermanas, que para mí eran dos señoras mayores bastante estiradas, nada que ver con las que dan abrazos y reparten caramelos. No sé si estaban o no especialmente interesadas en mí, pero, aun suponiendo que lo estuvieran, yo no me habría enterado. En aquella época los niños pequeños teníamos que estar muy callados y ser muy educados con los adultos. No en vano, yo mismo llamaba «señor» a mis abuelos. Quizá por eso recuerdo mejor a los criados del jardín y la cocina, que sí eran amables conmigo.

No me acuerdo de los otros visitantes, ni tampoco conservo ningún recuerdo de cómo eran las cenas, porque a los niños no se nos invitaba. Por lo demás, me parece que el texto de PM es, en lo esencial, una pieza de ficción, tanto de forma explícita como implícita. Basta ver por ejemplo cómo cambia los nombres, entre otras cosas. Estoy convencido de que allí no había otros posibles herederos, y mucho menos ninguna muerte que levantara sospechas. Todo esto me parece más bien el germen de un relato de misterio o de una novela policíaca. No hemos de olvidar que su primera novela era precisamente de ese estilo, también con una herencia de por medio.

Volviendo al mundo real, nuestras investigaciones sobre la familia Purcell (no Delaney) indican que, aunque las hermanas estuvieran solteras, sí que había unos herederos directos del anciano. De modo que, por lo visto, el tema de la herencia no llegó a ser nunca un asunto conflictivo de verdad.

Una última reflexión: como sabe, a PM siempre le fascinaron los cuentos de fantasmas y, muy especialmente, los de M. R. James. No me extrañaría nada que el ambiente algo tenebroso de la casa y de quienes la habitaban despertaran en ella ciertas asociaciones.

Un saludo cordial,

LA ESPERA

Había ido a Fonseca para intentar conseguir la herencia, pero ¿también por algo más? ¿Existían otras razones para embarcarse en un viaje tan largo y tan difícil? Tenía treinta y cinco años, estaba embarazada de su tercer hijo, se había casado con un hombre que era un escritor y un editor brillante, pero que había empezado a beber demasiado y con demasiada frecuencia… No era muy distinto de otros hombres, sobre todo de aquellos que habían sufrido tan malas experiencias durante la guerra. Pero su trayectoria se había torcido en exceso. Una y otra vez se proponía beber menos, y una y otra vez volvía a fracasar. ¿Se había marchado ella para averiguar por fin si quería seguir a su lado?

¿Por qué la habían invitado las doñas? ¿Por qué recibían cada noche a medio Fonseca? ¿Por mantener las apariencias y la influencia social que pudieran generarles esas reuniones? El deseo de preservar la dignidad cuando todo empieza a decaer es muy poderoso. Pero ¿desde cuándo duraba aquello? ¿Meses? ¿Años? Nadie parecía saber cuándo se otorgaría la herencia ni cómo se repartiría. Ni siquiera cuál era su cuantía. Aunque debía de tratarse de una cantidad enorme. Las minas de plata del norte llevaban más de un siglo dando muy buenos resultados.

Lo mejor de todo fue que por fin le dieron una silla. Chela le pidió a la señora Tuttle que devolviera la que, al parecer, se había llevado de su habitación antes de que llegaran ellos, y ese mismo día Penelope se dirigió a la calle Juárez, donde compró más papel de cartas, sobres y una caja de cerillas.

Cuando regresó a Mirando, se sentó ante el escritorio. Tenía que escribir a Desmond… En su última carta le había dicho que le preocupaba la falta de un artículo para el número de febrero.

«Contamos con la crónica sobre el resurgimiento de los tapices en el siglo XX —escribía— y con otro poema de Donald Hall. Se trata

de una pieza delicadísima sobre la ruptura con un antiguo amor. Quiero ir a ver el día 6 de enero el *Boris Godunov* de la Ópera Real, y pienso escribir sobre ello para febrero. En principio, debería darme tiempo. ¿Y tú? ¿Has podido ver alguna exposición?»

Comentaba también que Stevie había vuelto al ritmo anterior y tenía entre manos siete novelas para reseñar en el próximo número de marzo. Una de ellas era lo nuevo de Faulkner, *Réquiem por una mujer.* «Aquí te mando la primera frase: "La mente del señor Faulkner es algo así como el expediente clínico de un obseso de la violencia y el sexo. Pero, claro, siendo el artista que es, saca partido de sus propias flaquezas. Se alimenta de ellas sin pudor, las devora con auténtica devoción…". No sigo. Ya te haces una idea. Le gusta su lenguaje, pero no su pensamiento. Lo califica de devastador, y alude al sentimiento de culpa de los blancos y a la conciencia nacional estadounidense. En fin…»

Penelope comenzó su respuesta con una larga descripción de la Zona Centro y de la pequeña librería de la calle Victoria que vendía libros en inglés y cuya propietaria, Jenna, procedía de Ealing y era enormemente cordial y amable con ella. «No tiene la *World Review,* pero voy a convencerla para que la tenga.» Le hablaba también de la Alameda Zaragoza, adonde llevaba a Valpy después de la catequesis. Al niño le encantaba ver las barquitas de pedales en su recorrido por el lago que tenía la forma de México, aunque lo normal era que se mostrara muy influido por lo que le contaban las monjas. «Ayer tocó Mateo 6,25, "No estéis agobiados por vuestra vida pensando qué vais a comer o qué vais a beber, ni por vuestro cuerpo pensando con qué os vais a vestir", y Valpy me preguntó: "Pero entonces ¿por qué tenemos que probar los *elotes*? ¿Por qué vamos a comprarme un *sombrero*?". Le expliqué que estamos generando recuerdos y que por tanto se nos permite que esas pequeñas cosas sí nos importen. Espero que te parezca bien.»

No le contó a Desmond que había discutido con el sacerdote católico, el padre Bedoya.

Todo comenzó de la manera más inocente del mundo. Él le comentó que estaba seguro de que le iba a gustar mucho pasar la Navidad en un país católico, y ella respondió que no creía que fuera

tan distinta. Él dijo que sí. Ella dijo que no. Él insistió en que sí. Y en ese momento Penelope se dio cuenta de que estaban hablando de otra cosa, así que zanjó el asunto diciéndole:

—Siempre he pensado que lo mejor de nuestras dos religiones es el interés que ambas comparten por la caridad.

Ante lo que él apretó los labios sin añadir nada más.

Lo que sí le contó a Desmond, en cambio, fue que la Alameda Zaragoza tenía una longitud de mil quinientos pasos según la creencia popular. No había conversación en la que no saliera ese dato. «Pero los pasos de quién, pregunto yo, y hasta ahora nadie me ha dado ninguna respuesta satisfactoria. El tutor, el señor Flatley, está investigando si el paso ha llegado a ser alguna vez una unidad de medida, pero no albergo muchas esperanzas. Es un hombre que logra quitarle toda la gracia al aprendizaje. El otro día, Valpy dijo que con el señor Flatley «flaquean» las clases. Me sentí muy orgullosa de su ocurrencia. Él también estaba orgulloso.»

Los Hopper se habían instalado de nuevo en la azotea, uno al lado del otro, y aquel día no parecían estar discutiendo. Penelope volvió a su carta y siguió escribiendo, cada vez más deprisa. Le contó a Desmond que los pájaros enmudecían cuando las doñas se dirigían a la iglesia y que Valpy había puesto en marcha un pequeño proyecto de riego con Jesús, el jardinero. Escribió que le resultaba muy extraño haber conocido a un hombre que llevara ese nombre y, más aún, que llamándose así tuviera tan mal genio. En ese instante se detuvo. Sabía muy bien cuál iba a ser la reacción de Desmond ante todo aquello. Ya se lo había preguntado en su primera carta, cuando lo único que le había contado era cómo traqueteaban las ventanas de Chela: «¿Todo eso es real?».

A lo que a ella le habría encantado responder: «No tengo la menor idea. Estoy tan desconcertada como tú». Había perdido la cuenta de las veces en que, desde su llegada, se había dicho a sí misma: «Esto no puede ser real. Me he metido en un cuento».

Le dijo que se planteaba escribir algo para la revista. Quería ver los murales de Rivera y Siqueiros si conseguía llegar a Ciudad de México, aunque no tenía ni idea de cómo organizar el viaje. Por último, mencionaba que había aparecido un hombre que se

apellidaba Delaney. «Si esto fuera un cuento de hadas —escribió—, costaría imaginarse un heredero más perfecto. Es inteligente, encantador y guapo. Canta y toca el piano (la otra noche, nada menos que *La Campanella* de Liszt), y aunque no le he visto bailar, seguro que lo hace estupendamente. Sabe contar historias, parece tener sentido del humor y es capaz de mantener la calma cuando ya están todos borrachos. A veces él y yo somos los únicos sobrios en el salón. Si lo que dice es cierto, y de verdad es familia de las doñas, creo que Valpy y yo deberíamos ir haciendo las maletas.»

Dibujó un pequeño jarrón lleno de caléndulas al pie de la página, metió la carta en un sobre y lo cerró. En la esquina de la mesa seguía su cuaderno, en blanco salvo por la lista de pretendientes que había empezado a elaborar. Había ido posponiendo cualquier tipo de escritura hasta que todo en Fonseca se aclarase un poco, igual que había estado esperando a que Desmond volviera de la guerra, a que nacieran sus hijos, a disponer de más espacio en la casa, a tener más dinero, a terminar un artículo para apuntalar la revista… En Fonseca, aquel día, en la habitación situada en la parta más elevada de Mirando, decidió dejar de esperar. Le dio la vuelta al cuaderno, haciendo que el final pasara a ser la portada, lo abrió y empezó algo nuevo.

EL MUSEO DE LOS PÁJAROS

El señor Garza llevaba unas semanas sin sentirse del todo bien y no se había acercado a Mirando a la hora de las visitas, pero les envió un mensaje a través de Chela en el que les hacía saber que los visitantes ingleses serían muy bienvenidos si deseaban conocer su museo de aves. Todavía no podía decirse que fuera un museo propiamente dicho, se disculpó. Más bien se trataba de una colección que había ido haciendo en su propia casa. Pero le gustaba exponer lo que ya tenía. Vivía a las afueras de Fonseca, y como Jesús no podía llevarlos en coche porque estaba ocupado, Penelope le preguntó a Jo Hopper si podía acercarlos y, de paso, así veía también ella el museo. El señor Garza se mostró encantado, aunque Edward no tanto. ¿Y si tengo que ir a algún sitio? preguntó. Ve en bicicleta, respondió Jo. Habían alquilado una para él, pero no la utilizaba nunca. Hay demasiadas obras, decía. No es cierto, respondía Jo. Lo que te pasa es que estás viejo y cansado.

Cuando llegó el día, Valpy le contó que los exploradores estaban construyendo unos barcos para navegar por el lago que tenía la forma de México.

—No disponemos de velas ni de madera ni de herramientas ni de clavos, pero el capitán Reynoso nos ha dicho que nos va a ayudar con el diseño.

De modo que Penelope le dijo que se fuera con ellos, y ya le contaría más tarde cómo era el museo de aves.

El camino hasta la hacienda del señor Garza, la Quinta María de los Desamparados, era de unos treinta kilómetros pedregosos y monótonos, sin un solo aliciente. El señor Flatley le había asegurado que le traería a la memoria la Tierra Santa, pero, como Penelope no había estado allí jamás, le dijo que no se la traería. Bajaron las ventanillas y notó que el aire les llegaba seco y perfumado, con un aroma que no supo identificar, aunque le recordó a la Navidad. Por

momentos, la distancia que se veía entre los arbustos de las laderas resultaba tan uniforme, tan regular, que le hizo pensar en un estampado de lunares. Todos los transeúntes que se encontraron por el camino dejaban de caminar para mirar el Buick de Jo, como si no hubiese pasado ningún coche por allí desde hacía días, y los pocos vehículos con los que se cruzaron tocaron el claxon, a lo que Jo respondió encantada. Le gustaba mucho conducir, pero cuando estaba con Edward, él siempre se ponía al volante.

A unos kilómetros del pueblo, vieron el letrero de una escuela en el que podía leerse el siguiente lema: «Moldeamos futuros».

—En fin… —dijo Jo—. No sé si me gusta mucho esa frase.

Jo tenía la edad que habría tenido la madre de Penelope. Condujeron un buen trecho en un silencio afectuoso y agradable.

—Edward ha vuelto a los óleos —dijo Jo al cabo de un rato.

—¿Y qué pasa con San Esteban? —preguntó Penelope.

—Lo ha dejado por el momento, y no me importaría en absoluto si no fuera porque había empezado yo a hacer progresos con mi propio San Esteban, también al óleo.

—¿Y?

—Es solo una manía suya. No quiere que trabaje con el mismo material que esté utilizando él. Pero está bien. No pasa nada. Buscaré las acuarelas y haré otra cosa. —Jo no parecía especialmente molesta, aunque unos minutos después añadió—: Me alegro de que me hayas propuesto esta excursión. Necesitaba animarme un poco. Edward dice que todos mis cuadros nacen muertos.

—¿En serio?

—Bueno, ha hecho una caricatura de uno de mis lienzos metido en un pequeño ataúd. Es su manera de decirlo.

Penelope se quedó horrorizada.

—Sí, a veces dibuja lo que sabe que no debe decir. Pero no te preocupes, no le des la menor importancia. A él no le gusta que enseñe mis cuadros, pero me preguntaba si querrías pasarte y venir a verlos.

Penelope dijo que sí, y Jo añadió que Edward había empezado a hablar de marcharse de Fonseca pronto, antes de lo previsto.

—Siempre está diciendo que un clima más cálido le iría bien, que le ayudaría a mejorar… Lo cierto es que no soporta este sitio.

—Es un realista instalado en un lugar mágico —dijo Penelope.

—¿Sí? ¿Crees que este sitio es mágico?

Ella señaló la bandada de estorninos que las había estado siguiendo todo el camino. Planeaban, daban vueltas, caían en picado y remontaban el vuelo por encima de ellas. Una y otra vez, desde que salieron de Mirando.

—Puede que tengas razón —admitió Jo.

Penelope le dio a Jo más detalles acerca de las circunstancias que la habían llevado a Fonseca. También de cómo eran las doñas, el asunto de la herencia y, por último, la llegada del Delaney y su supuesta reclamación.

—Madre mía. Qué misterio —dijo Jo—. Tienes que escribir un relato sobre todo esto.

En las últimas páginas de su cuaderno, Penelope había ido anotando unos cuantos títulos provisionales: *Decadencia, En el mar, Desvío, Más dinero,* pero no iba a decírselos. De momento, no quería compartirlos con nadie.

—¿Le crees? —preguntó Jo—. Al Delaney. ¿Podría estar diciendo la verdad?

—No tengo ni idea.

—¿Se te da bien juzgar a las personas?

Penelope no se lo había planteado nunca, ni en un sentido ni en otro. Sabía, eso sí, que su querido tío Wilfred no había juzgado a nadie en toda su vida, lo que parecía casi una proeza. Jo giró el Buick hacia la entrada de la hacienda del señor Garza, y allí estaban la señora Slater y la señora Clancy, esperando justo delante de la casa. Penelope notó cómo se disipaba de golpe toda la placidez de la jornada.

—¿Cómo han llegado hasta aquí? —les preguntó Jo.

No había ningún otro coche.

—¡Hola! —saludaron las dos mujeres mientras Penelope y Jo avanzaban por el sendero, flanqueado de jazmines.

—¿No es una preciosidad? —les preguntó Violet, llevándose los dedos a los botones del escote de su impecable vestido verde—. Me

alegro tanto de que el señor Azuela nos haya podido dejar aquí de camino a la mina…

—Pero ¿cómo van a volver? —preguntó Penelope.

Violet sonrió.

—Bueno, ya sabíamos que venían ustedes.

Jo se apresuró a decir que, por supuesto, estaría encantada de llevarlas en su coche.

—¿Les interesan los pájaros? —preguntó Penelope.

Antes de que ninguna de los dos pudiera contestar, salió a recibirlas el señor Garza muy cordialmente. Se encontraba mucho mejor y estaba encantado con su visita. Por el momento, el Museo de las Aves ocupaba su sala de estar y albergaba una docena de dioramas. Les pidió que, nada más cruzar la puerta, se girasen a la derecha, porque se trataba de una exposición con un recorrido de una sola dirección, y que siguieran avanzando por la sala en el sentido contrario a las agujas del reloj. Los dioramas les resultaron impresionantes, de una calidad mucho mayor de lo que Penelope esperaba, teniendo en cuenta el tamaño y la modestia del espacio. Los especímenes iban desde las habituales tórtolas, los estorninos y los gansos canadienses hasta ejemplares menos comunes como el tordo cabeza amarilla, el aguilucho norteño y el pato mexicano. Había además unas notas que detallaban cuáles eran los comportamientos típicos de cada uno, incluidos los hábitos de anidación, los rituales de apareamiento, las funciones del pico, las aptitudes distintivas de cada especie y algunas otras consideraciones generales sobre su evolución.

—Me temo que por el momento la colección se centra sobre todo en las aves del norte —les dijo el señor Garza.

Esperaba que algún día el museo pudiera ampliarse a todas las aves de México, las del norte y las del sur, las del este y las del oeste, las de la costa y las de la sierra.

—Aquí está mi espécimen más raro.

Se trataba de un pato silbón vientre negro al que le faltaba un ojo.

Le gustaba pensar que, en el futuro, los visitantes recorrerían el museo siguiendo un sentido único, porque a él le gustaba el orden y

creía que producía un efecto calmante en la gente. El recorrido concluiría en una puerta final por la que saldrían a un hermoso jardín secreto lleno de aves rapaces, mariposas y tortugas acuáticas que vivirían en un estanque. Además, a la entrada del museo habría una estatua gigante del ave nacional de México, el águila real, que les daría la bienvenida a los visitantes. Un amigo suyo ya estaba preparando el diseño.

La señora Clancy parecía confusa:

—¿Aves rapaces vivas? ¿No se comerán a las tortugas?

—Por supuesto que no. Tienen el caparazón demasiado duro. En la naturaleza, libres, las aves atrapan a las tortugas con las garras, se alzan muy alto y las dejan caer sobre las rocas para romperles el caparazón… Pero mis rapaces van a estar bien amarradas a sus perchas, así que no podrán emplear esa técnica.

Penelope se preguntó cuántas veces podría llegar a intentarlo un ave atada.

Violet volvió a la tórtola. El trabajo de taxidermia era muy bueno. Las plumas estaban lustrosas; los ojos, brillantes. El ave parecía alerta, casi perpleja, en su pequeño diorama de hierbas y matorrales bajos.

—Pensaba que tenían los ojos azules.

—Un error muy común. Desde lejos y en movimiento es fácil creer que es así. En realidad, se trata de un anillo de piel azul que rodea el ojo castaño. Los machos y las hembras de la especie son muy parecidos, aunque la hembra es ligeramente más pequeña y más ligera —añadió sin necesidad, ya que aquella era la única característica que todo el mundo sabía sobre las aves.

Nadie tenía más preguntas, de modo que el señor Garza las condujo hacia el jardín trasero y se lo mostró tal y como se encontraba en ese momento. No había ningún estanque, pero sí dalias, que eran perennes en aquel clima, geranios rosados trepadores y la clásica plumeria amarilla, que florecía nueve meses al año y cuyo perfume era más intenso de noche. Había unos cuantos cactus órgano extraordinarios, una mimosa de floración invernal con hojas plateadas y una impresionante profusión de esponjosas flores amarillas. Penelope se preguntó si el auténtico

talento del señor Garza no estaría en la jardinería y si, por tanto, no debería haberse dedicado a ella por entero. Había dispuesto unas sillas de mimbre blanco alrededor de una mesa con refrescos. Allí tenían a su disposición una bandeja con tequila, lima, sal y varias cervezas Moctezuma. Se acomodaron y, como no disponían de servicio, el señor Garza les sirvió él mismo, algo difícil de hacer desde el fondo de su silla, que tenía el asiento muy hundido. Pero se las arregló.

Jo rompió el incómodo silencio:

—No sabía que se pudiera enseñar a hablar a un estornino —dijo.

En el museo, el diorama del estornino indicaba que era posible hacer algo así. El pájaro representado aparecía con su plumaje invernal, moteado de blanco.

—Son grandes imitadores de voces —explicó el señor Garza—. No siempre son bien recibidos en Fonseca, debido a su abundancia y a su carácter algo agresivo, pero simbolizan la unidad: el grupo es más fuerte cuando se mantiene cohesionado. La mía tenía un vocabulario de más de cien palabras.

—¿Es…? —empezó Jo.

—En efecto. La que está en el diorama es mi Gemma.

Violet echó un vistazo al jardín. Se había sentado en el mismo borde de la silla de mimbre, que debía de parecerle barata y muy modesta.

—Qué encantador —dijo—. ¿Y cuánto tiempo lleva usted… coleccionando?

El señor Garza alzó la vista al cielo.

—Pues ya va para trece años. Desde 1940. Sé lo que está pensando: que eso equivale a una pieza por año. La ornitología es una disciplina muy exigente, y yo me voy haciendo mayor.

—No es eso lo que estaba pensando —dijo Violet.

—¿Y no podría contratar a otro ornitólogo? —le preguntó Penelope.

—Lo he considerado, sí, pero tengo una familia enorme y, cada vez que logro ahorrar un poco, hay alguien que lo necesita más. No sirvo para retener el dinero.

—Eso es algo que ocurre muy a menudo en Fonseca —dijo la señora Clancy.

Violet asintió:

—Hace poco, mi chófer ganó un dinero extra con la venta de flores para el Día de Muertos. ¿Y creen que lo ingresó en el banco? No. Pagó a un tío y a un primo para que le afeitasen y le limpiasen los zapatos… Así no llegará muy lejos con su museo, señor Garza.

—No albergo la menor duda al respecto —dijo el señor Garza—. Pero la Providencia obra cuando menos se lo espera uno. Nunca se sabe.

La conversación decayó un instante y el señor Garza entró en la casa para buscar más refrescos, momento en que la señora Slater se volvió hacia Penelope.

—¿Cómo se encuentra?

Todo el mundo parecía haberse enterado ya de la noticia de su embarazo.

—Muy bien —respondió ella.

—¿Y dónde está Valpy? —preguntó la señora Clancy.

—Los exploradores están trabajando con el señor Reynoso en los diseños de unos barcos.

—Ah, sí… —dijo Violet—. El pequeño Valpy. Lleva tanto tiempo alejado de su casa… Debe de echar de menos a su padre. ¿Y tengo entendido que también tiene usted una hija pequeña?

—Así es —dijo Penelope.

Violet asintió con gravedad:

—Cielo santo…

En el trayecto de regreso a Fonseca, el Buick de Jo fue avanzando a trompicones por la carretera seca. El aire seguía siendo cálido, y el ánimo se presentaba apacible después de que Violet y Rose se hubieran tomado una segunda ronda del tequila del señor Garza. La bandada de estorninos parecía haber crecido en número, pero a Penelope le recordaban a Gemma, inmóvil en su percha. Volvieron a pasar ante al cartel del colegio: «Moldeamos futuros». Rose, que iba medio adormilada, reaccionó:

—Sí —dijo—. Eso es. Bien dicho.

—He oído hablar muy bien de ese colegio —murmuró Violet.

—Lo curioso —intervino Jo, que no tenía hijos pero era la mayor de las cuatro— es que un molde sirve para reproducir una forma que ya existe. Pero el futuro no existe todavía. Así que, en realidad, no tiene mucho sentido, ¿no?

—Estoy segura de que no estaban pensando en la acepción puramente artística del término —replicó Violet.

Y no volvió a abrir la boca en todo el camino de regreso.

CHELA

—¿Hiciste muchos amigos en el autobús? —preguntaba Chela. Había subido a Valpy a su taburete y lo tenía moliendo clavo, anís y canela.

—Había un chico que tenía unas canicas —dijo él—. Me preguntó que si quería jugar.

—¿En el autobús? ¿Y cómo os las arreglasteis?

—Tuvimos un problema mecánico y tardaron horas en arreglarlo, así que pudimos jugar en la parada de descanso. Pero tuvimos que quedarnos fuera porque dentro las salas de espera estaban separadas.[6] Las canicas no rodaban muy bien por el aparcamiento, pero el chico tenía también un juego de viaje y, cuando volvimos al autobús, jugamos a las damas.

—¿Pero dónde os sentasteis?

—En medio del autobús.

—¿Y no hubo ningún problema?

—Hasta San Antonio. —Valpy empezó a rascarse la palma de la mano derecha.

—¿Te pica?

—Sí.

—Palma izquierda, cuidado con la cartera —recitó Chela—. Palma derecha, dinero que llega.

Él se miró atentamente las palmas de las dos manos.

—No tengo cartera. Y es claramente la derecha.

—Pues buena señal. ¿Qué pasó en San Antonio?

Valpy negó con la cabeza.

—Mejor sigamos con el español.

—Bueno. «Cat».

—*El gato.* Eso es facilísimo.

—Vale. Empezamos otra vez.

—Sí, por favor.

—Estupendo. ¿Cómo se dice eso en español?
—¿Empezamos otra vez? No lo sé.
—Un nuevo comienzo.

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

¡*Viva Zapata!,* la gran película de Hollywood protagonizada por Marlon Brando, se estrenó aquel diciembre en el cine El Palacio, situado en la calle Victoria. En Fonseca había una expectación enorme porque, pese a que se había rodado en California, se decía que la película captaba a la perfección la esencia del lugar.

—¿Y cómo lo han hecho? —preguntó Valpy, que, tras haber pasado dos semanas patrullando con los exploradores, ya apreciaba de verdad el paisaje local.

—El director se documentó a fondo con fotografías de la época —le respondió el señor Flatley.

Era el tercer domingo de Adviento y, como Chela se había tomado el día libre para preparar bien las próximas *posadas,* salieron en grupo de Mirando y se dirigieron al Hotel Arizpe a media tarde, con la idea de tomar algo antes de ir a ver la película. Temiendo que el Delaney se sentara a su lado en la oscuridad del cine, Penelope se puso un poco de L'Heure Bleue. Si con aquel regalo Desmond había querido evocar el instante del atardecer en el que comienzan a asomar las estrellas en el cielo, lo cierto es que su intento no había surtido efecto. Pero, si lo que pretendía era recordarle la vida que llevaba en Chestnut Lodge y todo lo que allí la aguardaba, entonces sí, ese perfume poseía un poder propio y Penelope se aferraba a él.

Los Hopper se reunieron con ellos en el restaurante.

—Edward ya la ha visto —dijo Jo—. Dos veces, creo. ¿Es así, Ed?

Edward carraspeó y torció el gesto con desagrado.

—¿Le ha gustado? —preguntó Penelope.

—Hay varias cosas muy absurdas.

—Ponnos algún ejemplo —dijo Jo.

—Bueno, para empezar, en su noche de bodas, Zapata le suplica a su mujer que le enseñe a leer.

—Seguro que ella estaba encantada —dijo Jo.

—Es un error presentar a Zapata como un analfabeto —intervino el señor Flatley—. Procedía de una familia acomodada. Eran terratenientes, de modo que tuvo que recibir una buena educación. Me temo que el señor Steinbeck es inexacto en ese punto.

De repente estalló un trueno y la luz del restaurante se ensombreció.

—Debe de ser estupendo tener una esposa artista —le dijo el Delaney a Edward.

—¿Artista? —sonrió Edward—. Tiene cierto talento, sí. Pero poca cosa. Lo que de verdad sería estupendo es que supiera cocinar.

—Es cierto —dijo Jo—. No sé, y no me importa. No me gusta nada cocinar.

—A mí tampoco me gusta —intervino Penelope—. Lo único que sé hacer es pasta, y a veces pongo latas de judías para cenar.

Edward puso los ojos en blanco.

—¡Perfecto! ¡Muchas gracias! Seguro que ese va a ser el próximo manjar con el que me sorprenda Jo.

Cuando salieron del hotel, la brisa que había soplado hasta entonces cobró fuerza y se transformó en un viento que comenzó a zarandear los geranios trepadores de las farolas. Por el aire perfumado de limón se deslizaban los acordes de los ensayos del coro de San Esteban, unos sonidos celestiales que armonizaban a la perfección con las altísimas nubes rosadas del atardecer. Se les unió entonces el señor Azuela, y luego la señora Clancy y la señora Slater. Al pasar junto a Mirando, todos pudieron ver cómo la puerta principal se abría y, para su sorpresa, salían las doñas, que llevaban puestos todavía los velos negros de misa. Las dos avanzaron tomadas del brazo hasta El Palacio, arropadas por el extraño silencio de los pájaros.

El cine estaba abarrotado. Cuando las doñas estuvieron ya sentadas, muy juntas, con sus cabecitas veladas alzadas hacia la pantalla, se dispersó el resto del grupo. Penelope advirtió la presencia del Delaney, que esperaba cerca de ella. Condujo a Valpy hacia una fila en la que quedaban tres asientos libres, y el Delaney ocupó el que estaba a su lado. Se miraron mientras las luces empezaban a atenuarse.

—¿Llevas perfume? —preguntó él.

—Sí —respondió ella.

Las doñas no habían salido de Mirando desde hacía más tiempo del que nadie podía recordar para nada que no fuera ir a la iglesia, y aquella experiencia pareció revitalizarlas. Más tarde, de vuelta en la casa, encantadas al descubrir que Chela había regresado para hornear algo que olía de maravilla, le pidieron unos margaritas con champán y el *tres leches* cuyo aroma les llegaba del horno.

—Es para el martes, doñas —dijo Chela—. Para nuestra noche de las *posadas.*

—Puedes hacer otro. Esta noche celebramos *¡Viva Zapata!*

—¿En serio? —bufó Chela, y se fue a la cocina.

El señor Tuttle dijo que la escenografía le había parecido convincente.

—¿De verdad? —preguntó doña Elena volviéndose hacia él y frunciendo el ceño—. Se notaba que no era México.

—A mí me ha gustado el hermano —dijo Penelope—. Creo que debería haber interpretado él a Zapata.

—Anthony Quinn es de ascendencia irlandesa y mexicana —dijo doña Anita con orgullo.

—Pero la gran estrella es Marlon Brando —repuso doña Elena.

—Por muy estrella que sea, esos párpados pegados con cinta adhesiva le quedaban ridículos —intervino el Delaney.

—No entiendo por qué han tenido que incluir todas esas frases sobre las maravillas de Estados Unidos —dijo doña Anita—. Los estadounidenses intervinieron una y otra vez, y fueron cambiando de bando cuando les convenía.

Doña Elena la miró fijamente.

—No imaginaba que te fuera a afectar tanto.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Anita—. Los Niños Héroes me parten el alma.

El señor Flatley aprovechó la ocasión para explicar:

—Ah, sí. Esos jóvenes cadetes que defendieron el castillo de Chapultepec en Ciudad de México durante la guerra. Cuando la derrota era ya inevitable, se envolvieron en una bandera mexicana y se arrojaron al vacío. Prefirieron una muerte segura antes que ser

capturados por los invasores yanquis.

—¿Es eso cierto? —preguntó Valpy.

—Se enseña en todas las escuelas. Los niños mexicanos aprenden desde pequeños que es mejor morir con honor a tener que soportar humillaciones por parte de sus vecinos del norte.

—Señor Delaney —dijo Elena, cambiando de tema—, quería preguntarle algo. Es curioso, pero he escrito a unos amigos de Nueva York y ninguno de ellos guarda ningún recuerdo preciso de usted ni de la empresa de su familia.

—Espero que al menos guarden algún recuerdo impreciso —respondió el Delaney con su encanto habitual.

—No —dijo Elena.

El señor Azuela se adelantó.

—¿No le estará esperando su familia en casa?

El Delaney sonrió y se volvió hacia las doñas.

—Ustedes son mi familia —dijo con toda cortesía.

—Si hace un mes ni siquiera le conocíamos —respondió Elena.

En ese momento, Anita agitó las manos para disipar cualquier tipo de tensión.

—¡Qué más da! Ahora está aquí y estamos todos encantados.

Ya fuera por el reciente aire fresco o por la alegría que le generaba el tercer domingo de Adviento, lo cierto era que Elena se encontraba de un humor inusualmente animado y, después de haberse encarado con el Delaney, decidió no buscar más presas. Le pidió a Chela que encendiera las luces de la entrada y que hiciera pasar al salón a cualquier visitante, incluso a los mariachis.

—*¡Salud, salud, salud!* —vociferó Jasper.

El Delaney se llevó una mano al pecho.

—Gracias, doñas. Me siento profundamente agradecido por su hospitalidad. Han de saber que casi todos los miembros de mi familia viven en Nueva Jersey.

—¿En Nueva Jersey?

Chela regresó con el *tres leches* y les recordó a las doñas con su tono más sombrío que las *posadas* empezaban al cabo de dos días. Aun así, sacó una bandeja con galletas de mantequilla irlandesas y una enorme *capirotada.* Nadie tuvo el valor de preguntarle a Chela

por qué había preparado un postre de Cuaresma en pleno diciembre. Todos se consideraron afortunados simplemente por poder probarlo.

Era la primera vez que los Hopper ponían un pie en Mirando, y Edward dejó a Jo sola en un sofá para contemplar los cuadros de la sala. Penelope estaba a punto de acercarse a ella cuando de repente apareció la señora Slater.

—Señora Fitzgerald, qué alegría verla de nuevo. ¿Cómo se encuentra?

Penelope se llevó una mano al vientre.

—Estoy muy bien. Ya le he comentado que me encuentro muy bien. De verdad.

—Cuánto me alegro… —Violet bebió un poco de su copa con toda la intención del mundo—. Aunque siento mucho lo de su marido. El mío también estuvo a punto de torcerse, ¿sabe? Durante un tiempo se empeñó en ir por el mal camino.

Ella repasó mentalmente todos los encuentros que había tenido con Violet en Fonseca sin lograr entender cómo podía haberse enterado.

—Sé que es duro —añadió Violet, dando otro sorbo—. Debe de estar muy preocupada por Valpy.

Ya estaba acostumbrada a la crueldad de la que eran capaces las otras madres. En una ocasión, una vecina de Hampstead (no se trataba de Mathilda, aunque Penelope sospechaba que también ella albergaba sus dudas) llamó a la puerta de su casa porque le parecía que Tina llevaba demasiado tiempo en el cochecito, en el jardín de atrás. «Si la va a dejar ahí fuera —le dijo—, al menos échele por encima una manta en condiciones.» La vecina se había llevado su propia manta y la sostenía ante sus ojos para mostrársela. Puede que su madre hubiera sabido cómo lidiar con esas mujeres que parecían estar siempre a la caza de las debilidades ajenas, pero Penelope no sabía hacerlo. De todas las razones por las que lamentaba tener que abrirse paso ella sola y afrontar la maternidad sin la compañía de su madre, esa era la que más le dolía.

Violet decidió que podía ir incluso un poco más lejos:

—¡Parece sorprendida! Milo me contó que Valpy había preguntado por el significado de la palabra *borracho* —se echó a reír

—. A los exploradores les gusta ayudar a Valpy a que aprenda español.

—¡Eso no es cierto! —exclamó entonces Penelope—. ¡Esa palabra se la enseñó Chela!

Violet abrió enormemente los ojos y alzó las cejas, mientras ella se recomponía y echaba un vistazo al salón. Al menos la mitad de los presentes había bebido de más.

—Valpy es muy observador. Se da cuenta de todo lo que ocurre en estas veladas. Y suele ayudar a Chela mientras prepara los ingredientes en la cocina.

—Claro, claro. Lo entiendo. Es solo que él dijo que su padre… Bueno, da lo mismo. Estoy segura de que no sabía lo que decía. ¿Qué opinión le merecen a usted los exploradores? —preguntó Violet.

—Son maravillosos. ¿Por qué? Me encanta lo que hacen.

—No me diga que has venido hasta aquí para que su hijo ande correteando por ahí con los hijos de unos jornaleros mexicanos.

—Han sido unos amigos estupendos para Valpy. Todos ellos —dijo Penelope.

—Bueno, por supuesto. Todos están al tanto de los motivos por los que ha venido Valpy, y es muy evidente por qué quieren ser amigos suyos. La mayoría de los exploradores mexicanos van al San Ignacio de la calle Juan Aldama —se detuvo un instante, esperando alguna reacción por parte de Penelope, pero, como ella no dijo nada, Violet añadió—: No al San Ignacio de la calle Abbott.

—Va a tener que aclararme la diferencia —dijo Penelope.

Violet susurró:

—El de Juan Aldama es católico. Todo muy pobre… En fin, Milo puede estar con los exploradores ahora que aún es pequeño, pero ya sabe… —Hizo un gesto que dejaba bien claro que, en su opinión, su Milo daría muy pronto un paso hacia algo mucho mejor.

Años más tarde, Penelope sabría cómo llamar a la gente que era como Violet Slater, pero allí mismo, en ese momento, en el salón de Mirando, la única palabra que se le ocurrió fue «monstruo».

Por fin consiguió llegar hasta Jo, que seguía sola en el sofá. Penelope le preguntó por Edward.

—Por lo visto, las doñas le han permitido que deambule por la casa. Aunque me ha dicho que solo ve retratos lúgubres y paisajes insulsos, y que no entiende cómo se puede vivir aquí, con semejante ambiente.

Penelope estaba a punto de decirle que en la segunda planta había una marina que a ella le parecía que tenía cierto mérito cuando Jo sacó de su bolso el programa del cine y le enseñó el reverso. Edward había dibujado a dos individuos que eran claramente él mismo y Jo, sentados a una mesa muy elegante en la que compartían una gran lata de judías, y Jo (únicamente Jo) aparecía inclinada hacia un lado por culpa de las flatulencias.

—Lo hizo durante la película. Por lo general, va dejando estos dibujos por ahí para que yo me los encuentre, pero este me lo dio directamente en la mano.

—Ay, lo siento. No debería haber dicho nada.

Jo lo metió en su bolso.

—Tiene gracia.

—¿Los guarda?

Jo se sintió avergonzada, o quizá es que había hablado más de lo que pretendía. Como un animal que quisiera borrar sus huellas, arremetió contra ella:

—¡Claro que los guardo! Son muy buenos. Tú también lo harías.

—Por supuesto —respondió Penelope de inmediato. Aunque no podía ni imaginar que Desmond llegara a decirle jamás nada tan cruel como lo que Edward representaba en aquellos bocetos.

Alzó la vista entonces y captó la mirada del Delaney, que se encontraba en el otro extremo del salón. Estaba charlando con el señor Flatley y parecía incómodo, pero, cuando sus miradas se cruzaron, el Delaney levantó su copa, y ella sonrió e hizo lo mismo.

—¿Le sigue pareciendo buena idea que vaya a ver sus obras? —le preguntó a Jo, que tenía una sonrisa extraña: un lado de la boca subía y el otro bajaba, de modo que resultaba dulce y resignada al mismo tiempo.

—Me encantaría —respondió.

La fiesta continuó hasta la medianoche, cuando doña Elena se levantó del sillón para poner una de sus piezas musicales favoritas,

la *cantilena* de las *Bachianas Brasileiras n.º 5,* de Villa-Lobos. Como era tan bonita y tan inquietante, y como ella empezó a ponerla una y otra vez, la fiesta se fue desinflando de manera gradual. Elena se quedó de pie, balanceándose al ritmo de la música, con una mano cerrada sobre el pecho y la otra aferrada a su copa. Desde el instante en que Bidu Sayão alcanzó la última nota, aquel la agudo y sostenido, y mientras la mantuvo en lo que parecía un tiempo imposible, Elena se quedó inmóvil. Y así siguió hasta que la pieza terminó, momento en que volvió a colocar la aguja para que empezara otra vez. Tenía el gesto sereno y la mirada perdida. Doña Anita, por su parte, no se movía ni medio centímetro; de hecho, si se la examinaba más de cerca y con atención, podía verse que estaba dormida. Cuando doña Elena puso la *cantilena* por cuarta vez, se marchó la mitad de los invitados. A la sexta, se despidieron el señor Flatley y los Tuttles. A la séptima, empezaron a recoger Chela y el señor Azuela, que estaba bastante *borracho,* con su traje azul brillante.

La música siguió sonando una y otra vez y, según se comentó más tarde, podía oírse por todo Fonseca, hasta llegar al Santo Cristo del Ojo de Agua. Después de Villa-Lobos, la doña puso a Verdi, a Puccini, algo de Mozart (solo los andantes y los *adagios*), para volver finalmente a la *cantilena* y a su preciosa nota final, tan deslumbrante. En el aire flotaba un aroma a cigarrillos, aunque era bien sabido que las doñas llevaban años sin fumar.

A la mañana siguiente, aún desde la cama, Elena ordenó que le dieran una nueva capa de sellado a los suelos de baldosas. Según Chela, semejante orden obedecía a que, cuando la resaca era especialmente fuerte, Elena encontraba cierto consuelo en darles más trabajo a los demás.

Las baldosas de Fonseca tenían la particularidad de que estaban sin esmaltar ni pintar, pero había que sellarlas cada cierto tiempo para evitar que se estropearan por efecto del agua. Las opiniones variaban, pero la mayoría coincidía en afirmar que el sellado no duraba más de quince años y que la planta baja de Mirando no se había vuelto a sellar desde 1920, en plena revolución.

Jesús empezó a comprobar cada una de las baldosas echándoles

agua por encima. Si absorbían el agua en lugar de mantenerla en la superficie, él marcaba el punto concreto con una cinta azul. Valpy estaba encantado de poder ayudar. Le hacía ilusión todo aquel trabajo. Hacia el mediodía, el suelo estaba tan cubierto de cruces azules que parecía un cementerio.

PINTAR

Mientras el salón de Mirando iba llenándose de cruces azules, Penelope se fue a la Casa Guajardo a visitar a Jo. Edward no estaba.

—Por fin se ha ido a dar un paseo en bici —dijo Jo—. Espero que no se estrelle. Hace siglos que no sale.

En un caballete situado en mitad de la habitación había otra vista de San Esteban, más o menos del mismo tamaño que la de Edward, pero al óleo. La cúpula de la iglesia resultaba más prominente que la de la acuarela de Edward y menos cruda, con unos colores más suaves, más integrados en el paisaje que la rodeaba. Penelope supo de inmediato que estaba ante un cuadro muy bueno.

—Me gusta más este —dijo Penelope.

—¡Pero si todavía no lo has visto bien! —contestó Jo.

—Se percibe enseguida. —Aun así, se acercó un poco más y lo examinó en silencio durante unos minutos—. Es muy bueno. Hay bondad en él… Y una comprensión profunda de lo que es Fonseca.

Jo se sintió halagada, pero también algo avergonzada, y se puso a preparar el té. Luego invitó a Penelope a que se sentara y le mostró más piezas, sobre todo estudios. Una silla, una cornisa, una palmera metida en una maceta… A Penelope le gustaron todos.

—Sé que tú también dibujas —le dijo Jo—. ¿Quiénes son tus artistas favoritos?

Penelope le dijo que su cuadro preferido era *El tránsito de la Virgen,* de Mantegna. Tuvo ocasión de verlo dos veces en el mismo año gracias a que estuvo expuesto en Londres, procedente del Prado. También le dijo que le encantaba *El aguador de Sevilla,* de Velázquez, que estaba en Apsley House, y que llevaba allí a los niños siempre que podía.

—Les muestro al hombre que se mantiene en la sombra, entre el joven y el viejo, y les digo que ese de ahí es su padre.

Jo se echó a reír, con una carcajada que resultaba contagiosa.

—También es muy difícil convivir con Ed. Antes me afectaba mucho, pero llegó un momento en que decidí que no podía seguir así. Pero háblame de tu marido, de… ¿Cómo es posible? Ni siquiera sé cómo se llama.

—Me casé con un soldado irlandés. Desmond.

—¿Cuántos años tenías?

—Veintiséis. Fue hace diez años.

—Así que tuviste algo de tiempo antes de que llegaran los niños.

Penelope asintió, y luego dijo:

—Bueno… Estuvo la guerra.

—Yo quería tener hijos —dijo Jo—, pero ya era demasiado tarde. Además, no creo que Eddie hubiera sido bueno con ellos. —Acercó el té—. ¿Tú crees que el amor consiste en querer las mismas cosas? ¿Dos personas que quieren lo mismo? Es lo que dice Ed.

—¿Porque los dos pintan?

Jo sonrió.

—Porque los dos queremos que él pinte bien. —Volvió a doblar la servilleta en su regazo—. Pero ¿es eso? ¿O es desear de verdad que también el otro tenga éxito?

Penelope no supo qué decir. Desmond sí la apoyaba, pero no quería decirlo en ese momento porque podía herir a Jo.

Jo sonrió.

—Durante mucho tiempo el dinero fue un gran problema. Ahora ya no lo es. Así que puedo sacrificar ciertas cosas a cambio de esta estabilidad. Además, me necesita. Soy yo quien lleva todas las cuentas.

—¿Pero cuánto tiempo está dispuesta a seguir así? —le preguntó Penelope.

—¿Cómo que cuánto tiempo? Llevamos casados veintiocho años. Este asunto lo resolví hace mucho, cuando acepté cómo iba a ser mi vida. —Dio un sorbo a su té—. ¿Y en Mirando cómo van las cosas?

—No lo sé —dijo Penelope—. A veces pienso que doña Elena nos escribió en un arrebato, estando muy bebida. Otras veces pienso que doña Anita está a punto de dejarle la herencia a Valpy. Lo peor llega cuando empiezo a temerme que lo mismo no hay ninguna herencia.

Jo miró el vientre de Penelope.

—Y encima llevas dentro un precioso fardo con más gastos.

—Sí…

—No te preocupes —le dijo Jo—. Aprovecha al máximo este viaje y no tendrás que arrepentirte jamás, pase lo que pase.

Estimada…

He descubierto (¡para sorpresa de todos!) que las ancianas a las que conocí en Saltillo eran, en efecto, un par de solteronas. Al parecer, William Purcell se casó en 1874 con Helen O'Sullivan, que era británica aunque había nacido en Ciudad de México, y él murió sin más descendencia que sus tres hijas solteras. En la residencia neogótica que mandó construir, siguieron viviendo esas hijas Purcell-O'Sullivan, siempre solteras. De modo que no se trata de una historia tan loca (¡ni tan inventada!) como siempre pensamos.

Todo esto me parece fascinante. Así que puede seguir haciéndome más preguntas si así lo desea.

El autobús era de aquellos viejos Super Coach o Silverside. De haber hecho el mismo viaje unos años más tarde, podríamos haber ido en un Highway Traveler o en un Scenic Cruiser, con ventanas panorámicas, amortiguadores neumáticos y, en el caso de este último, aperturas en el techo para ver el cielo, lo que seguramente habría hecho que todo fuera mucho más agradable.

La autopista interestatal 35 baja desde San Antonio hasta Saltillo, cruza por Laredo y continuando por Monterrey. Esa fue la ruta que tomamos. El autobús iba segregado porque aún faltaba una década para la Ley de Derechos Civiles de 1964. No recuerdo que PM lo hablara conmigo ni que me preparara para lo que significaba todo eso, pero es que por entonces yo solo tenía seis años.

Un saludo cordial,

VALPY

UN CUMPLEAÑOS

El jueves 18 de diciembre, Valpy despertó a Penelope con una sorpresa.

—*¡Rollos de canela!* —gritó—. Los he hecho con Chela.

Penelope era sagitario, algo que para ella no tenía la menor importancia. Le habían dicho que el suyo era un signo mutable y que sugería adaptabilidad, flexibilidad. Además, que era una exploradora nata. Bien. Tal vez lo fuera. Lo que sí resultaba absolutamente cierto era que su cumpleaños había sido el día 17 de diciembre y que había decidido no decírselo a nadie.

—Es un detalle precioso, Valpy. Qué sorpresa. ¿Chela está en el pasillo?

—No, hoy es su día libre. Te lo he subido yo solo.

Había envuelto su regalo en un papel de seda morado, aunque el verbo «envolver» implicaba un grado de pulcritud y orden que aquel paquete no tenía. Lo que Valpy le entregaba solemnemente era una bola arrugada de papel morado, sujeta con una cinta azul que ella reconoció enseguida porque era la misma que se había usado para el proyecto de sellado de las baldosas. Lo fue abriendo lentamente, sin terminar de imaginar cómo se las había arreglado para comprarle un regalo. No le había dado nada de dinero para gastar en ese viaje, aunque tampoco creía que el niño le guardara rencor, porque sabía de sobra que ella tampoco tenía casi nada.

Valpy miraba con enorme concentración cómo iba abriendo el regalo, y aunque ella se dio cuenta de que habría deseado que sus dedos se movieran más rápido, no intentó ayudarla, como sí lo habría hecho Tina. Por fin llegó a la última capa y seguía sin tener ni idea de qué podía ser, lo que significaba que estaba a punto de recibir una segunda sorpresa en lo que iba de mañana.

El objeto era redondo y plano, con un peso que no parecía corresponder a su tamaño. ¿Un colgante? Retiró el último trozo de

papel morado y lo que apareció fue una gran moneda de plata, del tamaño de la mitad de la palma de su mano.

—Es un peso Caballito —susurró Valpy.

—Es precioso.

—No existe una moneda más bonita que esta.

—¿Dónde la has encontrado?

—*Caballito,* por si no lo sabías, quiere decir 'caballo pequeño'.

Penelope examinó la moneda con más atención. Una de las caras mostraba el escudo de México, que imponía por su extraordinaria complejidad narrativa. No se trataba solo de un águila, como la del escudo de Estados Unidos, al que se parecía, sino que el águila sujetaba a una serpiente que se retorcía en su pico, y que aun así se mantenía erguida sobre un cactus que brotaba de una roca situada en medio de un lago. ¡Desafío tras desafío! Al otro lado había una mujer montada a caballo con las dos manos en alto. En una llevaba una antorcha y en la otra, una rama. Detrás de ella, el sol coronaba el horizonte y sus rayos se elevaban hacia el cielo, mientras el caballo iba haciendo cabriolas con la cabeza gacha.

—¿Es una rama de laurel o de olivo? —preguntó Penelope.

Valpy, cada vez más frustrado con ella, recuperó la moneda.

—El peso Caballito se hizo para conmemorar la Revolución mexicana y solo se acuñó durante cuatro años. ¿Ves esto de aquí? —Señaló el lado izquierdo del caballo, donde estaba el primer rayo, que era un poco más corto que su equivalente de la derecha—. En 1911 cambiaron el diseño e igualaron los rayos.

Ella no lo entendía.

—Este es un Caballito de 1910, de rayo corto, mamá —dijo despacio, dejando ver por su tono de voz que estaba fascinado.

—¿Dónde lo has encontrado? ¿Estaba en el jardín?

—Sí. —Él le devolvió la moneda.

—¿Y lo sabe Jesús?

—Sí.

—La guardaré con mucho cariño, Valpy. Gracias.

Él la miró fijamente.

—Es una moneda muy poco común, mamá. El señor Flatley me dijo que se encuentra en un estado excelente. Que el brillo, el golpe

de acuñación y el desgaste son de una altísima calidad, dijo.

—Es preciosa, Valps.

—¡No lo entiendes! ¡Vale mucho dinero! ¿Es que no me crees?

—Pero, Valpy, ¿qué te hace pensar que necesitamos el dinero?

—Chela dice que todo el que viene a ver a las doñas lo hace porque necesita dinero.

¿AMOR?

Llegados a este punto, en Fonseca, Valpy había empezado a descifrar ya, al menos en parte, el verdadero trasfondo de aquella aventura. El Delaney se había convertido para ella en una distracción nada menor. Así pues, había llegado el momento de plantearse si era mejor seguir en Mirando o si, por el contrario, convenía abandonarlo todo y reservar cuanto antes un billete de regreso a casa. Su tío Dillwyn siempre decía: «Nada es imposible». El lema del tío Wilfred había sido: «Ponte a ello». Al tío Ronnie le gustaba decir: «Dedícate a lo más difícil». Ella los quería a todos con devoción, pero aquellas máximas imponían un listón altísimo, casi inalcanzable. Todos ellos, al igual que sus abuelos obispos, compartían una misma desafección por la riqueza. Aunque, por supuesto, tanto a los obispos como a los profesores se les daba una casa.

—Le he escrito a Desmond y le he hablado de ti —dijo Penelope.

Paseaba con el Delaney por el lago que tenía la forma de México.

—Me siento halagado.

—No deberías. Le he contado que todo esto se parece demasiado a un cuento de hadas de lo más extraño.

—¿Y qué ha contestado?

—Que yo soy la heroína errante y tú eres el forastero taimado que llega al pueblo.

—Yo no me considero taimado. Encantador, más bien.

—Bueno, no son cualidades opuestas. Puedes ser ambas cosas.

No tenía la menor razón para hacerlo, pero, antes de que pudiera contenerse, alzó la mano y le tocó el pelo. Había algo casi sobrenatural en la manera tan favorecedora con que siempre le caía sobre la frente. Podría haber pasado por un gesto insignificante, sin ninguna importancia, pero, cuando a él se le desvaneció la sonrisa en la cara y la miró directamente, ella volvió a sentir ese eco interior de algo que intentaba no recordar, algo a lo que aún no podía llamar

amor. Aunque desear la atención de alguien era el principio de la atracción. Eso sí que lo recordaba.

Retiró la mano y miró el agua.

—Leí en alguna parte que, si sacan a una tortuga de su territorio natal, se pasa el resto de su vida intentando volver a casa.

—Afortunadamente, no somos tortugas —dijo el Delaney.

El padre de Penelope siempre había querido que todo el mundo fuera feliz, aunque él mismo podía mostrarse bastante sombrío. Cómo le habría gustado consultarle todo aquello a su madre. Quizá ella le habría podido indicar dónde abrir un pequeño hueco, un resquicio, aunque fuera mínimo, para conseguir algo de felicidad. Cómo vivir siguiendo las recomendaciones de sus tíos y, aun así, ser capaz de formar una familia y construir algo propio, abrirse camino hacia algo que fuera verdaderamente suyo. ¿Qué pensaría su madre de la madre en que se había convertido ella? ¿Le diría que lo estaba haciendo bien? Penelope había soñado recientemente que jugaba entre los setos de rosas de Balcombe, y se sentía increíblemente dichosa al oír cómo la llamaba la voz de su madre. Entra, entra, le decía. Tengo que contarte tantas cosas…

A la mañana siguiente llegó una carta del tío Ronnie. Penelope le había escrito para contarle la conversación que había mantenido con el padre Bedoya, al que describió como una criatura cambiante que adoptaba la forma que hiciera falta, un auténtico camaleón del discurso. Si un día se daba cuenta de que las doñas apreciaban el arte, él les hablaba de las vidrieras, de su efecto edificante y de su sueño de poder sustituir algún día las que cerraban la nave de su iglesia, tan anodinas. Si, en cambio, el interés del día giraba en torno a la alfabetización, entonces él confesaba que todas sus esperanzas estaban puestas en la creación de una biblioteca parroquial. Su repertorio era inagotable, y no había afición de las doñas que él no pudiera reconducir hacia las necesidades del San Ignacio de la calle Abbott. «Tendrías que estar tú aquí, en Mirando», le escribió Penelope. «Te iría mejor que a mí.» Su tío Ronnie siempre había sabido cómo encandilar a todos los que se encontraran en una sala haciendo uso únicamente de la magia de su carácter.

En su respuesta, su tío le decía que un poco de adulación no le

venía mal a nadie y que no era algo malo en sí mismo, sobre todo cuando se trataba de hablar con personas mayores. «En otras palabras, adúlalas un poco, cosa que imagino que no habrás hecho.» Sabía lo difícil que le iba a resultar a ella comportarse así, pero se mantenía fiel a aquel viejo consejo suyo de dedicarse siempre a lo más difícil. También le decía que no se preocupara tanto. Si todo aquel asunto de la herencia no salía adelante, él la ayudaría en lo que pudiera. Y añadía que su voto iba a favor de las vidrieras. «Recuerdo lo conmovida que te quedaste la primera vez que viste *El Juicio Final* de Burne-Jones en Birmingham.»

Dejó a Valpy en el jardín con Jesús y se fue a dar un largo paseo sola. Salió con la intención de explorar nuevas zonas, pero enseguida se encontró en la Alameda Zaragoza, donde se puso a contemplar el lago con la forma de México. El agua era de un azul antinatural, y la orilla de cemento blanco mostraba un claro deterioro desde la llegada de una gran bandada de gansos. A pesar de los excrementos que allí se acumulaban, había varios muchachos haciendo zarpar sus barquitos. Parecía que se estaba celebrando algún tipo de competición, y lamentó ver cómo un chiquillo rubicundo, cuyo entusiasmo pudo más que su equilibrio, ponía mal un pie y resbalaba hasta caer al agua.

El director de banco con el que hablaba en su imaginación había estado muy callado últimamente, pero ahora apareció de nuevo para iniciar la oscura entrevista que ella había intentado evitar desde hacía tiempo.

—Valpy está entrando justo en la edad en que se generan los primeros recuerdos que luego se conservan toda la vida. ¿No le parece, señora Fitzgerald?

—A veces desearía que fuese menos observador.

—¿Y qué impresión le quedará a su hijo de este viaje?

—No le voy a negar que eso es algo que me preocupa —admitió ella.

—Las herencias son peligrosas —le advirtió el director de banco.

—¿Por qué?

—Porque generan una comunidad de personas que resulta antinatural. Cada pretendiente fantasea con lo que haría de ser el

elegido.

—O la elegida.

—Sí, por supuesto. ¿Espera usted salir airosa en esta ocasión, señora Fitzgerald?

—En absoluto, pero me desagradaría ver que excluyen a la señora Slater tan pronto.

—¿En serio? Me resulta sorprendente. Cualquiera habría pensado que su apoyo a la causa de la señora Slater sería tan probable como… como…

Aquel parón era lo normal, el tropezón habitual que se produce cuando un director de banco se aventura por los territorios de la metáfora.

—Pero hay toda una tradición de comunidades afines ligadas por un mismo interés económico —repuso ella—. Ahí tenemos las bibliotecas, los pequeños museos, las editoriales…

—Sí, ¿y qué tienen en común todas ellas? Que son instituciones precarias, plagadas de tensiones internas. El bien y el mal, y la manera en que se enfrentan, se aprecian con más nitidez en las comunidades pequeñas.

—Quédense entonces con el hombre que dirige la sección de Artesanía del Museo Nacional. Vive consagrado a la tarea de recuperar los objetos más hermosos para ponerlos a disposición del público que tanto los necesita. Esa sí que es una causa verdaderamente digna.

—Un suelo notoriamente resbaladizo. La belleza está en el ojo de quien mira, etcétera, etcétera.

—Bueno, los exploradores de Reynoso son un modelo de buen comportamiento.

Pensó con cariño en Reynoso y en sus muchachos. Quería que tuvieran todo el equipamiento del mundo: brújulas, platillos volantes, plumas de bádminton y pelotas. Lo que desearan.

—Los proyectos que benefician a los niños nos incomodan. No recordamos haber sido niños.

—¡Entonces elijan a la señora Clancy! La herencia entera debería ser para ella. Es muy fuerte y muy ambiciosa.

—Pero su idea puede ser una tapadera para otra cosa.

Posiblemente se trate de algo siniestro.

Penelope se quedó atónita, pero siguió adelante:

—¿Y el señor Azuela? Siente una compasión inmensa por los burros.

—¿Los burros?

—Sí. Aquellos a los que han retirado y a los que se está maltratando de una manera espantosa.

—No nos preocupa el bienestar animal. Sigamos, señora Fitzgerald. ¿Sabe usted por qué bebe su marido?

—Por supuesto que lo sé. Lo que no sé es por qué no deja de hacerlo.

—Señora Fitzgerald, ¿ha venido a México únicamente por la herencia?

Ella no contestó.

—Señora Fitzgerald, ¿es cierto que sus amigos y familiares no están al tanto de todos los motivos por los que ha venido a México?

Sabía que esa sucesión de preguntas terminaría por agotarse si ella la ignoraba.

—¿Es cierto lo de que no podía traerse a sus dos hijos? ¿O solo intentaba que las cosas le resultaran a usted mucho más sencillas?

Para esta pregunta no existía respuesta correcta.

—¿Es posible que tenga nublado el juicio a causa de las hormonas propias del embarazo? ¿Podría estar experimentando fluctuaciones anímicas poco habituales?

—En mis dos primeros embarazos no me ocurrió. No veo por qué este habría de ser distinto.

—Ahora tiene más años. Pero, señora Fitzgerald, existe otra posibilidad. ¿Es cierto que en 1951 presentó un relato al concurso de *The Observer*? ¿Y que, al ver que lo ganaba Muriel Spark, lo que cambió por completo el rumbo de su vida literaria, por no hablar de su situación económica, sintió usted una envidia irreprimible?

—¡Dejó a su hijo con sus padres en Edimburgo!

—Esa no es la cuestión, señora Fitzgerald.

—Ese cuento provenía de los años que pasó en África, y reconozco que pensé que yo no había vivido nada parecido. No tenía ninguna experiencia similar. En ningún lugar tan lejano.

—Y entonces llegó la carta de doña Elena…

—Sí.

—Imagino que ya sabe que la escritora inglesa Agatha Christie también se escapó de casa, también en invierno, también a los treinta y seis años.

—Ella tenía una hija y no se la llevó.

—Agatha regresó al cabo de once días. ¿Qué piensa hacer usted?

—Mi marido me ha ayudado a planificar este viaje —replicó ella a la defensiva.

—¿Y el Delaney? ¿Piensa usted mencionarlo ahora o lo hago yo?

Penelope habría preferido que el interrogatorio no tomara ese rumbo.

—En la cena se ha puesto a hacer comentarios que tenían el único propósito de hacerla sonreír, y usted es culpable de haber hecho exactamente lo mismo.

—…

—¿Señora Fitzgerald?

—Hemos estado hablando del amor a primera vista —dijo ella en voz baja.

—Ah, ¿sí?

—Yo no creo en eso.

—¿Y él?

CHELA

Valpy estaba sentado en su taburete, moliendo pimienta dulce y anís, mientras Chela le hablaba de los postres de Navidad y de la *rosca de Reyes* que iba a hornear para la Epifanía. Le contó que no le podía dejar entrar en la cocina cuando estuviera preparándola porque nadie debía ver el regalo secreto que se escondía dentro. Pax yacía estirado en el suelo, con la barriga vuelta hacia los fogones, ronroneando sonoramente.

—¿Qué clase de regalo secreto?

—Algo muy especial, y si lo encuentras, entonces eres el rey de ese día.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que tú mandas y los demás obedecen.

—¿Y si lo encuentra doña Elena?

—Ella nunca lo ha encontrado —respondió Chela con firmeza.

Valpy terminó su tarea con el mortero.

—El conductor del autobús me dijo que él era el rey del autobús.

Chela dejó de trabajar.

—En San Antonio.

—Llevó a un hombre a la oficina del sheriff.

—¿Y era ahí donde él quería ir?

—No, no… Seguro que ese hombre no quería ir allí. A partir de entonces se acabaron los juegos.

—Valpy…

—Ya lo sé. No debemos volver por ese camino. —Se bajó del taburete y le preguntó en voz baja—: Pero ¿cuándo vamos a volver?

Chela dejó de remover lo que fuera que estaba cocinando y le abrazó como, en su opinión, le hacía falta al niño.

—*Un abrazo de mamá,* Valpy —le dijo apretándolo con fuerza—. *¿Me entiendes?*

Tenía solo seis años, pero sí lo entendía.

LAS POSADAS

En Fonseca había abundante humedad y llovía lo suficiente porque estaba sobre la planicie costera. Hacía calor en primavera, el resto del año se presentaba templado, y durante los meses más fríos del invierno, sobre todo en diciembre, era célebre por alguna que otra nevada y por las heladas nocturnas.

Las *posadas* duraban nueve días a partir del 16 de diciembre, un día por cada mes del santo embarazo, y concluían en Nochebuena. El viernes 19 de diciembre, cuando llamaron a la puerta de Mirando por primera vez desde hacía años, Chela les dijo a los integrantes de la procesión que no podían entrar. La joven María, muy tranquila, montada en un burro sano, no se dejó alterar por el contratiempo, pero Milo Slater, que hacía de José, pareció presa del pánico. De entre la multitud que lo acompañaba, donde se encontraban el alcalde, el tesorero, el secretario municipal y otras autoridades, surgió la exclamación de su madre:

—¡Pero si está helando! ¡Y vienen de muy lejos!

Chela miró a Milo.

—Venís de la casa de doña Sotos, que está a dos calles de aquí. Volved mañana.

—Está bien —dijo él.

—Este no era el plan —dijo Violet Slater.

—¡Que entren, Chela! —gritó doña Anita—. Esta era nuestra noche.

—Tal vez lo fuera antes de los margaritas con champán, doña —respondió Chela.

—¡Las *posadas* nunca han tenido que llegar a una cuarta casa! —protestó otra voz desde afuera. Se oyeron gritos, adioses y cascos que golpeaban el suelo.

—Pues ya vais a ver que no pasa nada —dijo Chela, y empezó a cerrar la puerta—. Volved con doña Sotos —le dijo en voz baja a Milo

—. Sé que tiene *tarta de queso* de sobra y también *arroz con leche.* Si os dice que no, os está mintiendo. Nos vemos mañana.

El chico hizo que su burro se diera la vuelta.

La representación del nacimiento de la iglesia de San Esteban era la noche siguiente, el sábado 20 de diciembre, y desde Mirando fueron unos cuantos a verla. Milo interpretó de nuevo a José, aunque esta vez con otra María, y Genaro estuvo magnífico en el papel del rey mago que llevaba el oro. Sin embargo, tanto por su altura como por su natural dominio del escenario, daba la impresión de que el oro era el obsequio más valioso.

—Están lanzando el mensaje equivocado —susurró Penelope—. Se supone que los tres son iguales.

—Totalmente de acuerdo —dijo el Delaney.

—Yo quería ser el del incienso —dijo Valpy.

El Niño Jesús lo interpretaba un bebé del pueblo de no más de tres meses, y su madre merodeaba por la sacristía, angustiada por si la joven María no sabía sostener correctamente la cabeza del pequeño. Se produjo, en efecto, algún momento complicado, pero al final todo acabó bien. Nadie se olvidó de su papel y las monjas quedaron satisfechas. Después sirvieron refrescos en el salón parroquial y les regalaron a todos los participantes una figurita para el *nacimiento*. Incluso Valpy se llevó una: un burrito.

Después de haber felicitado a Jesús por la actuación de varios de sus sobrinos, que habían hecho de ovejas, Penelope, el Delaney y Valpy se disponían a volver andando a Mirando, pero en la puerta de la iglesia los esperaban Violet y Milo. Penelope felicitó a Violet por la interpretación de Milo y, con los años, se preguntaría por qué lo hizo. ¿Había algún motivo por el que ella debiera mostrarse amable con Violet Slater? Pero ahí estaba el inconveniente de la amabilidad. Quienes la tienen no pueden encenderla y apagarla según convenga.

—Ay, Valpy —dijo Violet—. ¿Tú también estabas en la obra? No te he visto.

Milo la miró:

—Sabes que no estaba —le dijo.

Penelope vio en su expresión sincera que, al menos por el momento, el niño conservaba un corazón bondadoso.

Valpy admitió que era cierto.

—Oh, cuánto lo siento —dijo ella, sin parecer apenada en absoluto—. Debo de estar confundida, porque creía que las figuritas eran solo para los niños que participaban.

—Nos han dicho las monjas que sería injusto para los niños que han estado aquí todo el año —le explicó Valpy.

—¡Sabes que a veces me olvido de que solo estás de visita! —dijo Violet con una alegría forzada—. ¡Debes de echar tanto de menos tu hogar!

El Delaney intervino entonces.

—Las doñas le han tomado mucho cariño —dijo—. Eso ayuda bastante, ¿no le parece?

La expresión del rostro de Violet dejó ver que ese era su mayor tormento, aunque no tenía de qué preocuparse. Valpy miró a Penelope, desconcertado:

—¿Sí? ¿Les he caído bien? —preguntó—. Casi nunca las veo.

Violet volvió a sonreírle a Penelope.

—Bueno, estoy segura de que Milo va a echar mucho de menos a Valpy cuando se vaya. Con todas esas actividades tan divertidas de los exploradores… El otro día me preguntó si Valpy podía pasar una noche en nuestra casa. ¿Te gustaría?

Valpy asintió, y Violet dijo que les propondría pronto una fecha.

—Pero no les entretenemos más. Al fin y al cabo, ya son casi las cinco.

Aquella noche, en el salón, Penelope decidió acercarse a doña Elena a solas. Tenía en mente el consejo que le había dado su tío Ronnie, y pensó que podría decirle algo agradable sobre el jardín trasero, en especial sobre las rosas, que, según le había dicho Jesús, habían sido plantadas por la propia Elena cuando era joven. Pero la doña se le adelantó:

—¿Es usted creyente, señora Fitzgerald? —le preguntó, ya con su tercer gimlet en la mano—. El padre Bedoya dice que no es católica.

—Mi marido sí lo es. Yo me crie en la Iglesia anglicana, aunque uno de mis tíos era anglocatólico y otro se ha hecho católico

romano.

—¿Se convirtió usted cuando se casó?

—No. No lo hice.

La doña se mostró sorprendida.

—¿Y aun así manda a Valpy con las monjas?

—Acepté educar a mis hijos en la fe católica, y así lo incluí en mis votos matrimoniales.

—¿Por qué?

—Siempre he pensado que lo esencial es ser creyente. La distinción entre una y otra confesión le importa más a mi marido.

—En ese caso, ¿por qué no se convierte usted al catolicismo? Por el bien de la familia.

Por un instante, a Penelope se le pasó por la cabeza si la doña podría vincular la concesión de la herencia a que ella abrazara o no el catolicismo.

—Mi madre era anglicana, y por ella sigo donde estoy.

Elena pareció aceptar aquella respuesta.

—Yo me fui a Londres cuando empezó la revolución aquí. Durante un tiempo asistí a la iglesia de Santo Tomás Moro en Frognal, en Hampstead.

—Allí es donde yo me casé —dijo Penelope. Aquello le parecía una coincidencia extraordinaria—. Es la iglesia de mi marido.

Por desgracia, la doña ya había pasado a otra cosa.

—¿Es usted una persona ahorrativa, señora Fitzgerald?

Penelope no estaba preparada para ese giro, de la fe al dinero, y vaciló un segundo.

—La señora Clancy me hablaba el otro día de la opinión que los nativos tienen de los seguros. Los europeos de aquí ahorran y hacen planes para el futuro, pero la población nativa, al parecer, no.

Doña Elena tocó el timbre para llamar a Chela y, cuando esta entró, le preguntó si tenía algo de dinero ahorrado.

—¿Para qué, doña?

—Para ti. Para vivir cuando ya no puedas trabajar.

Chela sonrió.

—Ay, no. Claro que no. Ya se encargarán de mí mis primos y mis sobrinas cuando llegue el momento.

—Pero sin dinero vas a ser una carga para ellos…

—Por eso les doy trabajo ahora, siempre que puedo, en cuanto tengo un poco de dinero extra para poder pagarles.

—Entonces, ¿ellos sí que están ahorrando?

—No. No lo creo.

—Esto es una locura —dijo la doña.

—*Venimos prestados* —dijo Chela con dulzura.

La doña le lanzó una mirada fulminante, y Chela tradujo:

—La vida es solo un préstamo.

Doña Elena negó con la cabeza.

—¿Y Jesús? ¿Él ahorra algo?

—¡Jesús tiene catorce sobrinos!

—No lo sabía —dijo la doña—. No tenía ni idea de nada. Esto es terrible.

Chela salió para traer el carrito, pues ya eran las cinco, y Penelope hizo un último intento desesperado de seguir el consejo de su tío Ronnie.

—Doña Elena, quería hablarle de lo mucho que me gusta su jardín de Mirando. Es precioso.

Elena se volvió hacia la ventana e inclinó un poco la cabeza, con aire reflexivo.

—Mi madre trajo los tubérculos de las dalias desde Irlanda. La dalia es una flor muy apreciada en México, pero supongo que las mías son irlandesas.

—Me encantaría verlas en flor.

—Pero florecen en verano —respondió la doña, haciendo que ambas mujeres se quedaran con la duda de hasta cuándo pensaba quedarse Penelope.

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

—Lo han encontrado vagando solo por la calle, sin nadie que cuidara de él —dijo doña Elena con la voz encendida por el alcohol. Era uno de sus días difíciles, y había empezado incluso antes de lo habitual. Doña Anita y el señor Azuela se habían unido a ella.

—No creo que fuera como usted lo describe —replicó Penelope. Y se volvió hacia Valpy, que había regresado temprano a la casa con Jesús. Chela la había avisado de que se estaba gestando una crisis en el salón, y ella salió de su habitación para bajar antes de la hora de las visitas—. ¿Te habías perdido? —le preguntó a Valpy.

—No. Iba desde San Esteban hasta la Alameda Zaragoza para reunirme allí con los exploradores.

Penelope se volvió hacia la doña.

—Nunca se ha dado el caso de que no sepa adónde va.

—Y nunca se ha dado el caso de que Jesús me mienta —dijo doña Elena.

—Dijo que se lo había encontrado caminando solo, doña —dijo Chela—. No vagando.

—Caminando, vagando… —dijo el señor Azuela sin ayudar lo más mínimo.

—¿Dónde estaba usted? —preguntó doña Elena.

—Estaba escribiendo en mi habitación —dijo Penelope.

Al parecer, aquella respuesta no satisfizo a nadie y todos se quedaron a la espera de que añadiera algo más. Estaban en el último domingo antes de Navidad, el día en que se honra a la madre de Dios, se exalta su amor y su entrega, y en la misa se había leído la Anunciación según san Lucas. En la homilía, el sacerdote había insistido machaconamente en *«el sí de María»,* en cómo todos debían dejarse inspirar por *«el sí de María»* para encontrar en sus propios caminos la obediencia y la alegría debidas. Penelope había oído *«el sí de María»* una y otra vez.

Valpy habló por fin:

—Pax estaba conmigo, doña.

—Pax suele pasear con él —dijo Penelope—. Aunque nunca llega hasta la Alameda Zaragoza porque es territorio de los gatos de doña López.

—Habla usted como Chela —dijo doña Elena, entrecerrando los ojos con suspicacia.

—Tiene razón.

Penelope estaba desconcertada. Pero le parecía normal que fuera precisamente ese día cuando se ponía en tela de juicio su condición de madre, su manera de criar a su hijo. Encajaba a la perfección con las costumbres de Fonseca.

Aquella noche hubo Palomas y champán y bandejas con las galletas navideñas de Chela. Llegaron los Hopper y, después de una copa o dos, mientras Jo conversaba con el señor Garza al otro lado de la sala, Edward se acercó a Penelope.

—Tengo una propuesta —le dijo—. Querría pintar un doble retrato de usted y de Jo, y darle una sorpresa el día de su cumpleaños, que es en marzo. Estoy seguro de que le va a gustar.

—¿Acuarela u óleo? —preguntó Penelope.

—Acuarela —respondió él enseguida—. ¿Por qué?

Penelope pasó de inmediato a preguntarle cómo iban a mantener en secreto un retrato conjunto. Edward le quitó importancia con un gesto:

—He pintado a Jo muchas veces.

Ella desconfiaba de sus intenciones. Sabía muy bien el efecto que podía tener un retrato de las dos, su poder simbólico, ya que él llevaba un tiempo comparándola con Jo, concretamente desde que había descubierto las razones por las que había viajado hasta Fonseca. Edward la consideraba un apoyo incondicional en la carrera de Desmond y disfrutaba señalándole a Jo que ella jamás había hecho por él nada tan valiente ni tan extremo como cruzar un océano para conseguir el dinero que tanto habían necesitado los dos en aquellos primeros años de verdadera penuria.

Todo eso le había inspirado una caricatura, y se la regaló a Penelope la última vez que la vio. Se trataba de un arco iris con una

olla de oro al final, pero para llegar hasta allí había que atravesar una cordillera imponente, un terreno imposible que él había trazado con duros trazos de pluma. En primer plano aparecía ella como una figura diminuta, desaliñada y perdida, aunque también resuelta y firme. Como en todos sus dibujos, había autenticidad en él, pero, si la autenticidad podía albergar a la vez elementos buenos y malos, Edward poseía un don extraordinario para localizar la dosis de maldad suficiente para hacer daño. La había dibujado en cuclillas y encorvada, y ella lo había guardado en la parte de atrás de su cuaderno. Jo tenía razón: pensaba quedárselo.

Le dijo a Edward que se lo pensaría.

Más tarde se sentó con Jo, que le dijo que Edward se encontraba muy desanimado.

—Está harto del pueblo. Cansado de lo caprichoso de este clima tan cambiante. Descontento con el trabajo de paisajismo que está haciendo… Domina bastante bien los naranjas, los ocres y los cremas, pero el azul… Con el azul sigue luchando, ya sabes. Aún le cuesta. El otro día hablamos de los azules prerrafaelitas, pero dice que están hechos para los terciopelos y las sedas, y él quiere luz, distancia. Lo entiendo, de verdad. Sé cómo se siente, pero es un hombre imposible.

Penelope no supo qué decir.

—En fin —añadió Jo, terminándose la copa de champán—, ahora tiene una idea nueva que parece interesarle y ha dejado de hablar de marcharse antes de tiempo, así que algo es algo.

NAVIDAD

Las campanas de Fonseca habían recibido los sacramentos del bautismo y la confirmación exactamente igual que los feligreses para los que repicaban. Los tañidos de las campanas más grandes se oían a cinco kilómetros de distancia, y los de las más pequeñas, a medio kilómetro. Las catedrales mayores, como la de Nuestra Señora de Guadalupe, en Ciudad de México, podían tener hasta dieciséis campanas. Una iglesia parroquial importante, como la de San Esteban, solía contar con unas ocho, mientras que un pequeño templo de pueblo, como el del Santo Cristo del Ojo de Agua, podía tener solo seis o incluso cuatro. Con cuatro campanas apenas eran posibles veinticuatro combinaciones musicales distintas, mientras que con seis se alcanzaban las setecientas veinte. Para los más inclinados a las matemáticas, aquello no era más que la función factorial en acción, pero para los devotos se trataba de una muestra de la generosidad de Dios, tan prodigiosa como la multiplicación que hiciera Jesús de los panes y los peces para alimentar a la multitud.

El 25 de diciembre, el sol salió a las 7:28 de la mañana y, en cuanto despuntó, las campanas de las treinta iglesias de la diócesis de Fonseca comenzaron a repicar a la vez en oleadas que se dispersaban en todas direcciones. Era como si el sonido se acumulase y aumentara sobre la Zona Centro, haciendo que vibraran los cristales de todas las ventanas de Mirando, que parecían cantar en sus marcos. En cierto modo daba la impresión de que no servían de mucho los ensayos previos, ya que la alegre cacofonía era tal que resultaba imposible distinguir un conjunto de otro, una iglesia de la siguiente. Más tarde, habría quien asegurara que las campanas de San Esteban habían dominado los registros graves y que las del Santo Cristo del Ojo de Agua se habían distinguido, como siempre, con el honor de ser las últimas en terminar. Todas las campanas repicaron durante media hora mientras el sol se alzaba sobre una

Fonseca espolvoreada por la noche con cinco centímetros de nieve. A las ocho de la mañana, cuando los hornos empezaron a abrirse, aún caían unos copos tan leves que casi parecían no descender. Era como si chisporrotearan en el aire.

Valpy había aceptado con una ecuanimidad asombrosa la idea de que los regalos no se abrirían por la mañana, pero aun así quería celebrar la Navidad a su manera y había preguntado si podía dormir bajo el árbol en Nochebuena. El plan surgió de un libro que tenían en casa, una edición de *Una visita de san Nicolás,* de Clement Moore, con unas ilustraciones preciosas. En una de ellas se veía cómo un montón de niños en pijama se quedaban dormidos debajo de un enorme árbol.

—¿Estás seguro, Valpy? —le preguntó Penelope—. Vas a estar solo.

Estaba seguro.

Penelope se había preparado para decirle que no iba a poder hacerlo, pero, para su sorpresa, a las doñas les pareció una idea estupenda. Chela frunció el ceño y dijo que, con todo lo que tenía que cocinar para la cena de esa noche, no iba a tener tiempo para prepararle al niño un lecho en el suelo como era debido. Pero no veía inconveniente en disponerlo todo para el día de Navidad, de modo que Valpy durmió allí esa noche.

Después de haberse dejado la piel en Nochebuena, Chela sirvió una cena de Navidad muy sencilla, a base de sobras, y todos se retiraron a dormir relativamente pronto. Penelope arropó a Valpy junto al árbol, viendo cómo las luces iluminaban el vestíbulo con un dulce resplandor.

—Valpy —empezó, arrodillándose a su lado—. En la vida no se nos debe nada, lo sabes, ¿verdad?

—¿Pero no nos merecemos nada? —preguntó él.

—No es eso lo que he dicho. No es lo mismo. —Tomó aire y volvió a empezar. Quería mostrar más firmeza, más control. Sabía que así aliviaría mejor la inquietud de su hijo—. Lo que quiero decir es que estamos bien. Tú y yo. Papá y Tina. Si nos mantenemos unidos, estaremos bien. Las familias pueden soportar muchas cosas siempre que las afronten juntas.

—Pero no estamos juntos. Papá y Tina están en Londres, y nosotros aquí.

—Se trata de algo temporal.

No parecía muy convencido, así que le propuso que hicieran listas. Llevaba una hoja en la que podían apuntarlo todo.

—De acuerdo. ¿Tienes cerillas? —preguntó él.

—Sí.

Valpy escribió que querría diez platillos volantes, los suficientes para dárselos a los exploradores. También montar en avión y una figurita de la Virgen María, porque, cuando las monjas las repartieron el cuarto domingo de Adviento, a él no le dieron ninguna.

—¿Por qué? —preguntó Penelope.

—Porque no eres católica.

—¡Por favor! Tu padre y un tío abuelo tuyo son católicos.

—¿Y tú qué has puesto en tu lista? —preguntó él.

—Escuchar al muecín. Un viaje a Rusia. Un jardín de rosas.

—¿Qué quiere decir lo primero?

—Las campanas de las iglesias de aquí le recuerdan a la gente que tiene que rezar. En el islam, es el muecín el que llama. Su voz llega muy lejos.

—Como la del capitán Reynoso.

—Sí.

Valpy la miró preocupado.

—¿Vamos a ir a Rusia?

—No. Desde luego que no. Al menos, no por ahora.

—Estoy cansado de viajar.

—No deberías cansarte nunca de viajar. Ahora, a dormir.

Ella se incorporó y subió a acostarse.

El viento había arreciado, y la casa entera crujía y resonaba con cada nueva racha. La lluvia sonaba como si hubiera una marea incesante rompiendo contra las ventanas, y una corriente de aire frío se colaba por debajo de la puerta de su habitación, rodeaba el diván y luego también el escritorio. Penelope yacía con los ojos abiertos y los oídos muy atentos, asombrada por la velocidad que notaba en su propio pulso e irritada consigo misma por ser tan tonta. ¡Solo era

una tormenta! Pero, cuando el reloj dio la medianoche, el viento pareció intensificarse y azotar la casa incluso con más fuerza. Le pareció oír una risa en el pasillo, y al fin apartó las mantas y fue a ver a Valpy.

Lo encontró sentado, abrazándose las rodillas, rodeado de varias figuras del *nacimiento.* Al verla en las escaleras, salió corriendo hacia ella y se le agarró a la cintura. Penelope no era muy dada a los abrazos. Había algo en ella que se retraía sin saber por qué. Pero nunca olvidaría la fuerza con que la recibió su hijo.

—Me alegro mucho de que hayas venido —dijo él.

—¿Sí?

—Pensaba que esto iba a ser divertido, pero no lo es.

—Es por la tormenta. En una noche tranquila todo habría sido diferente.

No obstante, se dio cuenta de que había algo más que él quería decirle, y esperó a que siguiera hablando.

—No dejo de pensar en el burro del mercado. ¿Dónde crees que estará esta noche? Es Navidad.

—A mí también me entristece, Valpy. Y siento mucho que no podamos ayudar a ese burro, pero me gusta pensar que algún día sí podremos ayudar a otro animal porque hemos visto cómo estaba este. ¿Le ves sentido a lo que estoy diciendo? ¿Me entiendes?

—Sí, pero me duele el estómago.

—¿Qué has cenado?

—*Pollo asado,* pero Chela estaba a otra cosa y se olvidó del orégano.

—¿Quieres que me quede contigo? —preguntó Penelope—. ¿O prefieres subir conmigo?

—Prefiero subir, por favor. —Volvió a colocar las figuras en el pesebre, cada una en su sitio, y empezó a doblar las mantas que le había dado Chela, muchas más de las que necesitaba—. Creo que he visto a una doña borracha.

—¿A cuál?

—A Anita.

Penelope suspiró.

—Probablemente.

De repente algo se movió en la esquina del vestíbulo, y Valpy murmuró:

—¿Es el fantasma?

Penelope le miró.

—¿Has visto un fantasma?

Era el Delaney.

—No soy un fantasma —anunció, mostrándoles una manta—. Me preocupaba que Valpy tuviera frío.

—Chela no lo permitiría —dijo Penelope, tratando de evitar su mirada—. Hay al menos una docena bajo el árbol.

—Ya lo veo.

Se produjo un largo silencio, hasta que Valpy dijo:

—Gracias de todos modos.

El Delaney se echó la manta al hombro.

—Bueno, pues de vuelta a la cama. ¿Os acompaño hasta arriba?

Los tres empezaron a subir las escaleras, y Penelope volvió a sentir el frío de la biblioteca.

—¡Valpy! —exclamó—. ¿Tienes frío?

—No, mamá. Estoy bien. ¿Y tú?

Ella no contestó, pero buscó su mano y se la apretó. A él le encantaba que hiciera eso, y le devolvió el apretón con firmeza.

Al llegar al último tramo de la escalera, el Delaney se despidió y giró a la derecha. Penelope y Valpy giraron a la izquierda. Pax, que los observaba desde el pasillo, levantó una pata y se lamió con delicadeza.

Ya en su habitación, Valpy seguía sin poder dormir.

—Cierra los ojos —le dijo Penelope—. Prueba con el padrenuestro.

—El rosario quizá sea mejor.

—¿Las monjas te han dado ya las cuentas? —Tenía entendido que no se las daban hasta que cumplieran los diez años.

—No, pero Chela dice que no son estrictamente necesarias.

Empezaban a cerrársele los ojos. Su respiración tardó aún un rato en acompasarse a la calma del sueño, y Penelope se quedó a su lado, esperando y observándolo. Afuera nevaba suavemente. Todavía no estaba segura de qué era lo que tenía que pensar acerca

del silencio de los pájaros de los domingos, pero ese silencio de la nieve, que era el mismo en cualquier lugar del mundo, sí podía percibirlo con toda claridad.

Valpy abrió los ojos.

—Mamá, en el Santo Cristo del Ojo de Agua hay una cascada.

Parecía preocupado.

—¿Y?

—Si es un ojo de agua, ¿eso significa que la cascada está hecha de lágrimas? Se lo pregunté al sacerdote que vino con nosotros a la excursión y me dijo que no, que no había que interpretarlo así. «¿Por qué iba a llorar un símbolo de fe tan hermoso?», me preguntó.

—Claro, Valpy. Así es. Y por eso resulta más hermoso aún.

Él se acomodó otra vez en la almohada.

—¿Sabes? Aunque no seas católico puedes pedir el sacramento de la confesión y que recen por ti, pero no te pueden dar la absolución.

Ella le dijo que se durmiera, que eran casi las dos y media. No tenía costumbre de santiguarse. No formaba parte de la tradición en la que había crecido. Pero a veces, por Desmond y ahora por los niños, se imaginaba llevándose los dedos a esos puntos: la frente, el corazón, un hombro y otro hombro. Le parecía que había cierto consuelo en ese gesto.

Estimada…

Sí, «PM» significa Penelope Mary. Siempre uso esta abreviatura en la correspondencia que mantengo sobre ella porque «mi madre» me resulta demasiado impersonal y «mamá», por el contrario, demasiado personal.

Los grandes manjares se servían en Nochebuena, no en el día de Navidad, pero el pavo lo servían con mole (chocolate amargo y chiles). Y los regalos se daban en la Epifanía, cuando venían los Reyes Magos. Recuerdo la *rosca de Reyes,* en la que me dijeron que habría una sorpresa. A mí me tocó en mi porción, pero resultó ser un haba seca.

Mi cumpleaños es el 30 de enero, y recuerdo la piñata. El jardinero la subía y la bajaba con una cuerda, y yo intentaba golpearla con un palo para que cayeran los caramelos. En realidad no eran caramelos, sino trocitos de caña de azúcar.

Espero que esto le sea de ayuda,

VALPY

¿AMOR?

Los días transcurridos entre la Navidad y el Año Nuevo los dedicó Penelope a escribir a Desmond o a pasear con el Delaney o a las dos cosas, y el hecho de que ambas actividades le resultaran igualmente gratas le parecía un problema nada desdeñable. Le gustaba trabajar con Desmond en la revista a distancia, aunque en sus cartas le recordaba a menudo lo agotador que era tener que seguir en Fonseca.

«¿Cuál es el plan —le escribió— si no lo consigo? Creo que no comprendes lo verdaderamente precaria que es nuestra situación. Estamos al borde del precipicio.» Él le respondía en cada carta que todo le saldría bien porque siempre se las arreglaba para que así fuera. Él creía en ella. Confiaba en ella. Y, si por alguna razón no lo lograba, ya encontrarían la manera de arreglarlo todo cuando volviera a casa.

Habían adquirido la costumbre de sentarse siempre en el mismo banco de la Alameda Zaragoza, el Delaney y ella, con los brazos rozándose desde un punto que quedaba apenas por encima del codo y hasta el hombro. Penelope tenía que concentrarse mucho para no inclinarse sobre él. Se pasaban así las horas, conversando en la orilla del lago con forma de México.

El Delaney admitía que se encontraban en una situación delicada e insistía en que debían tomar una decisión sobre cómo actuar, si debían avanzar o no. Pero Penelope se veía incapaz de decidir nada.

—Las decisiones son un tormento para cualquier persona con imaginación —dijo.

—Quizá no se pueda decidir nada en lo que se refiere a los asuntos del corazón. Simplemente son. Simplemente suceden. ¿No es eso lo que dicen los poetas? La mente no tiene por qué intervenir.

—No puedes estar hablando en serio.

—Sí puedo. —Parecía dolido—. Cuando vine por la herencia no esperaba enamorarme.

—Ya somos dos.

—¡Así que lo admites!

—Creo que estamos los dos medio enamorados —precisó ella—, y eso suma solo un amor entero… Con el que no se puede hacer nada.

—No estoy de acuerdo.

Ella negó con la cabeza.

—Además, viene un bebé de camino.

—Lo sé. Tres niños menores de siete años. No será fácil.

—Chela cree que es una niña.

Él la tomó de la mano.

—Penelope. Esto es una historia de amor. No es lo más oportuno, desde luego, pero es lo que ha pasado.

—No puede ser…

—¿Estás enamorada de tu marido?

Recordaba haber estado enamorada de él.

Las cartas de Desmond seguían siendo más o menos igual de extensas, pero las suyas se fueron haciendo cada vez más cortas. A pesar de todo lo que escribía, le resultaba difícil expresar con palabras lo que estaba sucediendo en Fonseca. Cuando lo intentaba, sonaba fantástico, cosa que detestaba. No se creía lo bastante buena escritora como para permitir que se filtrara el elemento mágico en sus textos.

Desmond lo entendía.

«Sé que estás teniendo muchas experiencias —le escribió— y que se van acumulando en tu mente. Pase lo que pase, estoy convencido de que sabrás sacar provecho de todo ello. No te preocupes. Confío en que, con el paso del tiempo, llegaré a ver Fonseca con la misma claridad con que lo veis Valpy y tú ahora mismo.»

Pero ahí se equivocaba. Lo cierto es que ella no veía Fonseca con

ninguna claridad.

Desmond mencionaba que en el número de febrero tendrían que publicar una fe de erratas por primera vez en su vida. «Quizá se trate más bien una disculpa, de modo que ¿qué te parecería que lo llamáramos *disculpata*?» Se refería al relato «Jones dispone», de Michael Voronetz, publicado en el número de diciembre. «Está bastante enfadado. Al parecer, no publicamos el relato completo. Recuerdo haberlo recortado, pero debí de olvidarme de decírselo.»

Ella se preguntó hasta qué punto se habían hecho mal aquellos recortes. ¡Si solo eran cuatro páginas! Le respondió que, desde luego, no debía llamarlo *disculpata.*

Desmond le hablaba también de las gestiones que había hecho con los distintos anunciantes. «Tras horas de ardua negociación, en las que empleé mis mejores artes retóricas, por no hablar de mi formación militar, todos aceptaron menos uno… a quedarse exactamente como estaban, con las mismas tarifas. Solo los del whisky Black & White aceptaron un aumento a cambio de la contraportada.»

Penelope bajó la cabeza. Aquello significaba que llegarían más cajas a Chestnut Lodge y que habría más almuerzos eternos entre Desmond y el ejecutivo de cuentas.

«Espero que en la Tate no se molesten», continuaba. «Al fin y al cabo, ya tuvieron su oportunidad. Es posible que el V&A ocupe su lugar. Lo intentaré, pero, si no sucede así, no estoy muy seguro de que podamos llegar a agosto.»

Por un momento Penelope no supo si se estaba refiriendo a la revista o a su aniversario de boda. Pero fue el último párrafo lo que le dio ganas de llorar:

«Al terminar la jornada, hay quien bebe y hay quien no lo hace. Así ha sido siempre y así seguirá siendo. Yo solo tengo que encontrar la manera de hacerlo bien.»

No se vio capaz de empezar una respuesta en ese momento. En su lugar, escribió a su suegra para pedirle de nuevo que le mandara noticias de Tina. Dibujó un pequeño gato negro, sentado muy erguido, como lo hacía Pax, con la cola cuidadosamente enroscada sobre las patas delanteras.

Valpy le había escrito una carta a su amigo George Wilson, y ella la incluyó en el sobre que había preparado para su madre, con otra carta en la que se disculpaba por lo de la verja de la entrada y le aseguraba que se ocuparía de todo en cuanto volviera a casa.

—¿Cuál es el plan? —le preguntó Penelope al Delaney cuando estaban sentados en su banco—. ¿Que uno de los dos reciba la herencia? ¿O que nos quedemos los dos sin nada y tú te vuelvas a la empresa de tu familia, donde de repente te necesitarán con urgencia? Si es que esa empresa existe… ¿Qué tipo de relación mantienes con ellos?

—Nada serena.

Penelope no pestañeó siquiera.

—Entonces, ¿piensas mudarte a Inglaterra?

—Nadie está libre de ataduras —respondió él.

Llevaba días diciendo: «¿Qué probabilidades había de que nos encontráramos?», como si la misma rareza de su encuentro demostrara una clara intervención del destino. A lo que Penelope siempre respondía: «Creo que la capacidad de elegir no debería quedar fuera de la ecuación.»

—Azar y elección no son términos excluyentes —dijo él— si se tiene fe.

Penelope alzó las manos.

—Llegué a Fonseca con un problema financiero, y tú vas a hacer que regrese con uno moral…

—¿Qué probabilidades había?

—¿Cómo voy a elegir? —le preguntó ella—. ¿Cómo voy a elegir ahora, así sin más, una vida completamente distinta?

—¡Porque eso es vivir!

—¡Pero yo me casé con un soldado irlandés! —exclamó ella.

El Delaney se cubrió la cara con las manos.

—Sí, ya lo sé. Me lo has dicho muchas veces.

—Si lo pudiera hacer todo de manera que él no volviera a ser infeliz jamás, lo haría. Pero no puedo, así que quedarme es la única elección a mi alcance.

—¿Cuánto tiempo crees que podéis seguir así?

—Creo que podemos seguir así toda la vida. Casi todo el mundo lo hace.

Pero su corazón vaciló y le tomó la mano. Aquel encuentro en Fonseca, ya fuese oportuno o justo lo contrario, le resultaba tan indescifrable como el curso de las estrellas.

—Nos hemos conocido demasiado tarde, Ernest.

—Tarde no. Estamos aquí, ahora.

—En el momento equivocado.

—¿Porque conociste a la persona equivocada en el momento correcto?

—Creo que sí.

—No comparto esa manera tuya de ver el mundo.

Se quedaron sentados en silencio. Penelope sostenía aún la mano del Delaney entre las suyas. De hecho, le costaba soltarla.

—Desmond no es la persona equivocada —dijo por fin—. Es un hombre amable y bueno. Nuestra situación es muy complicada, sí, pero ¿cómo voy a castigarlo por ello?

—Por lo visto, el castigo no se lo va a llevar él. Pero tú sí. Y, al parecer, yo también —dijo mientras retiraba la mano.

Si a Desmond no le gustara la poesía, si no escribiera tan bien… Si no hubieran pasado los dos tantas noches en vela cuando eran más jóvenes hablando de pintura, de música, de arquitectura… Si no hubiera querido tanto a sus tíos, si no los hubiera comprendido como los comprendía ella… ¿Podía haber sensación de hogar sin continuidad, sin una historia compartida? No estaba segura. Le había confiado una parte muy profunda de su propia vida. Tal vez había puesto demasiado de sí misma en sus manos.

Si al menos se pusiera desagradable cuando bebía. Si se enfadara o gritara en lugar de quedarse callado y triste…

Si no hubiera llorado de felicidad cuando nació Valpy. Si no hubiera abrazado a Tina con tanta delicadeza ni leyera los cuentos en voz alta tan bien…

Si ella no hubiera ido a aquella fiesta de Oxford. Si no se

hubieran casado durante la guerra. Si no lo hubieran enviado a Italia después del norte de África…

Si ella no recordara cómo la abrazó al regresar…

Si aún tuviera a su madre. Si no se le fueran los ojos siempre, allá adonde fuera, detrás de las madres y sus hijas que llevaban ya a sus propios bebés… ¿Qué sentirían al tener a sus hijos y, además, a su madre al lado?

Si él no le llevara narcisos cada año, el primer día en que podía comprarlos en Covent Garden. Si no disfrutara tanto como ella con la entrada de los trombones en la obertura de *Egmont*…

Si ella le viera capaz de administrar el dinero, fuese el que fuese.

Si no le gustaran las bicicletas ni Beckett ni las tiras políticas. Si le importara la ropa. Si prefiriera Marylebone a Hampstead, las montañas al mar, el cristal a la loza. Si no entendiera por qué a ella le encantaba desgranar guisantes. Si se quejara de cómo cocinaba o de cómo llevaba la casa. Si se quejara de algo…

Si fuera competitivo. Si no estuviera convencido de que algún día ella escribiría un gran libro. ¡Si odiara a los animales…!

¿Cuántas cosas tendrían que ser distintas para que ella cambiara de vida?

El Delaney le dijo:

—Sueño contigo.

Volvían del parque caminando, y atravesaron dos calles enteras sin que ella pronunciara una sola palabra.

—Yo tengo dos tipos de sueños desde que estoy en Fonseca —respondió por fin—. O sueño con mi madre o sueño con un buen montón de billetes arrugados que por alguna razón me toca a mí alisar.

—Yo sueño contigo —repitió él en voz baja.

—No es verdad.

—Sí que sueño contigo. Completamente vestida, por supuesto.

A Penelope le ardieron las mejillas durante todo el camino de regreso a Mirando.

Cartas para Desmond y paseos con el Delaney. Ida y vuelta. Ida y vuelta…

—¿Qué hace?

Ahí estaba otra vez el director de banco. Penelope admitió que empezaba a perder pie.

Tuvo, eso sí, la lucidez suficiente como para rechazar la propuesta del doble retrato de Edward. Cuando se lo comunicó, él se encogió de hombros como si se hubiera tratado de un capricho pasajero ya superado, aunque, cuando volvió a visitar a Jo en sus habitaciones de la Casa Guajardo, pudo ver que él había empezado a hacerle un retrato en un lienzo grande, situándola no en el centro, sino a un lado.

—Este me gusta —dijo Jo—. Por ahora, al menos. Ya veremos en qué queda. No me convence demasiado la composición…

El cuadro se encontraba en una fase muy inicial, pero podía verse claramente que la estaba pintando con una buena papada y con una expresión muy poco favorecedora en la boca.

—¿Qué piensas hacer con todo ese espacio? —preguntó Jo.

—Voy a pintar un árbol.

—¿Un árbol?

—Sí. Un jacarandá, creo.

—Pero los jacarandás son azules. Ed, por favor, otro azul no.

—¿Qué opina usted? —le preguntó él a Penelope.

—Yo evitaría otro azul tan complicado —dijo ella.

Edward se echó a reír.

—Lo cierto es que había pensado en darte una sorpresa por tu cumpleaños con un doble retrato en el que salierais tú y tu amiga, la señora Fitzgerald —dijo, volviéndose hacia Jo.

Jo se quedó atónita durante un instante y a continuación negó con la cabeza.

—No creo que sea una buena idea. Dibujas a las mujeres con muy poca benevolencia.

Penelope intentó intervenir con una buena excusa sobre por qué no podía posar para él, pero Edward bramó entonces:

—¡Está bien! Da lo mismo. ¡No importa! Tengo que decidir lo del jacarandá.

Estimada…

He estado pensando en todo ese asunto del premio del poni. Tuvo que ser mamá quien me animara a participar en el concurso y quien me incitara a escribir el cuento. Pero ¿por qué? En Southwold ya contábamos con un buen montón de ponis viejos y deslucidos que se quedaban en un prado de la zona de las marismas, junto al depósito de gas. Yo iba hasta allí por las mañanas antes del colegio en invierno para llenar las redes del heno, y los niños cabalgábamos por todas partes a nuestro aire. También recuerdo que iba a la tiendecita de la esquina con media corona para pagar el alquiler del prado. Por aquel entonces, mis padres estaban ya completamente arruinados y tenían que hacer todo tipo de equilibrios para llegar a fin de mes, así que ¿por qué teníamos aquellos ponis y por qué íbamos a aceptar como premio otro más? No es que mis padres fueran especialmente aficionados a los caballos. Y lo más extraordinario de todo es que se podía elegir entre unos bonos de ahorro y el poni, y mi madre eligió el poni… Que cuando llegó resultó ser un animal completamente imposible, muy nervioso y difícil de manejar. Otro enigma más en la vida de mi madre.

Era muy aficionada a la jardinería, aunque nunca tuvo un jardín propio hasta que se mudó a Almeric Road con nosotros. Se trataba de una casa victoriana, alargada y estrecha, que contaba con un pequeño patio trasero medio cubierto de cemento y bastante abandonado. Ella se dedicó a limpiarlo y lo transformó con sus propias manos. Logró deshacerse del cemento a base de vinagre, un martillo y un cincel, y levantó una pequeña terraza de ladrillo en la parte de atrás para tomar el sol. Pronto se convirtió en un espacio lleno de color con muchas enredaderas, lo que le proporcionó una felicidad inmensa.

Cuando volvió a Londres para vivir con mi hermana, que es también una gran aficionada a la jardinería, tenía a su disposición la parte delantera de su apartamento, situado en la

planta baja y la entrada lateral, y allí cultivó las rosas tan magníficas que pueden verse en sus últimos retratos. También le interesaban mucho las hierbas medicinales y las plantas curativas, que en la actualidad son algo muy común, pero que no lo eran tanto por entonces.

En el diario que llevaba yo en aquella época solo hablo de la tarta de chocolate y de algún pequeño regalo por nuestros cumpleaños. Imagino que siempre fue así. De hecho, ninguno de nosotros recuerda haber celebrado una fiesta de cumpleaños propiamente dicha.

Con todo mi afecto,

TINA

UNA CUESTIÓN LEGAL

La discusión comenzó cuando doña Elena le pidió al señor Whishaw, el abogado, que se pasara por Mirando el día después de Navidad. Como en Fonseca todo el mundo estaba al tanto de los asuntos de los demás, a las cuatro en punto el salón se encontraba lleno de gente. Chela, a quien le habían pedido que adelantara el servicio del carrito, no se esforzó demasiado y los manhattans estaban flojos, algo tibios. Además, faltaban las cerezas.

El reloj de pared del vestíbulo dio la hora con una exactitud insólita, para sorpresa de todos. Por lo general, sonaba cuando quería y daba las campanadas de forma imprevisible, ya que hacía años que nadie le daba cuerda con regularidad. Chela decía haber olvidado cómo se hacía, y las doñas nunca lo supieron. Aun así, el reloj lograba seguir poniéndose en marcha de vez en cuando, aunque los sonidos que precedían a las campanadas resultaban algo chirriantes y muy desconcertantes. Cuando el reloj dejó de sonar, entraron a la carrera la del Club de Jardinería, el del Ala de Hospital y la Cofradía de Plateros.

—¿Qué nombre colectivo le pondrías a este grupo de pretendientes? —le preguntó el Delaney a Penelope.

Ella propuso:

—¿Revoloteantes?

—Se refiere a las mariposas —dijo el señor Flatley, que había aparecido de repente detrás de ellos.

—En absoluto —dijeron Penelope y el Delaney al unísono.

A los pocos minutos llegó el señor Whishaw, sudando de tal manera que se le notaba la humedad en el traje.

—¿Es usted el auténtico señor Whishaw? —preguntó doña Elena —. Siempre me cuesta distinguirlo de su primo.

Dijo que sí, que era él.

Doña Elena se volvió entonces y se dirigió a la sala.

—Le he pedido al señor Whishaw que venga hoy para aclararnos algunos aspectos legales que afectan a las asignaciones de herencia.

El señor Whishaw extrajo de su maletín un montón de papeles.

—Ay, Dios mío —dijo doña Anita.

—No se preocupe, doña. La ley puede ser prolija, pero intentaré resumirlo todo bien. —Se volvió hacia los demás—. Como saben, la mina Delaney fue muy rentable durante muchos años. Y, tras la nacionalización, las inversiones de las doñas han ido funcionando muy muy bien. Extraordinariamente bien.

El revoloteo entre los presentes se intensificó.

Doña Elena cerró los ojos.

—Eso no lo sabía nadie, señor Whishaw.

—Es lo que se comenta en el supermercado —dijo la del Club de Jardinería.

—Qué apropiado… Pasemos por alto los detalles de los arreglos financieros privados, señor Whishaw, y abordemos de una vez la cuestión de la herencia.

—Está bien —dijo él, alzando una mano—. Técnicamente, la herencia constituye una figura jurídica por la que se otorga un dinero a la muerte de alguien. Así que creo que a ustedes le interesa más una donación *inter vivos,* es decir, la entrega de un dinero por parte de alguien que sigue con vida.

—Sin duda —dijo el señor Azuela.

—Todo depende del documento fiduciario. Por ejemplo, yo podría decir: «Prometo entregarle este dinero dentro de cinco años». Pero eso es lo que llamaríamos una promesa desnuda, sin validez legal a menos que forme parte de algún tipo de contrato. Por eso la ley exige una «contraprestación», es decir, algo que se entregue a cambio para que el contrato tenga fuerza vinculante.

—Todo esto es muy confuso —dijo doña Anita.

—Lo siento, doña. Permítame explicarlo mejor. Si usted me promete que va a venderme esta silla, por ejemplo —puso una mano en el respaldo de la silla de la señora Clancy—, el objeto del contrato es la silla, y mi promesa de pagarle es la contraprestación.

—¿Y si el contrato le otorga la herencia a un menor? —preguntó la señora Clancy.

—En el caso de un menor, se constituiría un fideicomiso y el responsable fiduciario tendría el deber legal de invertir el dinero con prudencia y sabiamente, siempre en el mejor interés del menor.

—¿Podríamos fijar condiciones? —preguntó doña Elena—. Eso es lo que de verdad quiero saber.

—Sí, algunas. Pero no pueden establecer una cláusula que, por ejemplo, mantenga el dinero inmovilizado más allá de la vida de quienes estén vivos en el momento de otorgar la donación.

Doña Anita frunció el ceño, pero él continuó:

—No pueden decir, pongamos por caso: «Recibirá el dinero cuando las naves espaciales vuelen hasta la Luna». No pueden imponer condiciones que equivalgan a seguir controlándolo todo desde la tumba, ¿me explico? Tampoco pueden supeditar la entrega del dinero a que alguien cambie su forma de ser. No pueden decir —buscó por toda la sala y señaló al señor Flatley— que podrá recibirlo si promete dejar de leer libros.

Doña Elena señaló al del Ala de Hospital.

—¿Y si le pedimos que sea más concreto?

—Como norma general…

—Me encantan las normas generales —intervino el señor Flatley.

—¿Cómo no? —intervino doña Elena.

—… si usted le entregara el dinero y luego él construyera otra cosa, no podría reclamárselo ni recuperarlo —remató el señor Whishaw.

Doña Anita abrió mucho los ojos, alarmada.

—¡Pero eso es terrible! ¿Y si ninguno de ellos hace lo que dice que va a hacer?

La señora Clancy tomó la palabra:

—Mi marido empezó como vendedor ambulante y ahora tiene una docena de *aprendices* a su cargo. ¡Somos gente responsable! Pero, si se lo dan a ella —dijo señalando a Penelope—, ¿en qué lo va a emplear? ¿Nos lo ha dicho alguna vez?

—Si me permite —dijo el señor Whishaw—, la normativa sobre donaciones a menores nos orienta bien en este punto. Impone ciertas restricciones a aquellos que van a administrar el dinero en nombre de otros. Aunque, sin duda, la señora Fitzgerald y su familia

se verían beneficiados en cierta medida. Eso no aparece estrictamente prohibido en ninguna norma.

Todas las miradas se volvieron hacia Penelope. Tenían razón: llevaba casi dos meses en Fonseca y no había mencionado ni una sola vez qué pensaba hacer con el legado, si es que recaía en Valpy.

—Señora Fitzgerald —dijo doña Elena con un tono que no era del todo severo, mientras los pretendientes la observaban desde todos los puntos de la sala con evidente envidia—, ¿qué plan tiene? ¿En qué invertiría el dinero?

—En una revista literaria.

La sala entera pareció estallar en una carcajada. La incredulidad se propagó entre ellos como los rumores por un campo de batalla. Algunos se frotaron la frente, como si intentaran recordar cuándo fue la última vez que habían visto una de aquellas revistas. O incluso cuál era el título del último libro que habían leído.

—Se llama *World Review.* Tengo unos cuantos ejemplares en mi habitación, por si a alguien le interesa ver cómo es.

Aunque lo cierto era que los ejemplares que había llevado consigo constituían una versión muy elemental y muy pobre de lo que haría si el dinero no fuera un problema. En cada número habría una sección de arte, de crítica, de entrevistas, ensayo, relato y poesía. Soñaba con incluir al final una hoja desprendible en la que hubiera un poema impreso, como aquellas láminas de rimas de la Poetry Bookshop que tanto le gustaban de niña. Convocarían concursos anuales, con buenos premios en metálico y la promesa de publicación. Desmond se encargaría de la edición, porque era un editor brillante cuando no bebía. Y tras haber consolidado la amplia atención que le prestaban al arte y la literatura europeos, ampliarían el alcance de la revista a América. Habían publicado a Salinger y contaban con un relato de Mailer. ¿Por qué no publicar a los grandes autores del realismo mágico latinoamericanos? Con el tiempo quizá hasta se convirtieran en una pequeña editorial, como la Hogarth Press, pero en Hampstead en vez de en la estirada Bloomsbury.

El primero en hablar fue el señor Reynoso. Dijo que le encantaría suscribirse y que se aseguraría de que el Centro Universal para la Infancia contara siempre con varios ejemplares disponibles.

—He observado —dijo— que los niños suelen comprender los poemas sin necesidad de que nadie se los explique.

—Sí —acertó a decir Penelope—. Exactamente.

En ese momento quería abrazarlo.

—Perdón, ¿qué ha dicho? —preguntó la señora Slater—. ¿Centro Universal para la Infancia? ¿Eso qué es?

—Bueno, se trata de una idea maravillosa —dijo doña Anita—. El señor Reynoso quiere construir un centro que disponga de todo lo que puedan necesitar los niños: libros, instrumentos musicales, material deportivo, tutores para cada materia…

—¿Y esto cuándo se ha propuesto? ¿Por qué no nos habíamos enterado?

El disgusto de la señora Clancy resultaba tan evidente que Violet Slater, amiga y cómplice, le puso una mano en el brazo.

—No sabíamos que hubiera que informarles de cada proyecto —dijo doña Elena.

El Delaney se puso en pie.

—Creo que todos estaremos de acuerdo en que, más allá de leyes y legados, la hospitalidad de las doñas se merece un brindis. —Alzó su copa—. ¡Por las doñas!

Penelope sostuvo su mirada un instante, pero no levantó la copa. Empezaba a pensar que no tenía fuerzas para seguir participando en aquella contienda, una batalla de la que claramente se había perdido el inicio y que, con toda probabilidad, concluiría mucho después de que ella se hubiera marchado, si es que de verdad concluía alguna vez. Aunque ¿qué otra cosa podía hacer? La *World Review* estaba al borde de la quiebra.

Esa noche escribió a Desmond:

«Tendríamos que dejar Chestnut Lodge. Puede que incluso hubiera que salir de Londres. Puedo hacerme a la idea de cambiar de iglesia, pero ¿perder mi hogar?»

Estimada…

He de decir que en mi infancia no tuve nunca la sensación de que ella se encontrara en actitud de «espera». Al margen de que los pensamientos y motivaciones de los adultos suelen constituir un misterio impenetrable para cualquier niño, y de que conviene resistirse a la tentación de leer el tiempo hacia atrás, mis recuerdos me hablan más bien de una PM impaciente por lanzarse a hacer cosas nuevas, y no de alguien que aguardara con paciencia a que se cumplieran sus sueños. El viaje que hicimos a México, tan impulsivo, es desde luego un ejemplo claro, pero hubo muchos otros «medios de escape».[7] Y yo solía ir con ella.

«Algo que falta, pero que no necesariamente se desea.» Sí, esta forma de entender el *desideratus* abre una línea de reflexión interesante. Desde luego, PM escribió listas de forma obsesiva durante toda su vida, igual que lo sigo haciendo yo en la actualidad. Siempre me decía que, cuando un deseo se cumple, lo que viene después nunca es tan sencillo como se había imaginado.

En cuanto a la excursión a Ciudad de México, lo que recuerdo es que fuimos un día caluroso a la pirámide azteca de Teotihuacán, y que me pareció (porque lo es) enorme. Llevamos un pícnic en una cesta de mimbre y la dejamos al pie de los escalones para recogerla más tarde. Desde arriba vimos cómo se llevaba la cesta un niño que tendría más o menos mi edad. Me gustaría pensar que de alguna manera entendí por qué lo hacía, pero lo dudo. El hecho es que en la cesta iba nuestra comida.

Espero que todo esto le sirva de ayuda,

VALPY

LOS SANTOS INOCENTES

Penelope les hizo saber a todos que estaba escribiendo un artículo sobre arte mexicano para un próximo número de la *World Review* y que necesitaba ir a Ciudad de México. Podía documentarse con las fuentes de la biblioteca, pero prefería ver las obras en persona. Le preguntó a Jo si quería conducir e ir con ellos, y Jo quería, pero negó con la cabeza enseguida y dijo, como si hablara por boca de Edward:

—Puedo salir a montar en bicicleta una tarde, pero no pasarme tres días fuera.

Así que Penelope compró los billetes de autobús para ella y para Valpy, y le comunicó sus planes a la doña el día de la festividad de los Santos Inocentes. Hacía frío, y Penelope entró en el salón envuelta en el sarape azul. Los ojos de doña Elena se entrecerraron al instante.

—¡Ah! ¡Míralo! Así que lo tenía escondido en su habitación… —Bajó la mirada y se alisó el regazo con las palmas de las manos—. ¿Sabe lo que solemos hacer en un día como este?

Penelope no lo sabía.

—Es costumbre que en el día de los Santos Inocentes se le pida algo prestado a un amigo o a un familiar. Se trata de un intercambio divertido, como si volviéramos a ser niños.

Habiendo presenciado no pocos enfrentamientos entre niños, Penelope no estaba muy segura de que aquella descripción fuera del todo acertada.

—Me gustaría que me prestara su sarape —dijo doña Elena.

Penelope se dirigía hacia el sur, donde suponía que haría más calor, así que aceptó sin más.

Antes de marcharse, necesitaba hablar de Valpy con Jesús. Lo

encontró en la terraza trasera, junto a la rosaleda que seguía en flor. El gallinero miraba a la casa, cerca de la cocina, y las aves picoteaban por allí. En cuanto aparecía Pax, las gallinas se dispersaban, aunque él no les prestara la menor atención. La mimosa de invierno seguía floreciendo y el jacarandá empezaba a echar brotes. Alguien había plantado onagra por todo un parterre y el conjunto era precioso, de modo que a Penelope le habría gustado pasar más tiempo en el jardín de Mirando. Y lo habría hecho si Jesús no hubiera sido tan laborioso. Su manera de trabajar hacía que ella se sintiera demasiado indolente ahí sentada, al sol, con el cuaderno sobre las rodillas.

—Si viene a hablarme del cuarto domingo de Adviento —empezó él—, no era mi intención causar ningún problema. Tendría que haber entrado en la casa por la cocina en lugar de hacerlo por el recibidor, y así doña Elena no se habría enterado de que Valpy se había perdido.

—No se había perdido.

—Iba solo por la calle Juan Aldama.

Jesús era un hombre constante en el trabajo. Alto, de firmes convicciones religiosas. Llevaba la ropa gastada por el desempeño diario de su labor, pero nunca sucia. Penelope se preguntó si habría una esposa que se ocupara de que así fuera. Solo sus gafas estaban siempre manchadas. En ese momento estaba construyendo algo, una especie de armazón, y trabajaba con una sierra y un taladro. Pero se detuvo cuando ella se acercó.

—De lo que quería hablarle es del peso Caballito. ¿Tiene algún valor?

—Se trata de una pieza excepcional.

—Entiendo… Pero Valpy…

—Es muy especial.

—¿Pero es valiosa?

—Conmemora el centenario del Grito de Dolores de Miguel Hidalgo, que dio inicio a la guerra de la independencia de España.

Supo entonces que iba a tener que ser mucho más concreta. Se acercó al jardinero y lo miró directamente a los ojos, un gesto que le había visto emplear a Chela.

—¿Vale mucho dinero o no?

Él por fin cedió:

—No es lo que piensa Valpy. Creo que lo ha entendido mal.

Penelope volvió a dejar entre ellos una distancia personal más cómoda.

—Es un niño pequeño y no tiene ninguna experiencia con el dinero. Le ha hecho usted creer lo que no es.

—El señor Flatley no ayudó.

—Casi nunca lo hace.

Jesús se quitó los guantes de trabajo.

—El día en que encontramos el Caballito, yo no sabía nada de sus problemas financieros.

—¿Y qué sabe ahora?

—Valpy dice que viven en una casa en la que hay muchas cajas de cartón y pocos muebles. Dice que echa de menos a su amigo de al lado y que muchas noches es la madre de ese amigo quien le da de cenar.

—He perdido el Caballito, Jesús. Lo llevaba en el bolsillo y se me ha debido de caer en algún sitio.

Jesús se quitó las gafas e intentó limpiarlas con el forro interior de unos guantes de jardinería.

—Es una pena, señora Fitzgerald. Él se lo va a tomar muy mal. Cree que no pueden volverse a su casa porque no tienen dinero.

—Eso no es verdad.

—Solo le digo lo que piensa Valpy.

—En cualquier caso, el Caballito no nos habría ayudado a volver a casa, como acaba de decir usted mismo.

—El peso Caballito es un tesoro de otra índole. Aunque a veces es mejor que lo que ha estado enterrado durante mucho tiempo siga estándolo.

Jesús volvió a ponerse las gafas, ahora más mugrientas que antes.

Penelope recorrió el jardín con la mirada. Las camelias florecían exuberantes, desprendiendo un aroma casi celestial.

—¿Por qué crece todo tan bien aquí? —preguntó.

—La altura —dijo Jesús.

El trayecto en autobús hasta Ciudad de México duró nueve horas, pero transcurrió, por fortuna, sin contratiempos. Dejaron la maleta en el pequeño hotel que había elegido, y desde allí se fueron directamente a ver los murales de Rivera y Siqueiros en la Universidad Nueva. No le gustaran tanto como había esperado, y aquello la desconcertó. Le parecieron confusos y poco convincentes. Aunque las ideas que animaban el muralismo mexicano sí conectaron con sus convicciones más profundas: representaban lo mismo que siempre había admirado en el movimiento *Arts and Crafts,* el arte público al servicio de la gente, haciendo que la distinción entre las bellas artes y las artes aplicadas quedara reducida al mínimo, cuando no abolida por completo.

Fueron a visitar la biblioteca de la antigua Universidad de México, fundada por Carlos I de España, que era ahora un museo custodiado por un hombrecillo ataviado con un traje marrón y que llevaba una enorme llave de plata. Tuvieron que golpear la puerta para que les abrieran, y cuando apareció aquel hombre, les sonrió y les señaló el timbre, que estaba a un lado. Les explicó que él era el *guardia,* no el *guía,* y alzó ante ellos la llave a modo de prueba. Aun así, les dijo que tenían que caminar de un lado a otro dos veces para apreciar bien los efectos de profundidad y perspectiva de la pintura del techo de la primera sala. También les mostró una mesa de ébano (de la India) y palisandro (de Brasil), y les dijo que los libros seguían a disposición de los estudiantes y del público, que podían leerlos, aunque ya quedaran pocos en las estanterías. Les enseñó con orgullo los rectángulos blancos de los huecos en que habían estado antes los libros, ahora trasladados a la biblioteca de la Universidad Nueva.

En el pueblo de Metepec vieron una plaza llena de mujeres y niños que modelaban juguetes de barro como los que habían visto en el *mercado.* Un comerciante intentó venderles en San Miguel de Allende una pieza procedente de una excavación histórica reciente en la que habían aparecido antiguas sirenas de arcilla. Todo un misterio, ya que San Miguel de Allende se encontraba a cientos de kilómetros del mar. No veía la hora de contárselo a los Tuttle.

El último día fueron a ver los templos de Teotihuacán, donde

contrataron una visita guiada. Cuando el guía empezó a describir cómo el sacerdote azteca danzaba envuelto en la piel del joven al que hubieran sacrificado, Valpy buscó su mano y Penelope le susurró que a veces el gran arte y la violencia extrema estaban íntimamente relacionados. Después, Valpy quiso subir a la Pirámide del Sol porque recordaba que el señor Azuela le había dicho que los pozos mineros eran tan profundos como alta era la pirámide. Dejaron la cesta del almuerzo al pie de la larga escalinata de piedra y empezaron a subir los 248 peldaños. Cuando llegaron arriba, se giraron justo a tiempo para ver cómo un muchacho mexicano salía corriendo con su cesta. Valpy se quedó consternado.

—¡Mamá!

Desde lo alto de la pirámide pudieron seguir durante largo rato la ruta que tomaba aquel chico en su huida. Cruzó dos calles, habló brevemente con un tendero, se ató un zapato y siguió corriendo a toda velocidad hasta doblar una esquina y dirigirse a la avenida.

—Bueno, quizá él lo necesite más que nosotros. Está intentando crecer, igual que tú.

Esto fue lo que le dijo Penelope, a pesar de que se había dado el capricho de comprar *elotes, tamales* y fruta en cantidad suficiente como para que les alcanzara, esperaba, tanto para la comida como para la cena, y le dolió ver cómo desaparecía todo aquello metido en la cesta.

Regresaron el primer día del año y, al día siguiente, Chela cayó enferma. La tos y la congestión le duraron solo dos días, pero cuando se le pasaron notó que había perdido el sentido del gusto. Por la mañana preparó bollos de *chorizo* y *queso,* y se comió uno recién salido del horno mientras una brisa de enero entraba por la ventana abierta. Dos horas más tarde estaba haciendo las *tortillas* de la cena y al probar una pensó que se le había olvidado la sal. Pero allí estaba, abierto sobre la encimera, su salero de cerámica azul oscuro mostrando la huella visible de los pellizcos de sal que les había echado a las tortillas. Probó otra. La textura era perfecta. Se la pasó de un lado a otro de la boca, se la tragó y fue entonces cuando

se puso a gritar.

Ya había perdido el sentido del gusto una vez, hacía años, y en aquella ocasión la dolencia le duró una semana. Había tenido que volver a la casa de su madre para recuperarse, así que de inmediato empezó a prepararse para volver a hacerlo.

Lo sorprendente fue que nadie más notaba tampoco el sabor de las tortillas.

—¿Cómo es posible? —preguntó doña Elena—. Yo no he estado enferma.

Todos los habitantes de Mirando, menos doña Anita, que se había retirado de nuevo a su habitación, se reunieron en la terraza de ladrillo del jardín trasero. El grito había atraído a la mayoría, y Valpy estaba ya con Chela. De hecho, fue Valpy quien le dijo que apagara el fuego. Chela había perdido también el olfato y no se daba cuenta de que se le estaban quemando las salsas.

El señor Flatley mordisqueó una tortilla. Dijo que podía detectar un leve sabor a maíz.

Pero Chela descartó esa posibilidad con un gesto:

—No, no lo detecta —estaba guardando los cuchillos—. Si no noto yo el sabor de los ingredientes, no lo nota nadie.

—¿Cómo es posible?

—Ahora no puedo hablarle de las sutilezas de la cocina, señor Flatley.

—¿Huele o nota el sabor de algo? —le preguntó Penelope.

—Un poco de gris.

—¿No será la ceniza? —preguntó alguien.

—No. Es solo la sensación del gris. Tengo que llegar al autobús de las cuatro y media que sale de la estación de Anáhuac —dijo Chela—. Esperanza estará aquí por la mañana. En cuanto a esta noche, les sugiero que vayan a cenar al Hotel Arizpe. Ya le he dicho a don Pedro que cuente con todos ustedes.

Jesús llegó con el coche y Chela se despidió de ellos. Besó a doña Elena, le dijo a Pax que se portara bien y le dio un abrazo a Valpy. Luego se acomodó en el asiento delantero del coche, junto a Jesús, y se marcharon.

Los demás se quedaron de pie formando un semicírculo.

—Miren esto. Acérquense —dijo el Delaney, señalando hacia abajo.

Ante ellos había una mancha que tenía la forma de México, dibujada justo sobre la última capa de nieve sin derretir que quedaba en el suelo. Mientras el grupo la observaba, Pax se deslizó entre las piernas de Valpy y se sentó con toda naturalidad en el centro del país. Como no dejaba de mover la cola, barrió la península de la Baja California y terminó por eliminarla del todo.

En cualquier caso, Penelope no podía apartar la mirada del polvo que aún flotaba en el aire tras la partida de Chela. La posibilidad de ir a refugiarse en la casa de una madre para recobrar el sentido de las cosas, de la manera más literal en este caso, le pareció lo más mágico que había presenciado hasta ese momento.

Estimada…

Me acuerdo del sarape. Era rojo, con dibujos, bastante raído y de un tejido tosco. La verdad es que no sé qué fue de él. Lo que sí sé es que cada vez que salíamos de viaje o nos íbamos de vacaciones, ella insistía en traerse algo que le hubiera llamado la atención. Aunque hubiera que cargar con ello durante días. Recuerdo unas colchas turcas acolchadas increíblemente pesadas que además olían fatal. También cerámica española y unos iconos rusos de metal. Debió de traerse bastantes cosas de México, porque hay una fotografía de años más tarde en la que aparecemos Valpy y yo en Londres vestidos con unos trajes mexicanos para celebrar la festividad de santa Lucía. Yo aparezco disfrazada de santa Lucía, con unas velas en la cabeza.

Por lo que recuerdo, el sarape era sobre todo de color rojo, con franjas amarillas y también otros colores. Estaba tejido de manera algo basta y se distinguían claramente los hilos verticales a través de la trama. Supongo que debió de acabar en alguna caja cuando nos fuimos de Londres. Coincido en que es un misterio esto de que los colores no coincidan. ¿Por qué no coinciden? Obviamente, ella debía de pensar que yo sabría la respuesta.

No recuerdo que mi madre hablara nunca de su viaje a México en años posteriores, ni siquiera en las ocasiones en que Valpy regresó al país por motivos académicos y con su familia. Hace poco encontramos un viejo atlas familiar en el que había una cruz marcada sobre Saltillo con lo que parece ser la caligrafía de Desmond.

Y tiene razón: le encantaban los colores fuertes y brillantes. De hecho, pidió que pintaran las distintas habitaciones en las que fue viviendo de verde oliva o de un verde bosque intenso combinado con un azul un poco más apagado. Fue una de las primeras defensoras de las alfombras de Casa Pupo y tenía una bajo su cama de Londres.

¿Le gustaban los gatos? Yo diría que los observaba y que los

comprendía. Y le agradaba tenerlos cerca, pero no era efusiva ni se mostraba abiertamente cariñosa con ellos.

Con todo mi afecto,

TINA

ENERO

EN EL MAR

Chela estuvo fuera una semana y Mirando se tambaleó.

El lunes 5 de enero, Esperanza dejó que Valpy barriera el vestíbulo. Sin embargo, cuando tuvo que irse porque la llamaron para una urgencia en la cocina, se olvidó de decirle que parase antes de que se pusiera el sol. Y Valpy, tan diligente en todo lo que hacía, siguió barriendo cada rincón, cada escalón, mientras el sol se ponía, lo que constituía un mal presagio porque invitaba a la desgracia a entrar por la puerta principal.

El martes 6 de enero no se retiraron los adornos navideños. Si no se quitaban el día de Reyes, debían permanecer hasta la Candelaria. Las flores de Pascua, ya marchitas y oscuras como la sangre, estaban muriéndose.

Esperanza preparó la *rosca de Reyes* y la sirvió con la comida. No había mucha gente: solo estaban los Tuttle, el Delaney y doña Anita, además de Penelope y Valpy. Todos se sorprendieron cuando Valpy mordió el haba seca, no porque hubiera encontrado la sorpresa, sino porque la sorpresa era un haba.

—¡Esto no es una *rosca de Reyes* como Dios manda! —exclamó doña Anita.

Llamaron a Esperanza para que explicara qué había hecho.

—En mi casa siempre ponemos un haba —dijo, alzando ligeramente la barbilla—. Nadie me ha dicho que tuviera que poner otra cosa.

El Delaney se volvió hacia Valpy, que aún sostenía el haba en la palma de la mano.

—Bueno, eres el rey del día, aunque sea con un haba. ¡Enhorabuena!

Nadie se mostró con ganas de fiesta.

—Señora Fitzgerald —dijo doña Anita—, ¿por qué tiene mi cuñada ese precioso sarape azul suyo?

Cuando Penelope se lo explicó, Anita se alarmó de verdad:

—¿Y se lo prestó en el día de los Santos Inocentes? ¡No lo va a recuperar jamás!

—¿Cómo es posible? Me dijo que se trataba de una tradición de ese día, lo de pedirle algo prestado a un amigo.

—El truco de siempre…

—Yo soy el rey del día —dijo Valpy—. ¿Puedo hacer que se lo devuelva?

A nadie en la mesa le pareció una buena idea, excepto a Anita.

—¡Sí! —dijo ella—. ¡Oh, sí! Tienen que intentarlo. Al fin y al cabo, se trata de una tradición propia de estas fechas, y fue ella quien les trajo el árbol de Navidad. Eso sí, cuando entren, asegúrense de que no esté escuchando la *cantilena.*

Así que esa misma tarde Penelope y Valpy esperaron a las puertas del salón hasta que terminó la *cantilena.* Faltaba más o menos una hora para que llegaran las visitas. Doña Anita se había subido a su habitación, y doña Elena se encontraba sola en el salón. Oyeron cómo se acercaba al Victrola y cómo levantaba la aguja, aunque lo hizo con bastante torpeza y rayó el disco.

—*Mierda* —dijo.

—*Mierda*, *mierda*—repitió Jasper.

—¡Cállate! —espetó la doña, con una aspereza impropia de ella.

Penelope aguzó el oído, igual que cuando Desmond llegaba tarde a casa. Valpy la miró.

—¿Sabes lo que significa eso? —le preguntó ella.

Él asintió:

—Los exploradores lo dicen a veces.

—Adora esos discos.

—Lo sé —respondió él.

Cuando Penelope empezó por fin a abrir la puerta, se dio cuenta de que Elena se tambaleaba. La vio apoyarse en el respaldo de una silla y avanzar luego desde el Victrola hasta la chimenea apoyándose en los muebles que iba encontrando a su paso para no caerse.

Penelope cerró la puerta.

—Valpy, no es un buen momento.

—Pero solo puedo pedírselo hoy, que es mi día. Y después tengo

que quedarme arriba.

—Aun así. —Lo condujo hacia el pasillo—. Lo siento.

—¿No quieres que te devuelva el sarape? Creía que te gustaba mucho.

—Y me gusta mucho.

—Pues no lo entiendo. Si Chela estuviera aquí, sabría qué hacer.

—Ahí tienes toda la razón.

Penelope habría preferido que no la tuviera, pero le pareció mejor ser sincera al respecto y no engañar al niño ni engañarse a sí misma.

El miércoles 7 de enero, el salón entero se enteró de la jugada más audaz que Violet Slater se había permitido hasta la fecha. Supieron que se había aproximado a doña Anita mientras nadie miraba y que la había convencido de que sería magnífico que exhibieran la casa.

—¿Exhibieran? —preguntó doña Elena—. ¿Qué quiere decir con «exhibieran»*?*

—Serán grupos pequeños, al parecer, solo gente muy interesada. Historiadores, arquitectos y coleccionistas de arte, creo. Y no con demasiada frecuencia, apenas una vez a la semana o algo así. De hecho, propuso los jueves.

—¿Pero no es ese el día libre de Chela? —preguntó doña Elena.

—Podemos cambiarlo si hace falta preparar algún refrigerio.

—Bueno —dijo doña Elena—. Estoy segura de que las intenciones de Violet son honestas.

«Qué tontería», pensó Penelope.

—La empresa de ingeniería de su marido está haciendo un trabajo admirable en la mina —añadió Elena.

—Doña, si me permite una palabra… —El señor Azuela acababa de llegar para darles su informe diario—. Si de lo que están hablando es del plan Slater para los pozos más profundos, he de manifestar mi desacuerdo. Prometen proporcionar una ventilación más segura, pero aún no han hecho ninguna prueba con el modelo que proponen.

—Estimado señor Azuela. Todos sabemos que, si por usted fuera, los burros seguirían tirando de las *arrastras*.

Así dio por zanjada la discusión y pidió que trajeran el carrito.

El jueves 8 de enero, Valpy le preguntó a Penelope si ya había llevado a tasar el Caballito de forma oficial, y ella le dijo que aún no y luego reanudó desesperadamente la búsqueda. Había leído que, cuando se pierde algo, conviene esforzarse por visualizar con precisión el último lugar en el que recordaba haberlo tenido, pero ese lugar era el cuarto azul, donde había estado con Valpy, y ya lo había registrado todo. Aun así, no se acordaba de cada detalle con claridad. Había algo especial en los rayos de sol, pero no conseguía precisar de qué se trataba exactamente. Decidió confiárselo todo al Delaney.

—Es solo una moneda, ¿no? —preguntó él.

—Sí, pero tiene cierto valor histórico. Y Valpy cree que es un tesoro.

Recorrieron juntos el sendero que rodeaba el lago con la forma de México, la iglesia de San Esteban, el Hotel Arizpe y la Casa Guajardo. Ella incluso llegó a enviarle un mensaje al señor Garza.

—Qué propio de mí, esto de perder justo el regalo más importante que me ha hecho Valpy en toda su vida. ¿Y si no se recupera nunca? ¿Y si no es capaz de superarlo?

El viernes 9 de enero, los exploradores tuvieron un accidente. Una vez terminados los diseños de sus embarcaciones, el señor Reynoso consiguió hacerse con unos tablones de madera y unas herramientas, y comenzó el montaje de la embarcación. Nadie vio exactamente lo que había ocurrido, pero, cuando Milo gritó, Genaro tenía una sierra en la mano. La herida fue leve y solo necesitó unos puntos de sutura, pero el incidente dio pie a que Violet Slater y Rose Clancy empezaran a hacer preguntas. ¿No era ya hora de que los exploradores contaran con un nuevo cuartel general, más seguro? ¿Y que les liderara un responsable más adecuado? Comenzó a circular toda una red de rumores soterrados contra Reynoso.

Violet contrató al señor Flatley para que le diera clases de historia y francés a Milo durante su convalecencia.

«Y así puede ir arrastrándose hacia el interior de la casa, escurridiza como un gusano», pensó Penelope.

Por fin, el sábado 10 de enero, regresó Chela, con todos sus

sentidos ya restablecidos. En la casa se sintieron todos mejor, y el reloj de pared del vestíbulo volvió a dar las horas, aunque de manera poco precisa.

Cuando se enteró del accidente de Milo, Chela se burló:

—¿Que el señor Flatley habla francés? —preguntó—. Ridículo.

EL TIEMPO ORDINARIO

El Tiempo Ordinario, representado por el color verde, llegaba después de la Epifanía. En Fonseca los días transcurrían apacibles e invernales. Penelope pasaba muchas horas escribiendo en su silenciosa habitación. El artículo para la *World Review* iba avanzando a buen ritmo, y empezaba a preguntarse si sería capaz también de terminar el relato. Solo salía los jueves para escapar de Violet Slater, que iba ese día para enseñar Mirando. Todos hacían lo mismo, salvo Esperanza, que llegaba para atender cualquier cosa que la propia Violet pudiera necesitar.

Uno de esos jueves, Penelope fue al Hotel Arizpe a tomar el té y se encontró a Jo, que estaba sentada sola. Habitualmente era una mujer muy sociable y llena de energía, pero ese día parecía apagada, y lo único alegre que había en ella era el collar de cuentas rojas que tanto le gustaba ponerse. Invitó a Penelope a que se sentara con ella y pidieron una tetera nueva y un plato de *galletas María,* coincidiendo ambas en que las de Chela sabían mejor.

Edward había vuelto a sacar las acuarelas.

Penelope se quedó un momento en silencio, con la mirada perdida. Luego dijo:

—Vaya.

—Mientras se dedicaba al óleo, comencé una acuarela de El Palacio, el cine de la calle Victoria, pero a veces, cuando yo empiezo algo, él se interesa por lo mismo y entonces se queda con la idea o hace su propia versión. Así que ahora ha vuelto a quedase con las acuarelas, y yo tengo que volver al óleo. No pasa nada. Espero poder terminar por fin mi San Esteban.

—Debe hacerlo —dijo Penelope.

—¿Y tú? ¿Estás trabajando en algo? —le preguntó Jo—. Sigo pensando que deberías escribir sobre Mirando.

Penelope dijo que lo estaba haciendo.

—¡Qué maravilla! Y sin que Desmond proteste ni te insista en que te pases a la no ficción. Qué suerte.

A Penelope le parecía un error intentar comprender cómo funcionaba el matrimonio de los demás, pero no pudo evitarlo:

—No me parece justo lo que le pasa, Jo.

—Recuerda que tomé una decisión —dijo ella.

Jo le dijo que iba a pedir la cuenta y, mientras se alejaba de la mesa, Penelope sacó un trozo de papel. Sus bocetos se caracterizaban por mostrar objetos que se reconocían al instante, como si llevaran título, aunque ella no los titulara. Las líneas firmes y sencillas se imponían por sí solas y aquello generaba cierto consuelo en el espectador: una taza de té, un cesto para la ropa, una planta en una maceta… Eran justo lo contrario de los de Edward.

Dibujó un pincel para Jo.

El sábado por la noche sirvieron unos martinis muy cargados, y doña Elena se bebió tantos que terminó rompiendo su copa. Luego se cayó hacia delante y se hizo un corte en el pecho. Al día siguiente salió al jardín para recuperarse, con un trozo de hielo envuelto en una muselina para ponérselo en el pecho. Cuando vio a Jesús, le ordenó que construyera una conejera.

—¿Qué es todo eso que estoy oyendo sobre el accidente de un explorador? —preguntó—. Me ha dicho la señora Slater que uno de ellos ha herido a su hijo.

Había ya otros huéspedes de la casa junto a ella en la terraza trasera.

El Delaney, que estaba ayudando a Jesús con la construcción de la conejera, alzó la vista:

—El niño exagera, doña.

—La mayoría de los niños lo hacen —dijo el señor Flatley.

—Fue un incidente menor —insistió el Delaney—. A Milo le dieron tres puntos. Se pondrá bien.

—Aun así —dijo la doña—. Este asunto de los exploradores se está convirtiendo en algo bastante serio.

—Todos los niños quieren que sus proyectos se tomen en serio,

doña —respondió el Delaney, y Penelope contuvo el aliento porque aquella era una de sus convicciones más profundas y queridas.

La *cantilena* sonaba desde la ventana, donde Chela había situado el Victrola después de que así se lo pidiera Elena con la intención de que la música se oyera desde fuera.

—Al caer la tarde, una nube hermosa y soñadora… —empezó a traducir el señor Flatley.

Elena levantó la mano.

—Pare, por favor. Si no sé de qué trata, me queda la libertad de imaginármelo.

Cerró los ojos. La *cantilena* terminó y doña Elena se quedó dormida, con el hielo derritiéndosele en el pecho.

Por desgracia, Violet Slater actuó deprisa. La noche siguiente, la señora Clancy anunció en el salón que los exploradores iban a disponer de un edificio que constituiría su primer cuartel general de verdad. El señor Slater estaba acondicionando para las herramientas un cobertizo situado cerca del lago, en la Alameda Zaragoza, y haría las veces de capitán hasta que pudieran dar con alguien adecuado.

—El señor Reynoso ya lo es —dijo Penelope.

—Le hemos dicho a Reynoso que sus servicios ya no son necesarios —dijo la señora Clancy—. Sinceramente, creo que hemos tenido mucha suerte de que no haya pasado nada peor.

—¿Quién se lo ha dicho?

—La señora Slater. Se ofreció encantada. Y hablaba en nombre de todas las madres.

—¡En absoluto! En mi nombre no hablaba.

—Claro que sí. La señora Slater le dijo que Valpy y Milo se habían hecho muy amigos, y que Valpy está muy afectado por lo de la herida de Milo.

—Eso no es cierto.

—Da lo mismo. Fue un golpe para el señor Reynoso, pero es lo mejor.

—Los golpes nunca son lo mejor —dijo Penelope—. ¿Dónde está ahora?

—¿Milo?

—¡No! ¡El señor Reynoso! ¿Dónde vive?

—En el Viejo Camino, pero ha vaciado su casa esta mañana.

—¿Que la ha vaciado?

—Sí. Se ha ido y se ha llevado solo una maleta.

La señora Clancy no sabía adónde se había ido, así que Penelope fue directamente a la cocina a buscar a Chela, que le dijo que ya era demasiado tarde. Doña López había visto a Reynoso en la Estación del Norte, esperando con un billete de autobús solo de ida en la mano.

—Creía que doña López era ciega —dijo Penelope—. ¿Cómo podía saber que era un billete solo de ida?

—No hace falta el don de la vista para oír el llanto del corazón de un hombre.

—¿Cuándo ha sido todo esto?

—Hace cosa de una hora.

—¿Cuándo sale el autobús?

—¿Cómo voy a saberlo yo? Si no he ido en mi vida a ningún lugar más al norte de Fonseca.

Jesús accedió a llevar a Penelope a la estación y, cuando llegaron, vieron que los pasajeros se estaban subiendo a los autobuses. El aparcamiento estaba lleno de gente, equipajes, niños y animales. Penelope caminó arriba y abajo entre los autobuses, abriéndose paso entre la multitud. Alguien le preguntó si necesitaba ayuda. Y alguien más le preguntó que dónde se había dejado el paraguas.

—Va a llover —oyó que le decían en inglés.

Siguió caminando, buscando entre la gente, recorriendo con la mirada las ventanillas de los pasajeros e intentando descifrar cada rostro. Entonces, en el extremo más alejado del aparcamiento, vio que un autobús se ponía en marcha y alcanzó a distinguir el perfil de Reynoso, en la parte central del vehículo. Agitó los brazos y dijo su nombre en voz alta, pero él estaba mirando hacia abajo y no la vio. El autobús giró a la izquierda hacia la avenida Presidente Cárdenas y luego desapareció, con el señor Reynoso a bordo, cabizbajo.

—¿Qué autobús era ese? —le preguntó Penelope al jefe de estación.

—El de las seis y catorce a Piedras Negras.

—¿Eso está cerca de algún lugar en el que haya agua? ¿Un lago o un río?

—Oh no, *señora.* Es el desierto. Uno de los paisajes más secos en los que puede vivir un ser humano. O sobrevivir, más bien.

—Qué horror.

—Desde luego, no es para todo el mundo —convino con ella el jefe de estación.

Empezó a llover y las farolas parpadearon al encenderse. ¿Por qué no se dirigiría Reynoso hacia el este, de regreso al agua que tanto amaba? ¿Por qué se iría al norte, tan seco y pedregoso? El golpe debía de haber sido terrible.

Penelope decidió regresar caminando a la casa, sin importarle que estuviera lloviendo. Siguió la avenida Presidente Cárdenas hasta la calle Miguel Hidalgo, donde tuvo que bajarse a la calzada porque unos jóvenes borrachos no se apartaron para hacerle sitio en la acera, y se torció un tobillo. Pasó junto a un grupo de mariachis que iba con otro burro herido. Abrió el bolso, sacó el billete más grande que llevaba y se lo dio al hombre que sujetaba el arnés. El hombre se quitó el sombrero al instante e insistió en que se subiera para llevarla. Le indicó con gestos que no era una mujer muy grande, que no habría ningún problema porque el burro era fuerte. Pero ella lo rechazó también con unos movimientos muy claros de las manos, repitiendo *no gracias, no gracias,* hasta que consiguió alejarse.

Ya casi en Mirando, se encontró al Delaney sentado en un banco de la plaza. Al verla, él se apresuró hacia ella con su paraguas.

—Es demasiado tarde. Ya estoy empapada —dijo ella.

—¿Dónde has estado?

—En la estación de autobuses.

El Delaney palideció.

—¿Ibas a marcharte?

—No. Pero el señor Reynoso sí se ha ido.

Desplazó el paraguas para resguardarla por completo, aunque de esa forma él se quedara solo cubierto a medias.

—Lo sé. Lo siento mucho. Es terrible.

—¿Cómo lo has sabido?

—Vino Genaro a ver a doña Elena mientras tú no estabas.

—¿Genaro? ¿Por qué?

—Dice que todo fue culpa suya, que tendría que haber sido más cuidadoso.

—¡No fue culpa suya!

—Lo sé. Él pensaba que la doña podría lograr que Reynoso se quedara, pero, claro, ella ya había hablado con Violet Slater.

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No fue culpa suya —volvió a decir Penelope, secándose sus propios ojos.

Se quedaron allí, envueltos por un silencio que parecía marcado por el abatimiento. Entonces el Delaney le preguntó:

—¿Te sientas conmigo?

—Estoy empapada.

—Eso ya lo has dicho.

—Este paraguas tuyo no sirve de nada.

—¿Qué más da?

Penelope no quiso ni imaginar el aspecto que tendría, con el pelo cayéndole en mechones mojados a ambos lados de la cabeza. Sabía que una gota se le había instalado en la punta de la nariz y notaba las patadas del bebé. No sabía qué era lo que veía él en ella, pero ella veía en él a un hombre decidido, quizá poco afortunado, pero en ningún caso abatido.

—Todavía no he encontrado el Caballito.

Él asintió.

—No lo habría perdido de no haber estado distraída —dijo— pensando en ti.

De pronto, una bandada de estorninos salió en torbellino del árbol que había sobre sus cabezas, la lluvia pareció aligerarse y Ernest se inclinó sobre ella y la besó.

—Ernest —dijo ella—, ¿qué vamos a hacer?

Él le apartó el pelo de la cara y dijo que, por el momento, iban a volver a Mirando. Entraron por la puerta principal y oyeron la canción *Mar y cielo* de Los Panchos, que sonaba en el salón. «*Que nunca, nunca, nunca el mar lo alcanzará*», cantaban los tenores. El mar nunca alcanzaría el cielo.

Ernest no lo recordaba.

—La estaban poniendo aquel día en la lavandería —dijo ella—. Ya te dije que tengo muy buena memoria.

Aquella noche había manhattans, los preferidos del señor Azuela. Más tarde, correría el rumor de que había parado en algún sitio antes de llegar a Mirando y que se había presentado allí ya tambaleándose, pero nadie podría afirmarlo con total certeza. Estaba pálido y sudoroso, y después de servirse dos cócteles de la jarra, empezó a echarse whisky directamente en el vaso. Para cuando los visitantes de aquel día empezaron a marcharse, estaba muy borracho. Chela le dijo que fuera a echarse agua en la cara y a arreglarse un poco. Y que usara el cuarto de baño del segundo piso. El señor Azuela salió del salón y, como no regresó al cabo de unos minutos, todos dieron por hecho que se había ido a su casa.

Chela anunció la cena y, cuando todos cruzaban el vestíbulo de camino al comedor, oyeron un grito. El señor Azuela estaba en lo alto de la escalera, sosteniendo un libro y con las mangas de la chaqueta subidas hasta los codos. Había puesto el dedo índice en el punto exacto de la página que quería enseñarles.

—*¡Aquí!* —gritó—. *¡Aquí!*

Y se precipitó escaleras abajo por los peldaños recién barridos.

Más tarde habría quien dijera que le había oído pronunciar la palabra «Slater» mientras descendía. Otros creyeron oír «escuela». Fuera lo que fuese, cuando ya había llegado al tercer escalón desde abajo se le fueron los pies, cayó hacia atrás y la cabeza se le estrelló contra el canto del sexto peldaño, produciendo un sonido seco y espantoso. Se incorporó de inmediato, pero enseguida volvió a desplomarse y cayó deslizándose por los últimos escalones mientras movía un brazo como si estuviera nadando. La sangre empezó a acumulársele enseguida en la nuca y en una de las orejas.

La señora Tuttle gritó. Doña Anita vomitó.

—Un ser humano puede sobrevivir a la pérdida de hasta una cuarta parte del volumen de su sangre corporal…

—¡Ahora no, señor Flatley! —gritó doña Elena, aunque fue el Delaney quien lo sacó de la estancia a empujones.

Penelope se quedó completamente muda, allí, tragando saliva y parpadeando, con la impresión de que algo esencial, el mecanismo que hacía brotar las palabras desde el cuerpo hacia el exterior, se había quebrado definitivamente dentro de ella. Fonseca lo había conseguido. Y, sin embargo, le sorprendió no estar más asustada. No sintió ninguna descarga de adrenalina ni ninguna oleada de pánico. No rezó, aunque lamentó darse cuenta en ese momento de que había contraído una enorme deuda con Violet Slater: Milo había invitado a Valpy a pasar la noche, y Penelope le había dejado a pesar de sus recelos. Aquella *fiesta de pijamas* había salvado a Valpy de un recuerdo terrible.

Solo Chela mantuvo la cabeza fría y llamó a todos sus contactos en busca de ayuda, pero cuando llegaron los jefes de policía, bomberos y parques y jardines, ya era demasiado tarde.

—¿Para qué han venido los de parques y jardines? —preguntó el señor Flatley.

Aquello fue mucho después, cuando estaban todos de nuevo en el salón, junto a la cena, que había quedado abandonada. Chela se estaba bebiendo un whisky y no contestó.

—Ni siquiera sabíamos su nombre de pila —dijo el señor Flatley.

—Genaro —dijo Chela.

Penelope se quedó mirando.

—¿Era pariente...?

—Por supuesto. Los nombres se heredan.

El libro que llevaba en las manos era un volumen de la historia de Fonseca, pero resultaba imposible saber en qué página estaba lo que había querido mostrarles.

Al día siguiente, las campanas de San Esteban doblaron tres veces tres, el toque decretado para los fallecidos si se trataba de un hombre. En el caso de las mujeres tocaban dos veces tres. Luego la iglesia hizo sonar una campanada por cada año de vida del difunto. Como en Mirando nadie sabía cuántos años tenía el señor Azuela, escucharon y fueron contando. Una espera solemne que se prolongó a lo largo de cuarenta y dos campanadas.

CHELA

Cuando se decidió por fin a preguntarle a Chela por el paradero del Caballito perdido, Valpy ya estaba allí. Se había sentado en su taburete de la cocina y Penelope se dio cuenta de que había estado llorando.

—Siempre me dices que tarde o temprano terminas por perder lo que te metes en los bolsillos.

Penelope miró a Chela.

—¿Cómo lo sabía? No se lo he contado a nadie.

Chela cerró los ojos.

—Doña López la vio caminando por la calle Juan Aldama e iba mirando al suelo.

—¿Pero cómo sabía ella qué era lo que estaba buscando?

—Estornudó en medio de la calle.

Eso puso el punto final a cualquier intento de entender aquellas disparatadas respuestas. Penelope se volvió hacia Valpy.

—Hasta el momento siempre lo he encontrado todo. También lo que has perdido tú. Y todo lo que me has dado y luego se me ha perdido a mí… —Porque aquello ya había ocurrido antes, y ella le había prometido que no volvería a pasar, así que respiró hondo—. Valpy, lo siento muchísimo.

—¡Siempre perdemos las cosas que más nos gustan! —dijo él, y salió corriendo de la cocina.

Penelope se sintió como si le hubieran dado un puñetazo.

—Me da usted pena —dijo Chela, volviéndose hacia los fogones.

Repentinamente agotada, Penelope se sentó en el taburete de Valpy.

—Sería preferible que me dijera algo como «Siento pena por usted». Suena mejor.

Chela se lo pensó un momento y luego negó con la cabeza.

—No. No me lo parece.

Se secó las manos en un paño, buscó en el bolsillo de su delantal y sacó el Caballito.

Penelope se levantó de un salto.

—¡Chela! ¿Dónde lo ha encontrado? Pero ¿por qué no ha dicho nada? Valpy se va a poner muy contento.

—¿Eso cree? ¿Le ha contado ya cuál es su verdadero valor?

Penelope se quedó mirando la moneda y no respondió.

—Supongo que tiene dos opciones. Puede decirle que ha aparecido y que no vale la fortuna que él imagina. O puede dejar que siga creyendo que es muy valioso y que se ha perdido.

El peso estaba del lado del águila, con la serpiente retorciéndose en el pico, no más atrapada de lo que se sentía Penelope en ese instante.

—Para serle sincera, quien está un poco perdida soy yo.

Volvió al taburete de Valpy.

—Me da usted pena —volvió a decir Chela, y Penelope terminó por darle las gracias.

OTRO CUMPLEAÑOS

El lunes 26 de enero era el cumpleaños de Tina. Había nacido a las siete y media de la mañana, y Penelope se despertó exactamente a esa hora. Pensando en su hijita, que cumplía tres años tan lejos del lugar en que se encontraba ella, se quedó en el diván, incapaz de moverse. A Tina le habría encantado oír cómo daban las ocho en Fonseca, con aquel traqueteo de las ventanas que llegaba tan puntual como siempre.

Valpy se levantó y se vistió a toda velocidad. Penelope le dijo que no se encontraba bien, así que bajó solo a desayunar con Chela. No mencionó el cumpleaños de Tina, y a ella le pareció que era mejor no recordárselo.

Aquella mañana Penelope fue a la librería en lengua inglesa de la calle Victoria para ver si encontraba algo que llevarle a Tina. No había podido convencer a Jenna, la propietaria procedente de Ealing, de que vendiera la *World Review,* pero mantenían una relación muy cordial gracias a todo el papel de cartas que Penelope le había ido comprando desde que llegó a Fonseca. Entró y vio que Violet Slater estaba mirando los libros de la sección de no ficción.

No había nadie más en la librería, solo ellas dos y el marido de Violet, Steve. Violet se volvió hacia ella.

—Hola, ¿qué tal está?

—No voy a contestar a esa pregunta.

Violet sonrió y regresó a las estanterías.

—Verá… La señora Slater y yo estábamos comentando si sería mejor que colocara las biblias en el apartado de poesía o en el de no ficción —dijo Jenna.

—¿Va a comprar una biblia? —preguntó Penelope.

Violet se echó a reír.

—Quiero leer los salmos. El padre Bedoya me los ha recomendado.

—¿Por qué?

—¿A qué viene tanta sorpresa? Por el consuelo, supongo, después de lo que le ha ocurrido al pobre señor Azuela. Un recordatorio de la brevedad de la vida humana, la eternidad de Dios, etcétera.

—Seguro que le interesarían más las páginas sobre la condena de los enemigos.

—¿Qué? —preguntó Violet.

Ahora Penelope había logrado captar también la atención de Steve Slater.

—Ha dejado al señor Reynoso sin sus exploradores, aunque los niños lo adoraran. Tenía que deshacerse de él, claro, porque el Centro Universal para la Infancia es una idea incontestablemente buena. —Pensó que quizá estaría bien parar en ese momento y ordenar un poco sus pensamientos, pero no pudo—. Tiene una falta absoluta de tacto. Es desconsiderada, insensible, vanidosa y arrogante. Es una abusona destructiva.

Sobrecogida por su propia audacia, Penelope dio un paso atrás. Pero Violet no mostró arrepentimiento alguno ni se disculpó.

—Madre mía. Está desquiciada. ¿Sabe que todo el mundo va diciendo que su marido la ha dejado?

—Si yo estoy aquí y él sigue en Inglaterra, ¿no seré yo quien lo ha dejado a él?

—Entonces, ¿es verdad, se han separado?

—No.

—¿Y cómo ha podido dejar a su hija sola tanto tiempo? Encima ahora está…

Violet miró el vientre de Penelope y los párpados se le enrojecieron. Tragó saliva con dificultad, de pronto incapaz de terminar la frase. La expresión de su rostro era de pura desesperación. Penelope recordó lo que le había contado doña Elena, pero no dijo nada. No creía que fuera capaz de darle a su voz el tono de compasión apropiado para ese momento.

—Escuche —dijo Steve Slater—. Violet dice que está aquí porque necesita el dinero.

Sacó la cartera del bolsillo del pantalón, ofreciéndole a Violet una

excusa para ocultar la emoción que la había desbordado.

—No seas estúpido, Steve. ¿Qué piensas hacer? ¿Darle un par de miles de libras? Con eso no ayudas a nadie.

Penelope no habría aceptado el dinero, pero no estaba de acuerdo. Ahí estaba la diferencia entre la gente que tenía dinero y la que no: los primeros no comprendían hasta qué punto podía llegar a cambiar las cosas una cantidad extra, por muy pequeña que fuera.

Cuando Jo se acercó a Mirando para decirle a Penelope que se marchaban de Fonseca, ya habían hecho las maletas. Pensaban irse más al sur, a Guanajuato. Edward estaba convencido de que sería mejor para su salud y para su trabajo. Seguía intentando dar con el azul correcto.

—No pueden irse —le dijo Penelope.

Lo que quería decirle en realidad era: «No se vaya. Quédese. Termine su cuadro». Aunque ¿qué derecho tenía ella a pedirle nada semejante? Le dijo:

—Creía que podríamos ir a ver al señor Garza de nuevo.

Habría querido disponer de mucho más tiempo para hablar con Jo de arte y de maridos. Jo le sonrió:

—Eso me habría encantado.

Se había levantado viento y las nubes empezaban a cerrarse. Penelope y Valpy les ayudaron a cargar sus últimas cosas en el coche. Jo y Edward caminaron hasta la acera donde habían aparcado el Buick. Por supuesto, se detuvieron un instante a discutir, y luego se cambiaron de sitio: Edward se dirigió a la puerta del copiloto y Jo se sentó al volante. Parecía que, después de todo, iba a dejar que condujera ella. Jo miró a Penelope de reojo, contenta con aquella pequeña victoria. Cuando el coche se apartó del bordillo, sacó la mano izquierda por la ventanilla para despedirse, y siguió despidiéndose hasta que dobló la esquina al final de la calle.

Los Hopper regresaron a Fonseca en 1955, y Edward expuso las obras correspondientes a los viajes de 1943 y 1955, pero nunca nada del invierno de 1952-1953. Años más tarde, Penelope vería el último retrato doble de Edward, *Dos comediantes,* con esa catástrofe

que son las manos entrelazadas de la pareja: la izquierda de Jo y la derecha de Edward. Esas manos no tenían ningún sentido. Ni físico ni geométrico, ni siquiera anatómico. Constituían un nudo, un remolino, una tormenta. Y los labios de Jo, de un rojo intenso, se mostraban fruncidos como los de un payaso, mientras que los de él eran de un refinado azul pálido.

A la hora de ir a acostarlo, Penelope se encontró a Valpy bastante apagado, y cuando fue a arroparlo, el niño hizo algo del todo inusual: le pidió un beso de buenas noches. Ella se lo dio enseguida en la frente.

—Hoy ha sido el cumpleaños de Tina —dijo él.

—Lo sé.

—No me has dicho nada.

—Lo siento, Valpy. Estaba esperando a ver si me decías algo tú a mí.

—Le he hecho un dibujo.

—¿Puedo verlo?

Él sacó su cuaderno de debajo de las sábanas y lo abrió.

—Le he hecho dos, en realidad, y ahora no sé cuál darle. —Al igual que Penelope, tenía la costumbre de encajar sus dibujos en el interior de un marco bien ajustado, con unos bordes muy precisos. En el primero aparecía un burro con cascabeles en el cabestro y en el otro, un paisaje de montañas—. Son las que se ven desde nuestra ventana. Me las he aprendido de memoria. Con sus contornos: redondo, redondo, en pico, dentado, redondo.

—Ay, Valpy. Me gustan mucho los dos —dijo Penelope.

LA VERDAD

Doña Elena afirmaba que Valpy había regado en exceso las flores de Pascua.

—Los platitos están llenos a rebosar y las hojas se están poniendo amarillas. ¡Hay agua por todo el suelo!

Unos cuantos fueron a comprobarlo y, al no ver el agua, dijeron que Chela debía de haberla recogido ya con la fregona.

A Chela se le quemaron las tortillas por primera vez en veinticinco años. Y un petirrojo empezó a cantar por la noche. Elena exigió saber si era cierto aquello de que Valpy había estado barriendo el vestíbulo después de que se pusiera el sol.

—¿Quién le ha dicho eso, doña? —preguntó Chela.

—La señora Slater.

En todo Mirando se percibía una atmósfera extraña, como si se esperaran lo peor, y al día siguiente Jasper desapareció de su jaula y Pax empezó a cojear. Valpy se ofreció a llamar a Jasper por todos lados hasta que regresara, pero Elena se negó. Dijo que no había nada que él pudiera hacer.

El martes 27 de enero, le pidieron a Penelope que acudiera al salón a las dos en punto, mucho antes de la llegada de los visitantes de aquel día. Llevaba ya ochenta y siete días en Mirando. Al entrar, vio que Elena se había puesto su sarape azul y se dio cuenta de que estaban escuchando la *cantilena.* Cuando se acercó a ellas, Elena le indicó el lugar en el que debía sentarse. Aún no estaba borracha, aunque doña Anita iba ya por buen camino.

—Es tan hermosa… —dijo doña Elena refiriéndose a la *cantilena* —. A pesar de que no me gusta nada que el tema sea una nube en el cielo.

Escuchó un fragmento más y luego levantó la aguja.

—Señora Fitzgerald, creo que usted y yo tenemos algo en común.

Elena se sentó y entrelazó las manos sobre el regazo, con una sonrisa que dejaba traslucir ese pesimismo suyo que parecía celebrarse a sí mismo. No era una buena señal, como ya sabía Penelope, que cruzó las manos de la misma manera en que lo había hecho la doña.

—Nuestras vidas se han visto lastradas por la debilidad de los que nos rodean. Usted parece tener un marido sin remedio. Y yo tengo a mi cuñada.

Anita se removió y frunció el ceño.

Elena se volvió hacia la mesita auxiliar, apartó unos papeles y sacó el cuaderno rojo de Penelope, que estaba abierto y dejaba ver las páginas que había estado escribiendo ella esos días.

—Quiero que me gusten las personas. De verdad que sí. Pero siempre me decepcionan. De manera invariable. Esto se lo encontró Esperanza cuando estaba ayudando con la colada. Le pedí que entrara en las habitaciones a recoger las sábanas para lavarlas. No era el día habitual, lo admito, pero todo se ha torcido con la ausencia de Chela.

—Sí, es cierto.

La doña asintió.

—Esperanza iba deprisa y más tarde no podía recordar en qué habitación había encontrado el cuaderno. Por suerte, la señora Slater dio con la clave y me lo trajo a mí. Todos sentíamos mucha curiosidad por lo que ha estado escribiendo aquí.

—No guardo mis cuadernos entre las sábanas —dijo Penelope.

—Pues ya ve.

Doña Elena abrió el cuaderno y comenzó a leer en voz alta.

—«Nadie ahorraba dinero en Fonseca y no hacerlo constituía, en sí mismo, un imperativo moral.»[8] ¿Se trata de un cuento?

—Es ficción, sí. ¿Lo ha leído entero?

—Varias veces. —La doña pasó unas páginas—. Tengo una o dos preguntas que hacerle. Todo esto de las palmadas y las *tortillas…* Ha hablado usted con la señora Clancy, supongo.

—Así es.

—¿Y en el curso de esas conversaciones pudo formarse usted

una opinión así de rigurosa de cómo aborda ella su labor educativa? Es una experta en la materia, una figura muy destacada de nuestra comunidad. —Miró fijamente a Penelope.

—Lo sé.

Doña Elena volvió a bajar la vista.

—Esta niña, Lucy…

—Sí.

El silencio se prolongó durante varios minutos. Pax entró paseando, dio una vuelta alrededor de los tobillos de Penelope, luego alrededor de los de doña Elena, y después se sentó sobre los destellos de sol que iluminaban un trozo de suelo, junto a las ventanas, para asearse. Por fin, doña Elena comenzó a hablar de nuevo:

—Hubo un incendio, pero Lucy no murió en él.

Penelope no creyó que sirviera de nada volver a pronunciar la palabra «ficción».

—Murió al dar a luz. Tenía veintiséis años.

—¿Lucy tuvo un hijo? —preguntó Penelope.

Chela ahogó un sollozo.

—Perdón, ¿quién es Lucy? —preguntó el Delaney. A él también le habían pedido que compareciera en el salón.

Elena sonrió.

—Me sorprende que no lo sepa, señor Delaney. Mi hermana menor, naturalmente. Tuvo una hija que murió por unas fiebres cuando era pequeña.

Chela ahogó otro sollozo.

La estancia quedó en silencio mientras la doña seguía leyendo.

—Esta frase —leyó—: «Llevo sesenta y seis años aquí y aún tengo la impresión de que soy poco más que una invitada en este país». Yo le dije algo parecido a esto. Creo que fue la noche en que llegó usted, cuando la invité a que añadiera algo a nuestra *ofrenda.* —Doña Elena comenzó a pasar las páginas con rapidez—. Así que ¿se trata de un cuento o no? ¿Es verdad o no?

Penelope respiró hondo.

—La ficción no es verdad, pero hay verdad en ella.

No esperaba que aquella respuesta fuera a ayudarla.

—Nos ha adjudicado una especie de lema familiar o una maldición, algo vagamente mágico. «Siempre vigilando.»

—Eso puedo cambiarlo.

Elena dejó caer las manos sobre su regazo.

—¿Quién se cree que es? No está a la altura. No puede introducir elementos mágicos en su relato así como así.

—Completamente de acuerdo.

Doña Elena cerró el cuaderno de golpe.

—Este es mi hogar. He estado aquí toda mi vida. Yo la invité.

Su voz iba elevándose, y doña Anita abrió los ojos y se puso más recta.

—Vamos, vamos… Los pajarillos del mismo nido tiran del mismo ala.

Elena resopló con desdén, produciendo un sonido muy desagradable desde el fondo de la garganta.

—Eso es manifiestamente falso. Los polluelos se pelean por cada una de las migajas que les pueda llevar la madre, y a veces hasta empujan al más débil para expulsarlo del nido.

Valpy miró a Penelope.

—¿Por qué tenías que escribir un cuento? ¿Por qué no has podido hacer que las cosas pasaran de verdad?

Estaba intentando contener las lágrimas con toda la dignidad de que era capaz.

Elena le tendió el cuaderno.

—Puede quedárselo, pero ha llegado el momento de que se marchen de aquí los dos.

El Delaney intentó decir algo, pero la doña levantó una mano.

—Usted… —dijo—. Con usted hablaré mañana.

Chela no entendía por qué Esperanza no le había entregado el cuaderno a ella.

—Es la hija de la hermana de la mujer de mi primo, y la quiero mucho, ¡pero la maldigo por ser tan entrometida! ¿Por qué no me lo trajo a mí?

—No es culpa suya —dijo Penelope—. Lo encontró Violet Slater.

—Pero ¿por qué lavó las sábanas un jueves?

—Porque usted no estaba aquí —respondió Penelope—. Ese día viene Violet Slater y enseña la casa.

A ambas les sorprendió lo mucho que aquella frase recordaba a la manera de hablar de la propia Chela.

El día siguiente se rompió la puerta del horno y la bandada de tórtolas abandonó el tejado.

—Se han ido a buscar una casa en la que los huéspedes no maltraten a sus anfitriones —dijo doña Anita.

Por la tarde llegó el señor Whishaw para hablar de la situación patrimonial del señor Azuela, que no era buena.

—Nada buena —dijo.

—Por supuesto, la línea que separa la solidez financiera de la insolvencia es muy fina —dijo doña Anita.

Doña Elena se echó a reír. Llevaban bebiendo desde el mediodía.

—¡No, no lo es! —exclamó el señor Whishaw—. La solidez financiera se basa precisamente en la existencia de un amplio margen entre esos conceptos. Es justo lo que intento explicarles siempre.

Dos días después, el 30 de enero, era el cumpleaños de Valpy y no se podía hacer nada para evitarlo. En Mirando se respiraba un ambiente tranquilo y apagado. Jesús hizo una piñata, la tradicional, con forma de estrella y una punta por cada uno de los siete pecados capitales, aunque a Valpy le dijo que las siete puntas representaban su edad. Nadie tenía muchas ganas de pensar en el pecado. Jesús quería rellenarla con caramelos bonitos, envueltos en papel, del supermercado, pero los acontecimientos de la semana no le habían dejado tiempo para ir a comprarlos. Chela dijo que era una pena porque Valpy se merecía algo mejor, pero no tenía nada en la cocina salvo unos trozos de caña de azúcar. Entre todos rellenaron la piñata y luego observaron, junto con el Delaney y el señor Flatley, cómo le vendaban los ojos y le daban un palo de escoba. La golpeó con buena puntería y la rompió en menos de doce golpes. Si se sintió decepcionado por el contenido, la tarta de *churros* de Chela y el

champurrado lo compensaron con creces. Penelope le regaló para su colección del belén, que cada vez contaba con más piezas, uno de los Reyes Magos (el que llevaba el incienso), y el Delaney le regaló una ovejita para que acompañara al burro. Valpy preguntó si Pax podía comer algo también, algo especial, y Chela le puso un cuenco con nata. Con eso se dio por finalizada la celebración.

Pero, de repente, Valpy preguntó:

—¿Va a venir el señor Azuela esta noche? Me prometió traerme un trozo de mineral de la mina.

Nadie supo qué decir. A Penelope le subió un sollozo de la garganta, con tal brusquedad que no pudo contenerlo.

—¡Penelope! —exclamó el Delaney.

A los demás les resultó difícil decidir qué les sorprendía más, si que la serenísima inglesa, siempre tan dueña de sí, rompiera a llorar de pronto, o el hecho de que ella y el Delaney se tutearan. Nadie supo qué decir. Nadie quería que Valpy supiera que doña Elena iba contándole a todo el mundo que había estado barriendo después de que se pusiera el sol precisamente las mismas escaleras por las que se había caído el señor Azuela.

Terminada la fiesta, si es que aquello podía llamarse así, las sombras de la tarde comenzaron a estirarse sobre el suelo.

—Mira —dijo Valpy, señalando su sombra en el jardín—. Ya soy más grande. ¿Es por eso por lo que estás tan triste, mamá?

—Déjame ver —dijo Penelope, y fue a colocarse a su lado.

Aquella noche Penelope no bajó al salón. Salió de Mirando y cruzó la plaza envuelta en una luz dorada pero fría. A mitad de camino se sobresaltó al ver a una mujer trabajando en uno de los parterres del jardín y que, como un fantasma, pareció alzarse de la propia tierra. Llevaba un abrigo del mismo color burdeos que los montones de flores que la rodeaban y un gorro de punto calado hasta las orejas para protegerse del frío. No debía de medir más de metro y medio.

—*Buenas noches.* —Sonrió, estirando la espalda.

—No lo son —dijo Penelope, pero la mujer no debió de entenderlo porque siguió sonriendo—. Hermosas flores —añadió.

La mujer asintió.

—*La gracia de las flores* —dijo, y se inclinó para desaparecer de nuevo entre los parterres.

En El Dublín, Penelope pidió una copa de champán. ¿Por qué no? Entendía que Desmond bebiera, claro que lo entendía. El alcohol era una forma de absorber el pasado. Nos bebemos nuestros fantasmas. Dicho de otro modo: estar sobrio significaba mantener el equilibrio entre el pasado y el presente, pero ese equilibrio no siempre parecía posible. A veces parecía del todo imposible. Se bebió la copa entera.

Decidió que se marcharían de Fonseca cuanto antes. Y, pese a todas las advertencias de Chela, regresarían a Nueva York en el autobús de larga distancia. No había otra opción. El hecho de tener que irse de allí sabiéndose rechazada y odiada lo atribuyó a fuerzas que escapaban a su control, y solo deseaba que Valpy hubiera quedado al margen de todo aquello.

A la mañana siguiente Ernest ya no estaba. Se había ido temprano, incluso antes de que las ventanas empezaran a traquetear. Chela lamentó no haberle podido despedir con algo de comida para el camino. Pero ¿qué camino? ¿Adónde había ido? Penelope no creía que fuera de Nueva York ni de Nueva Jersey. Los rumores empezaron a circular. ¿Por qué se había ido tan de repente? ¿Había ofendido a las doñas? ¿Era realmente un Delaney? ¿Había llamado de verdad por su nombre de pila a la señora Fitzgerald? Era un hombre de tanto talento y tan encantador… Pero muchos pensaban que había estado ocultando algún tipo de desdicha todo ese tiempo. ¿Y quién no?

Penelope recordaría al Delaney ya para siempre como un ser amable y hermoso que olía a jabón, a lino, a calor y a felicidad. Le dolió no haber tenido ocasión de despedirse. Por debajo de la puerta, antaño azul, había deslizado una postal. En el anverso se mostraba una vista aérea del lago con la forma de México. En el reverso había escrito: «Penelope, las despedidas son la parte más difícil de la vida. Nunca olvidaré Fonseca. Ernest».

El último día, con el poco dinero que le quedaba, se compró un sarape en el mercado. Habría querido encontrar otro de color azul, pero el único que podía permitirse era rojo.

FEBRERO

Estimada…

Algunos cabos sueltos:

De ese viaje solo conservamos una fotografía en la que aparezco yo en el jardín con mi *sombrero* puesto.

No recuerdo que PM volviera a hablar conmigo de nuestro viaje a México en años posteriores, a pesar de que yo regresé al país en diversas ocasiones por motivos académicos y para pasar con mi familia varios meses en 1979. Tampoco aparece México en sus novelas, aunque sí escribió varios artículos sobre arte mexicano tras nuestro regreso de Saltillo.

Con todo, pasados los años, acabé haciéndome profesor de Desarrollo Económico y especialista en América Latina. Mi biógrafo opina que ese primer contacto con la pobreza de México fue determinante, al menos en parte.

Por último, decirle que partimos hacia Nueva York y recuerdo que fuimos en avión, en uno enorme y plateado, desde el aeropuerto de Ciudad de México. Después, ya a bordo del RMS Franconia, mucho más pequeño y menos lujoso, regresamos a Liverpool y, desde allí, a Londres.

En cuanto al destino del sarape de mi madre, a PM le molestó que Tina lo utilizara como alfombra, porque fue una de las poquísimas cosas que pudieron rescatar del hundimiento del Grace. PM lo había usado como colcha y le tenía mucho cariño, pero los sarapes son muy resistentes y se utilizan sin problema como alfombra en México y en Texas.

Un cordial saludo,

VALPY

CANDELARIA

Partieron el lunes 2 de febrero, día de la Candelaria, punto medio entre el invierno y la primavera, celebración de la luz y la prosperidad. Chela estaba recogiendo el *nacimiento* de Mirando, envolviendo con cuidado al santo infante para llevarlo a la bendición anual que se celebraba en San Esteban, pero dejó que Valpy eligiera una figura para llevársela como recuerdo. Él optó por uno de los revolucionarios y se volvió hacia Pax.

—¿Cree que se va a acordar de mí?

—Por supuesto —dijo Chela, aunque, como no mentía nunca, no se le daba muy bien—. La cuestión es si te acordarás tú de él —añadió, tratando de rectificar el tono que acababa de emplear, con la garganta apretada en su empeño por contener el llanto.

Valpy enterró la cara en el cálido pelaje negro, y Chela le puso la mano en la nuca, cerró los ojos para bendecirlo y le deslizó un trozo de papel en la mano. Luego se dio la vuelta y terminó de recoger el resto del *nacimiento,* con tanta brusquedad que estuvo a punto de arrancarle una pata a un camello. Normalmente habría preparado un festín de tortitas para la cena de la Candelaria, pero no creía que nada fuera a ser normal hasta pasado mucho tiempo.

Jesús los llevó a la estación. El autobús salió puntual y, tras una breve parada en Monterrey, pusieron rumbo hacia el norte, hacia Laredo. Mientras cruzaban el río Bravo, Penelope le escribió a Ernest:

> Valpy está sentado a mi lado aprendiéndose el padrenuestro en español. Chela se lo dio escrito antes de que nos fuéramos. Siempre me ha gustado porque me parece tan sencillo e irrefutablemente completo… Después de todo, es el único lugar de la Biblia en el que se nos dice exactamente cómo hemos de rezar. Y, sin embargo, después de todo lo que ha sucedido en

Fonseca, creo que requiere una corrección. Necesitamos otro verbo. Falta algo justo antes de esa parte en la que se habla de la tentación:

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre,
venga a nosotros tu Reino,
hágase tu voluntad
en la tierra como en cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día,
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden.
?
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.
Porque tuyo es el reino
el poder y la gloria,
por los siglos de los siglos. Amén.
¿Qué deberíamos añadir?

Acoge nuestras flaquezas
Sosiega nuestra aflicción
Socorre nuestras heridas
Muéstranos nuestro valor
Afirma nuestras fortalezas
Tráenos el recuerdo de la dicha

¿Cuál te gustaría, Ernest? Elige tú. Cualquiera de ellas supondría una mejora, ese consuelo añadido sería valiosísimo. ¿No te parece?

El resto del viaje transcurrió sin incidentes, desvíos ni retrasos. Nunca llegó a mandar esa carta, claro está. La había escrito en su cuaderno y, además, no disponía de ninguna dirección postal a la

que enviarla.

Después de que la *World Review* cerrara y de que tuvieran que abandonar Chestnut Lodge, recordaría aquella última mirada a las montañas teñidas de azul, siempre más lejanas de lo que parecían. En Southwold, el lugar en que se instalaría durante un tiempo con los niños mientras Desmond intentaba retomar su carrera como abogado, miraba la costa fría y desolada, observaba cómo revoloteaban las bandadas de charranes, dando vueltas en el aire, y recordaba la calidez y las promesas que Fonseca había encarnado. Al final de aquellas largas extensiones de agua, daba la impresión de que el mar, efectivamente, alcanzaba a tocar el cielo. Una mañana vio una garza que volaba muy alto, sobre el estuario, con una anguila medio dentro, medio fuera del pico, y en ese momento se acordó de Mirando. De hecho, se acordaría de Mirando cada vez que se permitiera soñar más de la cuenta.

Valpy y ella pasaron una noche en Nueva York. Después de cenar en el hotel barato en el que se alojaban, él pidió un chocolate caliente. Cuando se lo llevaron, lo olió, lo probó y luego apartó la taza.

—Intentaré prepararlo yo misma cuando estemos en casa —le dijo Penelope.

Valpy no respondió, pero los dos sabían que no sería lo mismo.

A la mañana siguiente embarcaron en el Franconia, en tercera clase, y pusieron rumbo a Inglaterra. Penelope supo entonces que, si algún día escribía una novela en la que una mujer huyera de la casa familiar, empezaría hablando de lo que costaba el viaje.[9]

—¿Se arrepiente de haber ido? —Le hablaba de nuevo el director de banco, con una voz severa, casi lúgubre.

—¿A Fonseca? No. De todos modos, Fonseca no era un lugar. No existía en términos de latitud y longitud. Si acaso, fue una idea. O un tiempo. Fue un pozo seco. Sin duda, el final de un sueño y el comienzo de una larga espera.

—Debe de estar bromeando.

—No, claro que no. Supongo que me sentiría distinta si hubiera habido un villano, pero no lo hubo.

—¿En serio? En Fonseca se enamoró, de algún modo participó en un fallecimiento, traicionó a un amigo, defraudó a su hijo y sacrificó los valores más arraigados de su familia.

—¿Está sugiriendo que la villana fui yo?

—Estoy sugiriendo que, como mínimo, constituyó usted un firme elemento de fricción.

Penelope pensó que probablemente tenía razón.

—La culpa es del dinero. Y tal vez de la señora Slater —se retractó—. Aunque no. Hay una parte de mí que siente compasión por Violet Slater. Ella quería más hijos.

—¿Se puede dividir la compasión en partes? —preguntó el director de banco.

—Buena observación —concedió.

—Si las cosas hubieran salido de otra manera en Fonseca, sería usted ahora tan rica como un lord. Habría contado con el dinero necesario para mantener la *World Review,* Desmond no se habría visto obligado a regresar de una forma tan desastrosa al ejercicio del derecho. No habría tenido que vivir en una casa flotante que terminó por hundirse…

Era cierto: después del hundimiento del Grace le resultaba muy difícil mantener el equilibrio. Y aquella era una confesión que se haría a sí misma y solo a sí misma.

—Era imposible desde el principio —dijo con cierta rabia—. Quise hacer algo para lo que no estaba capacitada. No supe cómo hay que comportarse para conseguir una herencia, y sigo sin saberlo.

—¿Diría que todo empezó como una búsqueda del tesoro, derivó en un relato de intriga y acabó convirtiéndose en una historia de amor?

—Creo que no hay manera de explicar lo que ocurrió en Fonseca.

—Pero fracasó.

En efecto, así fue. Y se sentía avergonzada y humillada por ello.

—¿Le preocupa el futuro de su familia?

Sí, por supuesto. No obstante, creía de verdad que la situación acabaría por arreglarse sola. En términos generales, pensaba que

todo tendía a torcerse dejando un poso de decepción, pero que, aun así, se seguía adelante porque ¿qué otra cosa se podía hacer?

—Si tenemos todo tipo de experiencias no es para dejarlas atrás y olvidarlas sin más. Si así fuera, no serían experiencias. El valor y la resistencia no sirven de nada si no se ponen a prueba.

—Bien, entonces no hay más que añadir —dijo el director de banco.

Había pasado noventa y un días en Fonseca. Siempre mantendría un recuerdo nítido, afilado, intenso y perdurable de aquel lugar. Conservaría el amor por los cuadernos rojos y las flores de Pascua de tonos anaranjados, por las habitaciones azules y los gatos negros, por las rosas y las camelias. Seguiría amando el repicar de las campanas de las iglesias y el sonido del *requinto.* Aprendería a valorar la seguridad de los viajes organizados al extranjero y no volvería a ponerse nada de plata. Fonseca la había cambiado, pero la historia de la herencia pertenecía al territorio de los «¿y si…?» de la ficción. Cuando el Franconia llegó a Liverpool, se vio de nuevo en el mundo real, en el mundo muy real, de los «¿y ahora qué?».

Primero fueron a recoger a Tina a casa de su suegra. Penelope llegó cuando la niña se despertaba de la siesta, y madre e hija se sentaron en la cama para mirarse durante un buen rato. A Penelope le resultó complicado volver a hacerse reconocible como madre. Tina había cambiado más de lo que podía llegar a imaginarse. Al final, Tina se bajó de la cama para buscar un libro que le habían regalado por su cumpleaños. No se lo dio a su madre para que se lo leyera, sino que solo se lo mostró desde la distancia. Penelope lo observó con atención y deseó poder haberle enseñado el Caballito. Pero lo había metido en la hucha de cordero con otras monedas, sabiendo que Valpy no la iba a romper nunca. Tal como había prometido, le regaló a Tina la hucha, y ella la aceptó con seriedad y cautela, tocando con la punta de un dedo el largo hocico casi lobuno. Durante dos meses, Tina solo le habló a Penelope en susurros.

La *World Review* cerró con el número de abril-mayo de 1953. Se trataba de una edición especial dedicada a México y consagrada casi

por completo a su ensayo sobre el arte mexicano, titulado «Desde la tierra dorada: un estudio sobre el arte y la historia de México». Penelope pensaba que lo mismo también podría tener terminado el relato para entonces, pero no fue así, de modo que publicaron uno de Norman Mailer, «Pierrot», que llevaban tiempo reservando.

Penelope escribió la nota que aparecía al principio:

> Este es el último número de la *World Review* en su formato actual. Por una serie de motivos, ya conocidos por la mayoría de nuestros lectores, nos hemos visto obligados a suspender la publicación. Confiamos, no obstante, en que, tras un paréntesis, la *World Review* reaparezca con un nuevo formato y consagrada por entero a la literatura.

Maria nació sana y fuerte el 10 de abril de 1953, y terminaría siendo una neurobióloga de prestigio, una figura de referencia mundial en el estudio del dolor en bebés y en niños, y en cómo la experiencia temprana del dolor, incluso en el útero, puede moldear la sensibilidad al dolor a lo largo de toda la vida.

Aquel verano, Penelope recibió una carta de Jo. No era muy larga, y en ella le hablaba sobre todo de Edward. Al parecer, después de lo de Fonseca, en Guanajuato habían encontrado lo que buscaban, y a Jo le apenaba que Penelope no pudiera ver lo que había estado pintando Edward allí. Habían regresado a Nueva York y todo les iba bien. Al final, volvía a darle las gracias por el dibujo que le había regalado.

«Es muy importante para mí y lo llevo siempre conmigo. ¿Has leído el poema *La espera,* de John Burroughs? Me gusta mucho la primera estrofa: "Sereno, entrelazo las manos y espero / no me importan ya el viento, la marea ni el mar, / no me rebelo más contra el tiempo ni el destino, / pues he aquí que lo que es mío vendrá a mí".» En la despedida le decía «Con una sonrisa, Jo». Pero al final la espera no le sirvió de nada. En 1967 murió Edward, y ella lo hizo el año siguiente. El Museo Whitney, al que legó toda su obra, conservó los cuadros de Edward y descartó todos los suyos menos tres.

Para Penelope, la pobreza no fue peor de lo que había

imaginado, pero a los demás miembros de la familia sí les pilló desprevenidos. Fue ella quien les ayudó a salir adelante y quien los sostuvo durante los peores años de alojamientos precarios y pisos de protección oficial. «Borracho» pasó a ser «torpón», la palabra que usaban los niños para referirse a su padre cuando bebía, y más tarde Valpy empezó a alejarse de ellos. Se protegió del caos doméstico retirándose poco a poco, tomando distancia no solo de la vida familiar, sino renunciando también a aquellas primeras inclinaciones literarias y artísticas que tanto le habían atraído de niño. Fonseca lo había cambiado a él también.

Penelope intentó muchas veces escribir su novela sobre México, y podría haber seguido intentándolo de no haber sido porque el cuaderno rojo, junto con tantas otras cosas, se perdió con el hundimiento del Grace. Aun así, continuó con su costumbre de darles la vuelta a los cuadernos y utilizarlos al revés, de atrás hacia delante, para escribir ficción, y de ese modo terminó «La vida es sólo un préstamo», que presentó al concurso de relatos de la *Blackwood's Magazine.* No ganó, y lo guardó en un cajón. Pero durante el resto de su vida recordaría el daño que le hicieron a Genaro, las esperanzas de Azuela, el dilema de Jo, la dignidad de Reynoso, la fortaleza de Chela. Lamentaba no haberlos plasmado en una novela e intentó olvidarse de la hipocresía de las Violet Slater del mundo, pero, como estaban prácticamente en todas partes, el esfuerzo parecía bastante inútil. Mucho tiempo después supo que Mirando se había convertido en la Casa Delaney, un centro artístico y cultural, de modo que Violet Slater y Rose Clancy debieron de ganar finalmente y se repartieron el botín.

Pensaba a menudo en Ernest justo antes de dormir, lo que no volvería a hacer ya nunca en una cama propiamente dicha, sino en algún sofá o en cualquier otro lugar que de manera provisional pudiera servir para tumbarse. Esperaba que estuviera bien. Esperaba que no tuviera que soñar solo. A veces él llenaba sus sueños, y eran sueños gratos, hermosos, incluso un poco embarazosos. Colmados de los aromas, las imágenes, los sonidos de Fonseca y los sabores de la cocina de Chela. Si en años posteriores oía por casualidad *Mar y cielo,* lo que sucedía con más frecuencia de la que habría

imaginado gracias a la creciente popularidad internacional del trío Los Panchos, tenía que salir lo antes posible de la tienda o del café o de donde fuera que se encontrara. *«Que nunca, nunca, nunca el mar lo alcanzará».* La añoranza que había en aquella repetición de «nunca» podía dejarla sin aliento. En cualquier caso, la historia siempre terminaba de la misma manera: ella se subía a un autobús, cruzaba el océano, viajaba en tren y recorría el camino de entrada hasta llegar a la puerta principal de Chestnut Lodge.

La verja estaba arreglada. Se había encargado Desmond de que así fuera.

—¿Crees que habrá preparado el té? —le preguntó Valpy.

Se encontraban ante la puerta principal. Penelope le apretó la mano:

—Lo haré yo —le miró—. Sabes que no hay dinero, ¿verdad, Valpy?

—Hemos tenido que recorrer un camino muy largo para que nos lo dijeran—respondió él.

—Supongo que no se nos va a olvidar.

Penelope abrió la puerta y entró en la casa.

En cuanto al padrenuestro, sigue siendo el mismo, tan desbordado como siempre por todo lo que se le pide que cumpla.

Estimada…

Me ha alegrado mucho saber de usted, pues llevaba un tiempo preguntándome cómo le iría. Perdone que haya tardado en responderle, pero acabo de superar un desagradable episodio de pleuresía y, al igual que usted, la vida se me llena de responsabilidades, gestiones y preparativos, y en la medida de lo posible he de mantenerlo todo en pie.

Confío plenamente en que el libro acabará encontrando su forma por sí solo, y es un disfrute que reservo para el futuro, a su debido tiempo.

Le gustará saber que el círculo cultural local ha colocado una placa en el número 25 de Almeric Road, en Londres, donde ella vivió conmigo y con mi marido, y donde escribió muchos de sus libros. Fue muy extraño estar allí, delante de la casa en la que vivimos cuando éramos tan jóvenes y donde murió mi padre, y escuchar aquellos discursos y reconocimientos. Le enviaré una foto.

Sigamos en contacto, ¿le parece?

Mientras tanto, reciba un afectuoso saludo desde la lluviosa Cornualles,

TINA



NOTA DE LA AUTORA

Penelope Fitzgerald publicó su primera novela en 1977, cuando tenía sesenta años. Después escribió ocho más antes de morir en el año 2000. Su obra fue muy leída y aclamada por la crítica, pero, en las décadas previas a su consagración literaria, Fitzgerald y su familia se enfrentaron a graves dificultades económicas y a etapas de profunda incertidumbre. Esta novela se inspira en el viaje que realizó Fitzgerald al norte de México en 1952, en un momento en que su familia se precipitaba a la pobreza. De manera poco habitual en ella, no dejó casi ningún registro ni verídico ni de ficción acerca de aquella experiencia. Sus amigos y familiares desconocían los motivos de su viaje a México, y ella no volvió a hablar de lo que allí sucedió tras su regreso. Sin embargo, en 1980 escribió un ensayo titulado «Siguiendo la trama», en el que parece hacer un buen esbozo del escenario en el que tuvieron lugar aquellos acontecimientos.

«Supongamos que intentara escribir una historia que comenzara con un viaje que hice al norte de México hace veintisiete años, al que me llevé a mi hijo, que por entonces tenía cinco años. Íbamos a visitar durante el invierno a dos ancianas apellidadas Delaney que, a pesar de ciertas medidas recientes de ajuste económico, vivían con bastante holgura gracias a los beneficios que les había dado una mina de plata perteneciente a la familia.» Describe la casa como «una mansión de estilo francés, con las contraventanas cerradas», dice que las hermanas le sugirieron que estaban buscando un heredero, y revela que, después de su llegada, «todos los habitantes de Fonseca interesados en la fortuna de las Delaney… quisieron deshacerse de mí y de mi hijo lo antes posible».

«Si llegara hasta este punto —escribe—, tendría que detenerme. Los detalles son correctos, estas cosas ocurrieron en Fonseca, y muchas más estaban por venir.»

Pero Fonseca no existe. La ciudad que visitó en México era Saltillo. El nombre de Fonseca tal vez se deba a una invención algo taciturna, ya que en latín significa 'pozo seco'. ¿Estamos entonces ante un lugar real o imaginado? Un poco más adelante, en el mismo ensayo, Fitzgerald confiesa que lamentó tener que abandonar la escritura de esa historia precisamente por la fuerza interna natural de la propia trama. Sentía que no contaba con «la capacidad para relatar las múltiples y crecientes complicaciones que generó el legado mexicano, por muy bien que las recordara».

Descubrí la obra de Fitzgerald en 1999. Mi marido y yo acabábamos de mudarnos a Londres por su trabajo, y yo me sentía completamente perdida, con una honda añoranza de mi hogar e instalada en un piso de alquiler cerca de Battersea. Un día, de camino a casa desde el trabajo, Mitchell se detuvo en una librería y aquella noche me regaló un ejemplar de la novela *A la deriva,* de Fitzgerald. Ninguno de los dos había oído hablar de la autora, pero él pensó que podría gustarme porque estaba ambientada a orillas del Támesis, cerca de donde vivíamos. No tardé en leer todas sus novelas, casi sin pausa. Por entonces ella vivía en Hampstead y yo fantaseaba con la idea de llegar a conocerla de algún modo. Nunca ocurrió, pero su obra se convirtió desde ese día en una referencia constante para mí.

A Fitzgerald le interesaba la forma en que se relacionan la historia, la biografía y la ficción. A mí también. Hace siete años decidí servirme de esas tres materias para intentar escribir la historia de su viaje a México. Entre otras cosas, descubrí que los Hopper viajaron tres veces a Saltillo para pintar, y que estuvieron allí el mismo invierno que Fitzgerald. No obstante, se desconoce si los tres llegaron a conocerse.

Tras el anuncio de que se estaba escribiendo esta novela, el albacea literario de Fitzgerald, su yerno Terence Dooley, me escribió para comunicarme el interés de la familia por el proyecto y para decirme que querrían que estuviéramos en contacto. Ese otoño de 2020 inicié una correspondencia con el hijo de Fitzgerald, Valpy, y con su hija Tina. Atesoro cada uno de sus correos electrónicos, que fueron escritos en respuesta a mis preguntas, y les estoy

profundamente agradecida por haberme permitido incluir algunos fragmentos en este libro.

Mientras trabajaba, tomé como guía el ensayo de Fitzgerald «Siguiendo la trama», y en concreto me fijé en unas líneas que me parecieron muy importantes y reveladoras: «Todo el mundo dispone de un lugar al que la mente regresa de forma espontánea cuando no se la controla». Creo que ese lugar en su caso fue aquella zona de México.

«Nos fuimos en el autobús de larga distancia sin la herencia, pero sabiendo lo que era ser odiados.» «Odiados» es una palabra muy fuerte para ella. En sus novelas, Fitzgerald fue siempre una maestra de la contención.

Y por último, «Desdichadas las aventuras que no se narran», que he utilizado como epígrafe: ella escribió la frase entrecomillada, pero ni su familia ni yo no hemos logrado averiguar a quién estaba citando. Es posible que se la inventara, igual que se inventó el epígrafe que utilizó en *La flor azul:* «Las novelas surgen de las carencias de la historia».

AGRADECIMIENTOS

Muchas personas, lugares, libros y pinturas me han ayudado a escribir esta novela, pero debo empezar con la propia obra de Penelope Fitzgerald. Llevo veintiséis años leyendo y releyendo sus novelas, cuentos, reseñas, ensayos y biografías.

Otras fuentes que me han ayudado a documentarme para esta novela sobre Fitzgerald y, en concreto, sobre esta etapa de su vida son: *Penelope Fitzgerald: A Life*, de Hermione Lee; *So I Have Thought of You: The Letters of Penelope Fitzgerald*, obra editada por Terence Dooley; *The Afterlife: Essays and Criticism,* editada por Terence Dooley, Christopher Carduff y Mandy Kirkby; *Penelope Fitzgerald*, de Hugh Adlington; *Collected Ghost Stories* {*Cuentos de fantasmas*}, de M. R. James (Oxford World's Classics); *The Seven Lamps of Architecture* {*Las siete lámparas de la arquitectura*}, de John Ruskin; «Penelope Fitzgerald's Unknown Fiction», de Dean Fowler y Linda Henchey (*The Hudson Review* 61, n.º 1, primavera de 2008); «The Peripatetic Penelope Fitzgerald», de Lucy Scholes (*Granta,* julio de 2017); *LRB Selections 2: Penelope Fitzgerald* (con introducción de Hermione Lee); *Saltillo 1770-1810: Town and Region in the Mexican North*, de Leslie S. Offutt; y la guía Baedeker de México.

Edward Hopper: An Intimate Biography, de Gail Levin, y *Edward Hopper: The Watercolors*, de Virginia M. Mecklenburg, fueron decisivos para ayudarme a comprender mejor a los Hopper y sus viajes por México.

Les estoy muy agradecida a Alejandro Leal-Pulido, del Museo Metropolitano de Arte, y a Suzanne Greenawalt, de la Galería de Arte de la Universidad de Yale, por ocuparse de las gestiones necesarias para que pudiera ver las acuarelas que Edward Hopper realizó en Saltillo y que no se encuentran expuestas al público. Entre ellas, *Mansión de Saltillo* (utilizada de manera brillante por Darren Haggar

para la cubierta de la primera edición en inglés de este libro), y la *Iglesia de San Esteban*, conservadas en el Met, así como *Montañas de Guanajuato,* de la Galería de Arte de la Universidad de Yale.

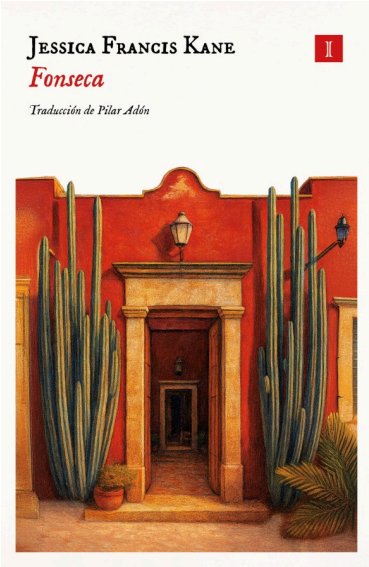
Me gustaría dar las gracias al Harry Ransom Center, al Vartan Gregorian Center de Estudios Humanísticos de la Biblioteca Pública de Nueva York y al Millay Arts por brindarme un espacio de trabajo, por el apoyo para la investigación y por la inspiración constante.

A mis queridos primeros lectores, Clare Aronow, Rachel Cohen, Olivia Kane, Fiona McCrae, Janice Nimura, Laurie Nutt y Oscar Villalón, gracias por vuestras observaciones. Cada uno de vosotros ha hecho que el libro sea mejor.

A mi agente y a mi editora, PJ Mark y Ginny Smith, tan valiosos para mí. Los dos esperasteis este libro mucho tiempo y me ayudasteis a mantener el ánimo durante todo el proceso. Gracias por vuestro asesoramiento experto y por el entusiasmo. Gracias también a Caroline Sydney por su enorme dedicación y su empeño en que todo quedara perfecto, en especial el material gráfico de este libro y del anterior.

El apoyo de la familia de Penelope Fitzgerald a esta novela desde el primer momento ha sido un regalo inconmensurable. Lo que más deseo ahora es que quienes lean *Fonseca* sientan luego el impulso de leer todos los libros de Fitzgerald. Pueden empezar por cualquiera de ellos. Mi favorito es *El inicio de la primavera.* Gracias, Edmund Valpy Fitzgerald y Christina y Terence Dooley por creer en mí y en este proyecto.

Fonseca está dedicado a Mitchell, mi mejor amigo, mi marido, mi todo. Fue él quien puso en mis manos *A la deriva,* de Penelope Fitzgerald, cuando más lo necesitaba. Quiero incluir también a Michael Downing, escritor brillante y amigo, cuya voz seguiré escuchando cada vez que escriba.



Invierno de 1952. La vida de Penelope Fitzgerald se desmorona: su marido, brillante pero hundido en el alcohol, ya no sostiene la casa; las deudas apremian, y ella, embarazada de su tercer hijo, apenas ve salida. Entonces llega una carta insólita: las hermanas Delaney, dos ancianas irlandesas con una mina de plata en el norte de México, afirman querer dejarle a su hijo Valpy una herencia salvadora. Así, Penelope cruza el océano con el niño hasta Fonseca, un caserón remoto en pleno desierto. Pero nada encaja con lo prometido. En la casa conviven buscadores de fortuna, artistas errantes —entre ellos Edward Hopper y su esposa—, comerciantes, oportunistas… y un hombre que dice ser el heredero legítimo. Durante tres meses, entre el Día de Muertos y la Candelaria, Penelope deberá navegar intrigas, lealtades frágiles y un paisaje casi novelesco. Fonseca se convierte en su travesía iniciática, el preludio inesperado de una de las grandes escritoras del siglo xx.

Con una narrativa envolvente y una ironía sutil, Jessica Francis Kane transforma un episodio real de la vida de Penelope Fitzgerald en una novela luminosa y profundamente humana, donde la creación literaria, la maternidad y la pura supervivencia se entrelazan. Una

historia de coraje, ingenio y esperanza en su forma más inesperada.

El misterio mexicano de Penelope Fitzgerald. La novela que desvela el capítulo oculto de su vida.

CITAS

«Adoro cada palabra de este libro. La maestría con la que Jessica Francis Kane ha revivido la figura de Penelope Fitzgerald en esta aventura en México es para quitarse el sombrero. Si amaste *La librería* amarás incondicionalmente *Fonseca*.» —Isabel Coixet

«Una deliciosa comedia de costumbres que honra tan bien el legado de Fitzgerald que parece una de sus propias novelas.» —*ESQUIRE*

«Una novela absolutamente magistral. Una exploración luminosa de la desesperación y la resiliencia de una mujer excepcional.» —*Publishers weekly*

Jessica Francis Kane (Nueva York, 1971) es autora de las novelas *The Report* —finalista del Center for Fiction First Novel Prize— y *Rules for Visiting*, así como de los libros de cuentos *This Close* y *Bending Heaven*. Ha sido nominada al PEN/Hemingway Award y distinguida por su maestría en el relato breve. Sus textos han aparecido en publicaciones de referencia como *The New Yorker, Virginia Quarterly Review, McSweeney's* y *Granta*. Dueña de un estilo preciso, melancólico y profundamente humano, combina la indagación psicológica con un fino sentido de la observación. Actualmente reside en Nueva York, donde continúa desarrollando una obra que la ha consolidado como una autora imprescindible en el panorama literario anglosajón.

Título original: *Fonseca*

Edición en ebook: marzo de 2026

Copyright © Jessica Francis Kane, 2025
Copyright de la traducción © Pilar Adón, 2026
Imagen de cubierta: Hacienda Roja, de Babtiste Bohu.
Tratamiento del equipo de diseño de Impedimenta
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2026
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

IMPEDIMENTA
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2024,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros)

www.impedimenta.es

ISBN: 979-13-87641-68-9

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[1] Se marcan con cursiva las palabras y expresiones que aparecen en español en el original. *(Todas las notas son de la traductora.)*

[2] Compañero de la Orden de San Miguel y San Jorge.

[3] El artículo mencionado es «Following the Plot», publicado en la *London Review of Books* del 21 de febrero de 1980.

[4] Ernest suena a *earnest,* es decir, 'serio', 'honesto'.

[5] Remedo de la famosa frase de *Macbeth,* acto V, escena V.

[6] Se refiere a los distintos espacios impuestos por la segregación racial de la época.

[7] Expresión que alude a *The Means of Escape,* volumen de cuentos de Penelope Fitzgerald publicado en el año 2000, y que en la edición de bolsillo de 2001 incluiría el titulado «Our Lives Are Only Lent to Us» (que aquí traducimos como «La vida es sólo un préstamo»), resultado de su experiencia mexicana.

[8] Así empieza el relato ya mencionado de Penelope Fitzgerald «Our Lives Are Only Lent To Us», incluido en *The Means of Escape*. En el relato, Fonseca es San Tomás de las Ollas.

[9] Así sucede en las primeras líneas de *El inicio de la primavera*.

Índice

Fonseca
Noviembre
Día de Muertos
¿Codicia?
Día de Muertos
Determinación
El Mercado
Señales
El Delaney
Fantasmas
Primer domingo de Adviento
Diciembre
Los Hopper
Chela
Cartas
Desvío
Chela
Segundo domingo de Adviento
El sarape
La espera
El museo de los pájaros
Chela
Tercer domingo de Adviento
Pintar
Un cumpleaños

¿Amor?
Chela
Las Posadas
Cuarto domingo de Adviento
Navidad
¿Amor?
Una cuestión legal
Los santos inocentes
Enero
En el mar
El Tiempo Ordinario
Chela
Otro cumpleaños
La verdad
Febrero
Candelaria
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Jessica Francis Kane
Créditos
Notas



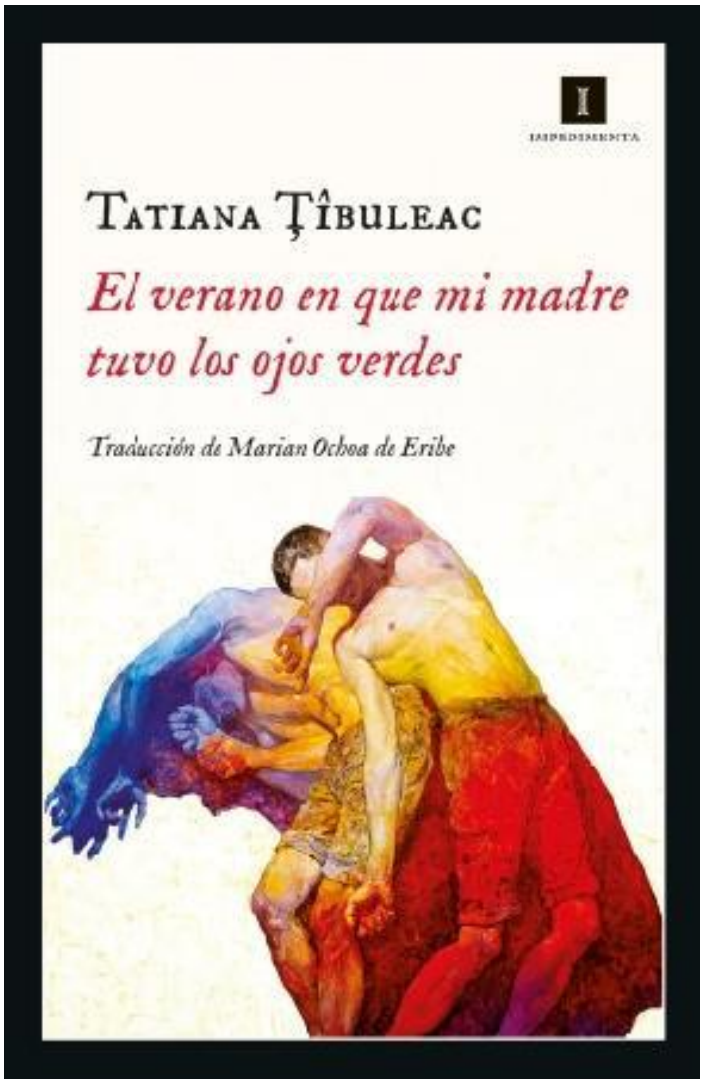
Cepillar al gato

Campbell, Jane
9791387641665
184

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Quién escribe sobre el deseo de las mujeres mayores? ¿Quién se atreve a hablar del placer, del amor, del sexo —del cuerpo que aún arde y tiembla— más allá de los setenta años? Jane Campbell lo hace, con una voz brillante, traviesa, melancólica y ferozmente lúcida. Y lo hace por primera vez a los ochenta años, con esta colección de cuentos que ha sido saludada en el Reino Unido como una revelación, y que la ha consagrado de golpe como heredera de Edna O'Brien, Muriel Spark o incluso Daphne du Maurier. En los trece relatos de Cepillar al gato —entre ellos el que da título al libro, una pequeña joya sobre el roce de una lengua felina y la memoria del deseo— hay mujeres que se enamoran de otras mujeres, hay hospitales geriátricos donde prende la chispa del amor, hay cuerpos gastados que recuperan la ternura, la excitación, la rabia. Hay humor, hay poesía, hay epifanías que duelen. Este es un libro único: por su valentía, por su humor negro, por su sensualidad crepuscular. Y sobre todo porque dice, sin tapujos, que la vejez no es el final de nada, sino otro territorio —más salvaje y más libre— de la experiencia. Imprescindible. CRÍTICA «Una colección de relatos sensual, provocadora, tierna y totalmente original.» —Sunday Independent Ireland «Su obra pertenece a la escuela de Edna O'Brien, Muriel Spark y Daphne du Maurier...» —Jutin Taylor, NYT «Se lee como si fuera la prima malvada, divertida y british de Eudora Welty, muy divertida.» —Joshn Freeman, editor «Jane Campbell, ¿dónde has estado? Te hemos necesitado durante mucho, mucho tiempo.»—Jaime Quatro «Los mayores de setenta años se sientan a tejer, se mecen en sus sillas; también tienen relaciones sexuales, planean asesinatos y contemplan la vida de la misma manera que personas décadas más jóvenes...»—The Royal Gazette

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes

Tibuleac, Tatiana
9788417553159
256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Premio *Las Librerías Recomiendan* 2020 Ficción.

Premio *Cálamo* al mejor libro del año 2019.

Aleksy aún recuerda el último verano que pasó con su madre.

Han transcurrido muchos años desde entonces, pero, cuando su psiquiatra le recomienda revivir esa época como posible remedio al bloqueo artístico que está sufriendo como pintor, Aleksy no tarda en sumergirse en su memoria y vuelve a verse sacudido por las emociones que lo asediaron cuando llegaron a aquel pueblecito vacacional francés: el rencor, la tristeza, la rabia.

¿Cómo superar la desaparición de su hermana? ¿Cómo perdonar a la madre que lo rechazó? ¿Cómo enfrentarse a la enfermedad que la está consumiendo?

Este es el relato de un verano de reconciliación, de tres meses en los que madre e hijo por fin bajan las armas, espoleados por la llegada de lo inevitable y por la necesidad de hacer las paces entre sí y consigo mismos.

Plena de emoción y crudeza, Tatiana Ţîbuleac muestra una intensísima fuerza narrativa en este brutal testimonio que conjuga el resentimiento, la impotencia y la fragilidad de las relaciones maternofiliales. Una poderosa novela que entrelaza la vida y la muerte en una apelación al amor y al perdón. Uno de los grandes descubrimientos de la literatura europea actual.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El jardinero y la muerte

Gospodinov, Gueorgui
9791387641047
224

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una historia a la vez misericordiosa y despiadada sobre un hijo, un padre y un último amanecer. Gueorgui Gospodínov,

ganador del premio Booker Internacional, nos ofrece un relato íntimo y desgarrador sobre el amor filial y la inevitabilidad de la muerte.

«Mi padre era jardinero. Ahora es jardín.» En El jardinero y la muerte, Gueorgui Gospodínov nos sumerge en los interminables meses durante los que, día tras día, vio cómo se iba apagando la vida de su padre. Mientras este moría a su lado consumido por la enfermedad, Gospodínov le sostuvo la mano hasta que llegó el fin. Y aun en su lecho de muerte, para él seguía siendo el más alto, el más guapo, el más amable. Seguía siendo su padre. Entre los campos de fresas de la infancia y el inevitable adiós, Gospodínov teje un relato íntimo sobre el duelo y la memoria. ¿Cómo se despide una vida en sus últimos días? ¿Cómo se enfrenta un hijo al derrumbe del héroe que lo protegió? ¿Seguimos existiendo si se va la última persona que nos recordaba como niños? ¿Y cómo afrontamos la ausencia de quienes nos hicieron ser quienes somos?

Este no es un libro sobre la muerte, sino sobre el dolor de presenciar el final de una vida. Es una historia sobre padres e hijos, sobre la peculiar cultura del silencio que a menudo los envuelve y que puede teñir incluso los vínculos más profundos. Un mutismo que marcó de un modo irónico la vida del autor, ya que su padre fue un hombre muy callado y, a la vez, un sublime contador de historias.

CRÍTICA

«Gueorgui Gospodínov es único en muchos aspectos. Nadie puede combinar un concepto de la intriga, una imaginación maravillosa y una técnica de escritura de modo tan perfecto como él lo hace.» **—Olga Tokarczuk**

«Uno de los narradores más fascinantes e insustituibles de Europa.» **—Dave Eggers**

«Gospodínov es uno de los autores europeos más sobresalientes de la actualidad.» **—Alberto Manguel**

«Un autor de enorme calidez y destreza, a la vez terrenal e intelectual.» ***—The Guardian***

«Con Gueorgui Gospodínov, te sumerges en un mundo imaginario donde cada letra hace referencia a una mujer y donde cada palabra oscila entre la tristeza y el sentido del humor.» ***—Le Novel Observateur***

«Gospodínov entiende sus obras como un arca de Noé en el que conviven en armonía "especies" distintas, llámense absurdo, fábula, lo onírico, lo poético, lo cotidiano o lo metaliterario.» **—Marta Rebón, *La Lectura***

«Gospodínov atesora la capacidad de construir mundos en el alambre. Es un arquitecto de la extrañeza.» **—Ricardo Menéndez Salmón, *La Nueva España***

««Todo lo inusual o lo inesperado está en Gospodínov. Es literatura sin adjetivos.» **—Javier García Recio, *La Opinión de Málaga***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Kokoro

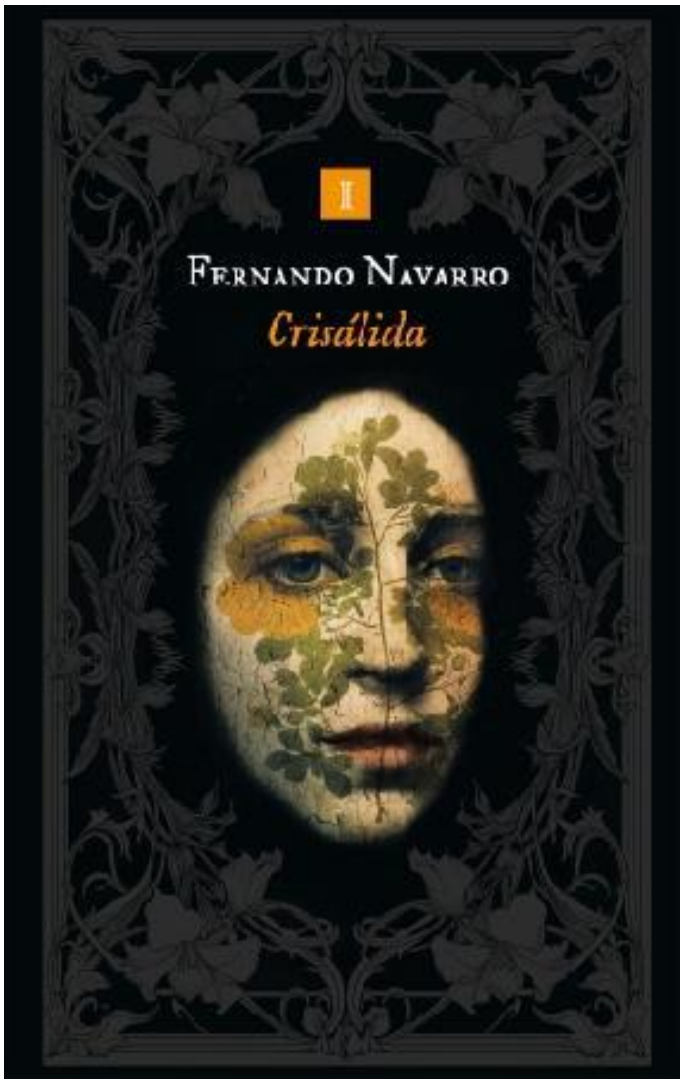
Soseki, Natsume
9788416542215
304

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Coincidiendo con el centenario de su aparición, Impedimenta publica una nueva traducción de la obra maestra de Sōseki, que prefiguraría

la de autores de la importancia de Akutagawa, Kawabata o Murakami. "Kokoro" ("corazón", en japonés) narra la historia de una amistad sutil y conmovedora entre dos personajes sin nombre, un joven y un enigmático anciano al que conocemos como "Sensei". Atormentado por trágicos secretos que han proyectado una larga sombra sobre su vida, Sensei se abre lentamente a su joven discípulo, confesando indiscreciones de sus días de estudiante que han dejado en él un rastro de culpa, y que revelan, en el abismo aparentemente insalvable de su angustia moral y su lucha por entender los misterios del amor y el destino, el profundo cambio cultural de una generación a la siguiente que caracterizó el Japón de principios del siglo XX. Ninguna biblioteca de literatura japonesa estaría completa sin "Kokoro", la novela más lograda de Natsume Sōseki, la más profunda y la última que completó antes de su muerte.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Crisálida

Navarro, Fernando
9788419581907
274

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Fernando Navarro (*Malaventura*) regresa con una fábula oscura que explora la naturaleza de la fe en un sur

sangriento y desolador. Un salvaje drama familiar donde mística y psicodelia se mezclan magistralmente.

La niña Nada abre los ojos en la cama de un sanatorio al que no sabe cómo ha llegado. Los recuerdos, las pesadillas y los ensueños provocados por los fármacos la trasladan a un tiempo anterior, cuando sus padres se la llevaron, junto con sus cuatro hermanos, a vivir a un bosque de secuoyas perdido en algún lugar entre las Alpujarras granadinas y Sierra Nevada. Allí, poco a poco, la violencia y la locura se apoderan de toda su familia, en especial de su padre, al que apodan el Capitán, un hombre atormentado y paranoico por el que Nada siente una extraña fascinación. Asediada por una presencia inquietante que habita en el corazón del bosque, la niña aprende a crecer en mitad de una naturaleza tan viva como hostil, tan extraña como peligrosa.

Mitad *folk horror*, mitad novela de aprendizaje, *Crisálida* construye un territorio literario sureño único, lisérgico y evocador en el que se dan la mano el humor y la violencia para narrar una conmovedora historia de abandono y desamparo infantil que bebe tanto de la exploración del terror familiar de Shirley Jackson y Stephen King como de los dramas paternofiliales del cine de Víctor Erice o Carlos Saura.

CRÍTICA

«Un maestro del terror.» ***—El País***

«De la pluma de Fernando Navarro en vez de salir tinta sale sangre y arena.» **—Laura Barranchina, *El Ojo Crítico***

«Un cruce fascinante entre Lorca y el tremendismo lírico a lo Cormac McCarthy.» **—Daniel Gascón**

«Detrás de la prosa de Fernando Navarro hay una poética descarnada, cruel y al mismo tiempo llena de magia y belleza.» **— Borja Cobeaga**

«Fernando Navarro crea territorios literarios muy interesantes y muy duros.» **—Ignacio Martínez de Pisón**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)
